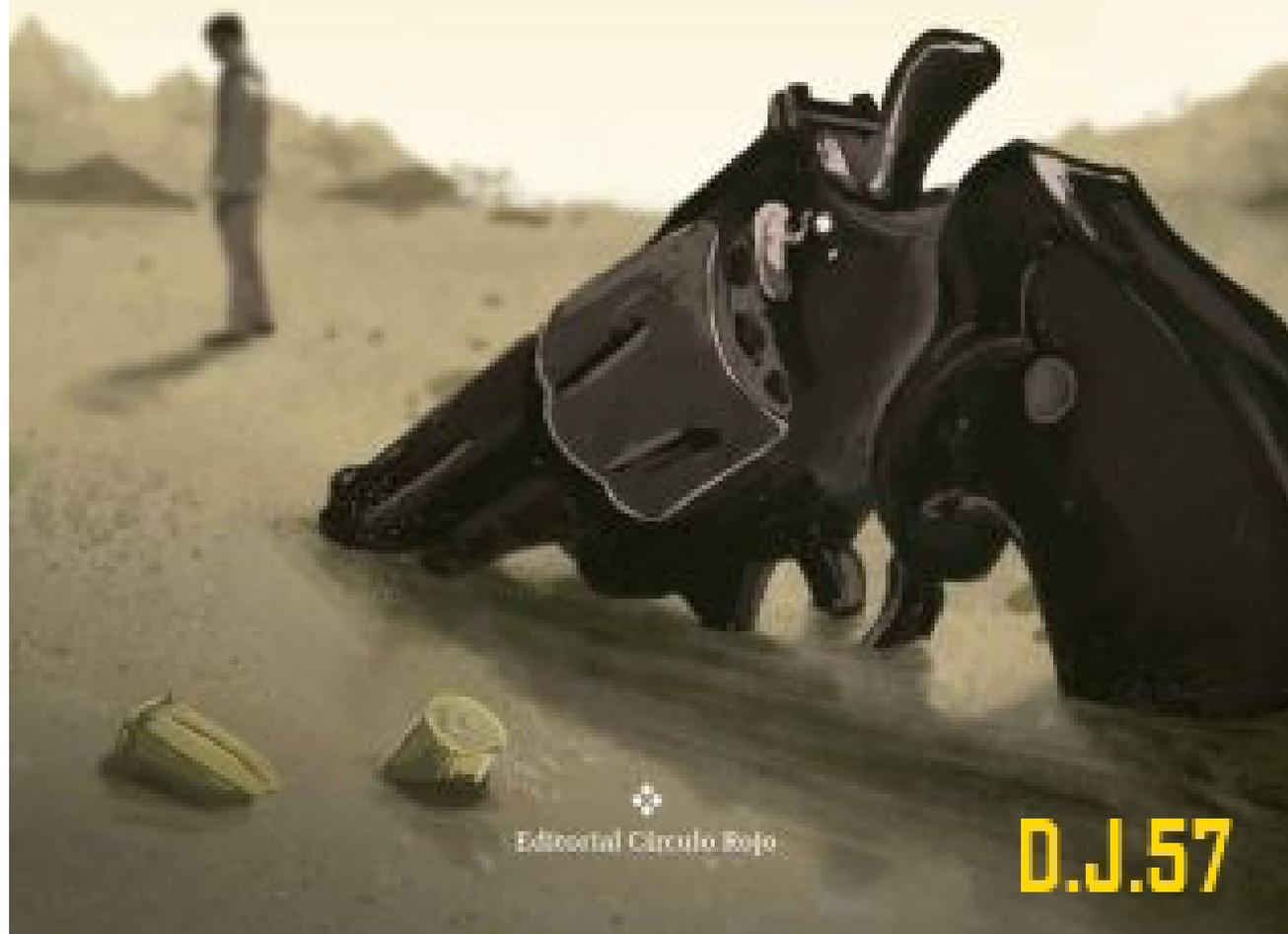


RAFAEL GUERRERO

ULTIMÁTUM

Una novela del Detective Privado Rafael Guerrero

Prólogo de Juan Madrid



Editorial Círculo Rojo

D.J.57

Editorial Círculo Rojo.

© Del Prólogo Juan Madrid

Edición: Editorial Círculo Rojo

Maquetación: Juan Muñoz Céspedes

Diseño de portada: © Óscar Gil Raya

ISBN: 978-84-9115-965-0



Sinopsis

Sicilia, Madrid y Siria son los escenarios preparados para el detective privado Rafael Guerrero en su tercera novela. Escenarios que desencadenarán en un Ultimátum para su ser, persona y personaje. Prostitutas, mafiosos, espías y detectives privados que forman parte de una misma historia. Una historia que parte de la realidad de un detective privado de verdad, protagonizada y escrita por él mismo. «El detective Rafa Guerrero, el de la novela, quizás también mi amigo real Rafael Guerrero, resulta ser un hombre que ya no cree en nada y en nadie. Aunque no lo suficiente para dejar ese mundo de aventuras».Juan Madrid.

A Antonio y María

Como si fuera un prólogo

Mi amigo Rafa Guerrero acaba de terminar su tercera novela de detectives y le ha puesto su propio nombre al protagonista. No es la primera vez que un detective privado, con licencia o sin ella, se ha puesto a escribir novelas de detectives. Dashiell Hammett, sin ir más lejos, fue detective de la Agencia Pinkerton, la más grande y poderosa de los Estados Unidos a principios de siglo, y escribió hermosas novelas que han perdurado y perduraran en el imaginario de todos sus lectores en el mundo.

Hay más ejemplos de detectives escritores en España y en cualquier país. También existen policías escritores y atracadores de bancos y presidiarios que lo han intentado y muchos lo han conseguido. Y me refiero a construir una buena novela, caso de mi amigo Rafael y del maestro italiano, novelista y director de cine, José Giovanni muerto en 1983 con una vasta obra detrás que ejerció de gánster y estuvo en la cárcel.

Es evidente que fascina al lector recorrer mundos extraños a los nuestros. La cárcel, el trabajar matando gente, la abogacía penal, los servicios secretos, los estafadores, los detectives privados, la redes de blanqueo de capitales... etc. lo son para la mayoría de nosotros.

Una de las funciones de la literatura, insisto, una de ellas, es la de mostrar los mundos que existen en el mundo. Un escritor, un novelista debe dar verosimilitud a su relato mediante determinados elementos de técnica narrativa. Su novela debe parecer verdad, sin que, evidentemente, sea real. El novelista, como Cervantes hizo, construye su obra de ficción de tal manera que debe parecer verdadera.

Mi amigo Rafael Guerrero nos cuenta un agitado y ágil relato de las andanzas de un detective español, que él sanciona de verosimilitud protagonizándolo. Su historia nace en algún lugar de Catania, Sicilia, terminando una investigación de un cliente que busca saber si su ex esposa se dedica a la prostitución o no. Para saberlo el detective se acuesta con ella. Antes de regresar a Madrid, pasa por Roma para ver a Raquel, su antigua amante, que aparece en su anterior novela (“Muero y vuelvo”).

Cuando se enfrenta con el cliente en Madrid, le pregunta si se ha acostado con su ex esposa y le contesta: “¿No estaba en el contrato?” En su agencia vuelven a aparecer personajes de su anterior novela. Y un nuevo caso, esta vez de altos vuelos. Tiene que ir a Siria a descubrir irregularidades. El cliente es una gran multinacional.

El relato es ágil, despreocupado y lleno de acción, mitad thriller, mitad novela de espionaje, sin dejar de ser una “novela de detectives.” El protagonista cumplirá sus objetivos y volverá a Roma con su Raquel, antes de volver a Madrid y continuar con sus casos.

El detective Rafa Guerrero, el de la novela, quizás también mi amigo real Rafael Guerrero, resulta ser un hombre que ya no cree en nada y en nadie. Aunque no lo suficiente para dejar ese mundo de aventuras.

Hay que esperar con ansia las próximas.

Juan Madrid

La verdad está ahí fuera. Bajo el sol, bajo la lluvia, bajo la tormenta, tras tantas horas frente a la puerta. La verdad no está en la comodidad del nido, sino allí donde hace extremo frío y calor, donde se pasa hambre o dolor»

Roser Ribas

Enrico, ¡que ya tengo mi licencia! ¡Que soy detective privada de verdad! — exclamé».

El juego de los cementerios

Clara Peñalver

Capítulo I. Hot_hot

—¿Pronto?

El tono somnoliento y pastoso sugería que se había despertado más bien tarde y con una mezcla en el paladar de tabaco y limoncello aún no disuelta ni digerida ni cepillada. Y desde luego no invitaba a traducir ese «¿pronto?» por «¿preparado?». Salvo que fuese un preparado para huir.

No lo hice, ni colgué tampoco. Continué articulando la siguiente frase en un italiano digno de un indio cherokee con la esperanza de que me quedaran apenas tres o cuatro más como esa para cerrar la cita.

—Ciao, scusa il mio italiano..., vorrei parlare con Mara...

Antes, no sé cuánto antes, este tipo de llamadas solía hacerse desde una cabina de teléfono pública, seguramente la más escondida y recóndita del barrio más alejado al propio, con esa combinación mental de excitación y culpabilidad, de perversión y desahogo y prohibición que hacía hervir la sangre y dar botes al cerebro contra las sienas, «solo una vez, por probar».

Ahora visitas una página web desde el móvil, miras sus fotos, escrutas sus encantos y hasta sus entresijos, sus medidas y gustos, tocas la pantalla y el aparato se encarga él solito de comunicarte con ella por correo electrónico, chat o llamada de voz. Desde cualquier lugar, a plena luz del día, rodeado de semejantes que te ignoran, inmersos como están en sus sistemas operativos, en sus redes sociales virtuales, en sus soledades compartidas y exhibidas bajo la máscara de un avatar o de un emoticono con cara de gilipollas que se pone colorado o lanza besitos, lagrimitas o rayitos según le dé.

Accedes a lo sórdido o a lo idílico, ya todo se parece a todo, mientras tomas un té o un café de mierda en un vaso de cartón encerado y cierras, con la misma asepsia exenta de lujuria y ardor, un negocio a través de la tableta o del ordenador portátil. Lo que el mundo había ganado en proximidad y agilidad lo había perdido en carnalidad. La mojigatería 2.0 disimulando la golfería de toda la vida. Como las gambas sin cabeza ni patitas que sirven en los restaurantes de Estados Unidos para que los comensales no sufran ni se les impute el delito de gambicidio.

Salí de la franquicia cafetera plastificada y busqué un callejón, si no oscuro, al menos apartado, como si de un particular homenaje a los viejos tiempos se tratase. No había cabina de teléfono pública, y entre las opciones del menú ya había elegido la de hablar directamente con Mara, il angelo_hot_hot_xoxo, como se autodenominaba en su perfil.

—Io sono Mara, quello che posso per aiutarti, amore?

—Ho visto l'annuncio su Internet e mi piacerebbe...

—Hola, papito, puedes usar el español —me interrumpió en aras de un mejor servicio al cliente. Me había calado el acento.

—Perfecto. Te decía que he visto tu anuncio en Internet y en el periódico y me gustaría mucho quedar contigo, ¿es posible?

—Ah, qué rico, mi amor, pues claro. ¿Cuándo habías pensado?, yo estoy libre ahorita mismo. —Su tono no era ya el de una mujer resacosa y aletargada, sino el de una profesional recitando el guion suyo de cada día.

—Verás, estoy de paso en Palermo, por trabajo, ya sabes, y había pensado que te pasaras esta noche por mi hotel. Pago el taxi de ida y vuelta, por supuesto. ¿Te va bien?

—Bueno, corazón, pero yo no hago visitas a domicilio, ya tú sabes. ¿Por qué no te pasas por aquí y te recibo como a ti te gusta?

—¿Y cómo me gusta a mí? —No fui capaz de reprimir la pregunta con ciertos tintes de mofa, aunque bien pudiera ser que me hubiera confundido con otro cliente habitual, también de paso, castellanoparlante como yo y aficionado a las bienvenidas angelicales hot_hot. O quizá a todos nos guste lo mismo y el lugar común sirviese igual para un roto que para un descosido.

—¿No eres Antonio, mi amor? —Ella se dio cuenta de su error.

—Me llamo Javier y es la primera vez que te llamo. ¿Entonces cómo lo podemos hacer? Me apetece mucho verte, y no solo verte.

—Ay, mi Javier, encantada de conocerte, disculpa la equivocación. Mira, te explico, yo atiendo en un departamento de Augusta, en un pueblo relindo de la costa, cerca de Siracusa, ¿lo conoces?

—Me temo que aún no.

—Te va a encantar, tiene de todo. Yo me enamoré a primera vista. Vos te venís para acá y yo te mimo bien rico, ¿de acuerdo, papito?

Solo por esa descripción me imaginé lo peor de aquel pueblucho y de aquel departamento. Además, el desplazamiento imprevisto cambiaba por completo mis planes, pero las recomendaciones que me habían dado de Mara hacían que

valiese la pena el viajecito.

—Está bien, haré turismo solo por ti. ¿A las siete es buena hora?

—La mejor hora, cielo. ¿Alguna cosita en especial para empezar?

—Lo mismo que te suela pedir ese tal Antonio... —No pensé que fuera a entender el sarcasmo; me arrepentí nada más lanzarlo.

—¿Querés que Antonio se una a nuestra fiestecita, cariño? Eso te costaría un poco más caro que la tarifa normal. —Efectivamente, no lo entendió y casi la armo gorda por no tener la boca cerrada.

—No, no, solo era una broma, una joda como decís allá. Tú y yo, nadie más. Te quiero entera para mí.

—Lo que vos digás, corazón. Acá te aguardo. —Me dio su dirección que memoricé por no estar en una cabina y no tener a mano un bolígrafo con el que emborronar sus paredes o los carteles pegados a estas de otras profesionales ofreciendo sus servicios a la antigua usanza 1.0—. ¡¡Y venite bien paradito, tú ya sabes!! —Acompañó la picardía con una ostentosa carcajada que se escuchó en media Sicilia.

—Lo haré, mi amor. Hasta luego, Mara.

—Ciao, ciao, hot, hot, mi Jorge.

Jorge. La madre que la parió. Así terminó la conversación, bautizándome con un nombre que empezaba por la misma letra que el mencionado por mí y tan falso como este. Seguramente, me lo renovarí otras tres o cuatro veces más cuando estuviéramos cara a cara. No voy a negar que eso añadía morbo al encuentro.

Tomando la autostrada A-19 hasta Catania y desde allí en dirección a Augusta, y confiando que no estuviera atestada de Antonios, Javieres y Jorges al volante, me plantaría en su casa burdel en unas dos horas y media. Para la cena.

Superada, más o menos, la primera parte de esa combinación mental de excitación y culpabilidad, de perversión, desahogo y prohibición, me restaba el tiempo suficiente como para seguir dando rienda suelta a los instintos, bajos o altos, en la capital siciliana y apretarme una comilona a la altura del guerrero que Mara conocería al otro lado de esta isla del pecado y del pescado.

Tenía muy buenas reseñas de Al Fondaco del Conte, en el número 24 de Piazza Conte Federico, una zona poco recomendable en sesión nocturna, lo que no era obstáculo para que me dejara caer por allí bajo la protección de la luz solar y degustara la tradicional cocina palermitana con influencias de la moderna gastronomía internacional. Al Fondaco era un local pequeño y sencillo,

regentado por la típica mamma italiana y sus dos vástagos, uno en los fogones y otro en sala sirviendo y sonriendo. Gente amable y acogedora, algo no muy usual por estos lares, con fama de estar habitados por personajes huraños, hoscos y silenciosos (el peso de la leyenda, de la famosa omertá, supongo), que me trató desde el primer momento como si comiera todos los días en la misma mesa y mis generosas propinas pagasen la escuela de los nietos. Que te mimen y te alimenten, aun pagando por ello, son dos lujos que reconcilian al hombre con su especie, aunque no demasiado con las otras especies de las que se nutre. Qué le vamos a hacer, no se le puede caer bien a todo el mundo. Ley de vida, y muerte.

Guiado por el sabroso olor que inundaba la estancia y el sabio criterio de Pietro, escogí de la surtida carta del menú Adulti los siguientes mil quinientos platos (no tantos, pero su abundancia y presentación hicieron que contara tirando a la exageración). Para que conste en acta:

Como antipasti di terra, una caponatina di melanzane accompagnate da salsette. Como antipasti di mare (por catar in situ lo que estos isleños preparaban a partir de lo que el Mediterráneo les ofrecía), zuppa di cozze, accompagnata da crostoni di pane all'aglio.

Generosos en la cantidad y la calidad, yo me hubiera dado por saciado con estos dos entrantes de tierra y mar; sin embargo, lo mejor estaba por engullir.

De primer plato, linguine del conte (zucchine, radicchio, gorgonzola). Calificarlo de exquisito me tacharía de tacaño. De segundo plato, y ya con cierta dificultad para hacerle hueco, trancio di tonno alla griglia, accompagnati da un piccolo contorno scelto dallo chef. Lo de piccolo era guasa. Y de postre, por acabar a lo grande, sfera di cassata siciliana.

Todo ello humedecido con un caldo dulce y perfumado de Nero D'Avola, el vino, afirman los entendidos, con más historia de Sicilia, de producción modesta y elaborado con moscatel blanco. Si Mara llegase a proporcionarme el diez por ciento del placer que mis papilas gustativas y mi estómago alojaban en ese preciso instante, la muchacha se merecería un altar en el cielo de los angelitos hot_hot. Cuál sería mi estado de absoluta placidez y felicidad que hasta rehusé contestar las tres llamadas que recibí durante el almuerzo. No lo hubiera interrumpido ni aunque el papa Francisco estuviese reclamando mis servicios para investigar los casos de corrupción en la curia vaticana, que, por otra parte, ya conocía él perfectamente.

No abracé a Pietro, a su hermano el cocinero y a la mamma de ambos por pudor y pesadez; de buena gana lo hubiera hecho, y de mejor ánimo les cubrí de

parabienes y propina. Encima, la cuenta era relativamente asequible, por no decir barata. Si me llegan a pillar más joven, les pido la adopción inmediata en el seno de su familia. Grazie mille.

No he traducido los nombres de los manjares adrede, sería un sacrilegio intentar trasladar esos sabores y sensaciones si no en versión original, porque así me los presentaron y explicaron, y aunque no lo comprendiera todo al detalle qué falta le hacía a mi paladar. Lo emocional no necesita del conocimiento absoluto, más bien del desconocimiento y del abandono de la razón siquiera por un rato, en el que hierve la sangre y las tripas toman el mando y el cerebro cansino se apaga o se duerme y nos deja en paz. O casi.

Despedido con la misma fanfarria y buen rollo que a la entrada, con la tarjeta del local a buen recaudo en mi cartera para la próxima vez que el azar me trajese por estas tierras, decidí caminar hasta el hotel y bajar con el paseo el atracón de proteínas y calorías que me había metido entre pecho y espalda, nunca mejor ubicado.

Tenía una habitación reservada en el Albergo San Paolo Palace, a la altura del número 91 de via Messina Marine, que, como su propio nombre anuncia, corre paralela al litoral marino y se cruza con la desembocadura del río Oreto. Resumido de esta manera, da la sensación de que el entorno merecía la pena, pero en realidad toda esa barriada era, y es, bastante anodina, triste y fea. La mayoría de las viviendas la conforman bloques de cemento construidos en la segunda mitad del siglo pasado, con balcones en los que colgar las toallas de playa y fachadas en tonos amarillos desconchadas por la humedad y la dejación de sus caseros. Ni rastro de lo que la marca Italia promete por sí misma con solo mencionarla, al menos en ese entramado urbanístico concreto, diseñado a la medida del turismo de clase media y de una población autóctona más preocupada de sobrevivir que de lucir palmito arquitectónico. Las malas lenguas del norte peninsular transalpino especulan con que si de ellos dependiera, venderían il Mezzogiorno y las islas sureñas a cualquier país africano pero el problema reside en que ningún país africano los querría comprar. Nadie es más capullo y cruel que un hermano rico con uno pobre.

Bordeando la estación ferroviaria, un nido de carteristas activos las veinticuatro horas del día, tomé el viale dei Picciotti y después por el de Amedeo d'Aosta. En apenas media hora, y aun con el peso extra que arrastraban mis pies, me planté frente al mare Nostrum y de espalda al hotel que Mara no visitaría y quizá yo tampoco según cómo se diese la noche con ella justo al otro lado del

mapa.

Encendí un cigarrillo con la mirada perdida en la línea del horizonte y en los barcos de distintos tamaños y procedencias que arrojaban sus desperdicios orgánicos y previsiblemente químicos al agua salada sin el más mínimo atisbo de conciencia ecológica o de respeto a las leyes. Si es que hay leyes que regulen eso. Lo de Nostrum se lo tomaban al pie de la letra, convirtiendo en un váter gigante lo que otros usan como bañera de temporada. La humanidad en estado puro.

Tras ducharme, acicalarme y vestirme con las mejores galas que mi maleta me permitía, alquilé un coche en el mismo vestíbulo del hotel y puse rumbo a Augusta, el lindo paraíso de Mara, la angelita hot_hot. Me costó encontrar la salida de la ciudad y acertar con la autopista que buscaba, cerca estuve de chocar contra otro vehículo que se saltó un semáforo sin luces. Por los gestos que me dedicaron sus ocupantes, el seguro de accidentes y la razón era lo que menos debía preocuparme. Cuando alguien simula rebanarte el cuello con su dedo índice y lo hace gritando en el dialecto siciliano, te olvidas de los tecnicismos.

Para sosegarme y olvidar el incidente, sintonicé la radio con tan buena suerte que capté sin proponérmelo al ex primer ministro Silvio Berlusconi cantando Il vero amore. Insuperable ambientación. La humanidad es estado espurio.

Capítulo II. El catálogo

Me sobraron cuarenta minutos con respecto al horario previsto de llegada, y eso que había realizado una parada técnica a mitad de camino en una estación de servicio para llenar el depósito de gasolina y el depósito de nicotina, donde me fumé un par de cigarrillos seguidos. Resulta que en los coches de alquiler no está permitido darle al vicio para que los usuarios venideros no se quejen por olor a tabaco, y sin embargo, el resto de cláusulas contractuales no hacen mención alguna ni vetan la lista de delitos susceptibles de cometerse con un vehículo o dentro del mismo. Huelan bien o mal, los delitos. Regular es un arte perpetrado por besugos.

Una cosa era la puntualidad y otra muy distinta la ansiedad, por muy hot_hot que estuviera Mara en su turno laboral o yo recién duchado y perfumado para la ocasión. Aparqué el inodoro trasto cerca de la Via Generale la FERIA y me di una vuelta por el paraíso relindo de mi anfitriona, ese que la enamoró a primera vista porque tiene de todo. Todo, por lo visto, era bien poco.

Augusta es una especie de isleta en la costa oriental de Sicilia, engarzada a la principal por dos carreteras sobre el mar, que lógicamente la rodea por sus cuatro puntos cardinales y le da sentido como enclave. Por aquellas fechas de un moribundo septiembre, aún quedaban turistas tardíos que aprovechaban el sol y el ocio para bañarse en la playa y tomar helados y aburrirse como ostras, aunque en bañador y camiseta de tirantes. Los habitantes locales, ajenos a los calendarios vacacionales de los visitantes, seguían a lo suyo, abriendo y cerrando tiendas, hablando alto y gesticulando ostentosamente, como si en vez de caminar estuvieran nadando y espantando moscas a la vez. El lenguaje corporal en Italia debe ser un título universitario o un módulo de formación profesional con el que ya nacen sus ciudadanos.

Entre espantosos edificios altos, medios y minúsculos, destinados la mayoría a acumular sin orden ni concierto apartamentos turísticos y viviendas de bajo coste, persisten algunas joyas arquitectónicas si no de primer nivel, al menos merecedoras de una visita rápida y una fotografía de rigor. Me acerqué hasta la Cavernale di Augusta, el Palazzo Zupello, y di por finalizado el tour en la

parroquia de San Sebastiano, al que nada le pedí a pesar de que seguramente él también proveería de todo. Miré el mar de nuevo; a los madrileños nos imprimen en el ADN no apartar la vista de este siempre que tenemos oportunidad, no sea que se nos olvide cómo es. Estaba calmo. Azul verdoso. Algo más limpio que el de Palermo.

Las altas tasas de paro en la Europa meridional hacen que los escenarios de sus ciudades y pueblos estén siempre llenos de figurantes, eso que los nórdicos llaman envidiosos de la vida urbana latiendo y que no esconde otra cosa más que un puñado de vidas jodidas abocadas a pulular de un lado a otro por si el azar les pillan en la esquina correcta en el momento indicado y les cambia su mísera existencia o se la maquilla para la próxima escena. Abajo el telón, muy abajo.

Localizada en el GPS del móvil la dirección que Mara me dictó por teléfono, me encaminé hacia su edificio a dos minutos exactos de cumplirse las siete de la tarde. Lo pactado.

El burdel en cuestión se ubicaba en el cuarto piso de un inmueble de antigua construcción sin encanto alguno ni conserje ni telefonillo ni ascensor. Una táctica para que los clientes se presentaran sin resuello y terminaran la faena cuanto antes, sin exigir demasiadas piruetas sexuales a las cortesanas. Subí despacio, apurando la última calada y esa sensación extraña que te invade cuando estás a pocos metros de la culpa, la excitación, el desahogo y la prohibición. Y de la puerta de entrada.

El piso era angosto y en sus paredes se había impregnado un aroma difícil de describir, tan rancio como anodino, ni limpio ni sucio ni tampoco embriagador. Fue la propia Mara quien me recibió, envuelta en un batín translúcido y calzada con unas pantuflas caseras llenas de plumas y diamantes de plástico, de un estilo clásico característico de las tiendas de chinos al por mayor.

Por lo demás, debo reconocer que su apariencia era imponente: melena ondulada y morena hasta la mitad de la espalda, ojos marrones oscuros, labios pintados de un rojo orgasmo, pechos turgentes de pezones rosados y piernas fuertes que sustentaban un portentoso y respingón culo. Bajita, eso sí. Me plantó dos besos en la cara sin mediar palabra. Después, habló con una voz tan golosa como ensayada.

—Hola, papito, qué bueno que viniste.

—Hola, Mara, soy Javier. Quedamos hace un rato por teléfono en que vendría a verte a esta hora.

—Lo recuerdo, Javier, jamás se me olvida un nombre tan relindo. Así se

llama mi papá. —Sabía lo que se decía y cómo lo decía.

—Ajá, me alegro pues.

Refrescadas las acreditaciones, me invitó a seguirla por un pasillo que comunicaba el recibidor con las habitaciones, pasando por una minúscula sala de estar en la que su compañera de oficio y gastos, Helene se hacía llamar, se pintaba las uñas de los pies con el ruido del televisor encendido de fondo. La tal Helene también tenía buena pinta, aunque pretendiese hacerse pasar por sueca sin demasiado éxito.

—Ciao, Helene —saludé por cortesía sin esperar respuesta.

—Ciao, bello —me contestó mecánicamente sin desatender su dedo gordo esmaltado de color magenta.

En ese corto recorrido no percibí la presencia de chulos, proxenetas, alcahuetas ni clientes previos o posteriores a mí haciendo cola. Estábamos los tres solos hasta que se demostrase lo contrario. Eso me tranquilizó.

Mara franqueó la puerta de su dormitorio y la cerró tras hacerlo yo. Sin más preámbulos que el de encender una barrita de incienso que reposaba sobre los cadáveres cenicientos de las anteriores ya achicharradas (toda una metáfora de lo que en ese habitáculo solía acontecer cada cambio de guardia), comenzó a desnudarse rutinariamente, sin mostrar pudor o excitación, como quien se coloca el mono de trabajo o se lo quita en este caso. Procuré observarla como al mar, pero no fue igual.

—Eh, Mara, frena, por favor. Más despacio. No tengo claro todavía qué clase de servicio deseo. —Era un tópico que jamás pensé que utilizaría.

—Claro, lindo, como tú mandes. —Su cara no transmitía la misma comprensión que sus palabras. Intuía que yo no iba a ser uno de los rapiditos y hasta luego.

Mara se quedó en ropa interior, sentada en la esquina de la cama, con las piernas cruzadas y el pecho apretado, presionado por sus brazos. Entendí su impaciencia y el mensaje.

—¿Qué te suelen pedir los otros?, solo por curiosidad... —Le otorgué la oportunidad de desplegar su catálogo.

—Cariño, yo lo hago todo si tenés la platita dispuesta: francés, griego, cubanita, con las manos, con los pies, en el suelo, a perrito, el beso negro, en la bañera, en el armario...

—Vale, vale, me hago una idea. Eres una mujer muy completa. No sabría por dónde empezar...

—Gracias, papito; como digo yo siempre: adaptarse o joderse.

—Buen lema para una..., para cualquiera.

—Para una prostituta, decilo, no te preocupés. Si fuera ingeniera o doctorcita, no iría desvestida así, ¿verdad?

—Quién sabe, habrá ingenieras de todo tipo.

—¿Te decidís entonces por algo, Jorge, o vamos improvisando sobre la marcha?

—Javier, soy Javier. —No hice escarnio del repetido error; simplemente, lo notifiqué con un gesto amable, casi de aceptación.

Mara descargó una carcajada para celebrar su enésima laguna mental y a renglón seguido continuó con las propuestas.

—Si sos de los que se paran solo mirando, ¿querés que haga un show con fisting, dildo por detrás y squirt al final? Me mojo toda enterita para ti, papito.

—¡Uf, uf...! Me estás abrumando, en el mejor sentido. Qué barbaridad, qué don de lenguas tienes.

—Ah, canalla, me da que vos estás buscando otras cositas. Por ciento cincuenta euros lo hacemos sin preservativo. Y por doscientos te garchás también a mi amiga Helene; ¿he acertado, lindo?

El asunto se estaba poniendo realmente hot_hot. Ni una multinacional sería capaz de diversificar de esa forma tan versátil sus productos y aplicaciones. El despliegue de Mara era muy tentador a la par que temerario, lo que indicaba el grado de desesperación que la empujaba a jugarse la salud por unos pocos billetes de más. «Adaptarse o joderse»; ella había elegido joderse.

—Verás, Mara, no es por el dinero, pero yo quisiera algo más íntimo para empezar. Tú me pareces bellísima y no necesito a nadie más, por ahora.

—Qué recopado sos, Jorge, ya no quedan caballeros como vos, haceme caso. Dejame que te mime, ya tú sabes...

Y dale con el Jorge. Omití corregirla y le expuse lo que en ese instante me apetecía de verdad.

—Mara, deseo algo íntimo y tan sencillo como hablar, nada más que eso.

—¿Platicar de qué? —Su lenguaje corporal adoptó el ademán de un karateka cabreado y listo para arrear una patada en toda la geta.

—Mira, Mara, necesito contar lo que siento por una mujer a otra mujer. En mi trabajo no tengo a quién recurrir, se descojonarían de mí, se supone que soy un capullo duro y sin conciencia que invierte en empresas en quiebra para despedir a sus trabajadores y venderlas por el triple de lo que costaron. A eso me

dedico. Y en mi vida privada, con mis amigas solo me acuesto o me emborracho, no existe esa clase de confianza, ni por su parte ni por la mía.

—Ajá. —Mara disimuló el bostezo y el enfado encendiéndose un cigarrillo mentolado y resignándose a escuchar una aburrida charla sobre la culpa, la excitación, el deshaogo y la prohibición.

—¿Te importa que te use para eso? —Traté de bromear por rebajar su tensión.

—Y bueno, no hay problema, Javier, el duro capullo, si me pagás por adelantado lo convenido.

Las cartas sobre la mesa y el nombre correcto en el momento indicado. Mara tenía el cerebro tan bien amueblado como el resto de su anatomía.

—Por supuesto, aquí tienes. —Le solté la platita y ella la depositó sin contarla en el cajón de la mesilla de noche.

Conversamos durante sesenta minutos exactamente, ni uno más ni uno menos. De aquella cháchara emocional saqué en claro que apoquinar porque te escuchen solo sirve al que cobra. Bien aprendido lo tienen los psicoanalistas en su libro de facturas.

Le expliqué a Mara que estaba enamorado de una tal Regina, brasileña afincada en Italia, con la que mantenía un romance intermitente salpicado de infidelidades y reconciliaciones salvajes, que me debatía entre comprometerme seriamente con ella o seguir siendo un crápula. La idea de concebir hijos y criarlos con Regina me atraía y aterrorizaba en igualdad de condiciones; no estaba preparado para eso y al mismo tiempo estaba cansado, hartado, de mis hábitos libertinos y solitarios. Todos estamos solos, aunque unos más que otros.

Las confidencias personales que le fui desgranando a medida que nos íbamos relajando ambos y acomodando alrededor del camastro indujeron a Mara a tomar partido por los protagonistas de la historia que escuchaba, equilibrando sus juicios de valor entre uno, yo, y otra según avanzaba el relato. Una de cal, para que yo obtuviera el consuelo anhelado, y otra de arena, para no perderme definitivamente como futura presa.

De paso, me enteré de que ella era una venezolana errante, criada en Argentina y casada en España con un compatriota del que se divorció y alejó, llevándose consigo la hija fruto de su matrimonio, con la que ahora vivía en Augusta. No le interrogué sobre el paradero de la niña en ese momento, pero sí sobre la relación que mantenía con su exmarido.

—Un tacaño. Y un celoso compulsivo. Hasta el juez se percató de que lo

único que le preocupaba era pasarme la mínima pensión posible cuando me concedió la custodia de la pequeña.

Tiró más basura sobre el antiguo cónyuge, que la empujaba, por su cicatería, a prostituirse para sufragar dos alquileres, alimentar a la criatura, vestirla y darle una educación de primera calidad en un colegio privado. En fin, los reproches y agravios típicos de quien se justifica aunque nadie se lo exija.

Antes de que terminase la cronometrada sesión de sentimentalismos varios, le solicité consejo para superar el vacío y el dilema que me atenazaba en lo que a Regina se refería, il mio vero amore.

—Te recomiendo que me visites más a menudo, papito, y que me dejes hacer, así, suavcito, ya tú sabes.

—Lo tendré en cuenta, Mara.

Al incorporarme con la intención de despedirme y salir de aquel agujero del amor, Mara me interceptó por sorpresa con un dulce placaje de rugby, clavando sus dos hermosas tetas en mi cara. Contuve el aliento y algo más.

—¿No te animás a una segunda hora de terapia con tu doctorcita linda?

—Recuérdame el catálogo de opciones, por favor. —La memoria me fallaba también a mí por falta de oxígeno en el cerebro.

Capítulo III. Regla de oro

Conducir de noche por una autopista desierta al amparo de un cielo límpido y estrellado, sabiendo que todo lo que te rodea un poco más allá es agua sobre agua y algo más acá unas cuantas vacas escuálidas y algún ejemplar de cabra autóctona, confirmaba la intuición de que al universo le importamos y le afectamos tanto como a mí el nuevo bodrio musical de Justin Bieber, que de manera machacona sonaba en casi todas las emisoras de radio que fui sintonizando hasta que apagué el aparato y bajé la ventanilla del coche para escuchar el sonido del viento rozando mi insignificancia cósmica. O Silvio o Justin, bendita libertad de elección.

Durante el camino de vuelta a Palermo, apenas pensé en Mara ni en sus deslumbrantes atributos, tampoco en la tertulia que sostuvimos ni en el desesperado intento final por ganarse la propina. Le había contado lo que quería contarle y había servido para lo que sirvió. Sin embargo, la hija de Mara, a la que ni vi ni conocí en aquel piso, sí dio vueltas en mi cabeza entre curva y curva de la carretera, no de la madre. Sin ningún afán de juzgar a esta última, cada cual recolecta y asa sus castañas como desea, puede o le dejan; me pregunté qué milonga le habría endosado a la criatura para explicarle sus ausencias y frecuencias, qué profesión de pega sería su coartada cuando los compañeros del colegio o los profesores le preguntasen a la muchacha por los quehaceres laborales de su progenitora. O cuando el padre español la interrogase por teléfono una vez a la semana o el día de su cumpleaños o el fin de semana que le tocara tenerla con él. Quizá esa niña fuese una cómplice fiel y silenciosa, a lo mejor su ignorancia la eximía de la vergüenza o del orgullo.

Cuánto aguantaría Mara hasta explicarle sus esfuerzos por darle una exquisita educación en un colegio privado, o tal vez lo fiaba todo a un golpe de suerte que la sacase del puterío y desterrar así esa etapa de su presente y de sus venideras revelaciones. También podría enterarse la chiquilla por pura casualidad, como nos enteramos siempre de las cosas que verdaderamente importan, o por un descuido de Mara o de su compañera Helene, por un indiscreto cliente o por un diagnóstico médico irreversible consecuencia de no

usar condón a cambio de unos cuantos euros por encima de la tarifa base. Si una sola vida ya es complicada de gestionar, cuando esta es doble provoca que el universo se detenga por un instante y se descojone ante tamaña osadía. Qué ligeramente usamos el término «hija de puta» para insultar a quien se nos antoja una persona malvada y taimada cuando en la mayoría de las ocasiones las verdaderas hijas de puta ni siquiera son conscientes de serlo. Qué gratuitamente hablamos cada vez que abrimos la boca, con lo guapos que estaríamos calladitos y fumando.

El trayecto se me hizo nuevamente corto y la impaciencia por encender un cigarrillo una vez entregado el vehículo a la empresa de alquiler contribuyó a que llegase antes de que el restaurante del hotel apagase los fogones y me dejara con la miel en los labios. Cené rápido sentado sobre un taburete frente a la barra, un plato combinado a base de pasta y pizzetas, bastante prefabricado con la inestimable ayuda del microondas. Cargué la cuenta de esas viandas a la de mi habitación y subí a esta para dar carpetazo al asunto que me había traído a Sicilia.

Antes de realizar la llamada correspondiente, me duché por tercera vez en el día. Olía a Mara, o más concretamente a las paredes de su dormitorio y al ambientador del automóvil puritano que me había transportado hasta su pecaminoso lupanar. Si el asiento del conductor había quedado impregnado de igual forma, muy posiblemente el siguiente usuario solo tendría que seguir el rastro de ese persistente aroma para terminar en la cama del angelito hot_hot.

—¿Diga? —Mi interlocutor no dejó que repiqueteara un segundo tono para descolgar. Que el número entrante estuviera oculto e ignorase por tanto mi identidad no fue óbice para que descargase en esas cuatro letras toda la tensión acumulada desde la última vez que nos comunicamos.

—Buenas noches, soy Rafael Guerrero, de la agencia de detectives con la que contrató... —Tampoco permitió que pronunciase mi frase favorita entera. Él se lo perdía, era como privar a 007 de su «Bond, James Bond». Una falta de respeto.

—Señor Guerrero, esperaba su llamada. Cuénteme, por favor, ¿la ha visto, me confirma las sospechas?

—Efectivamente, la he visto y ha quedado constancia gráfica del encuentro con su exmujer. —Intenté no contagiarme de su nerviosismo. Además, la conferencia la pagaba yo, así que el ritmo era cosa mía.

—¿Y...? ¿Es lo que me imaginaba? —Qué miedo tenía a citar las cosas por

su nombre.

—Andrea usa el alias de Mara y, sí, ejerce como prostituta en un apartamento de Augusta distinto al que usa como vivienda. La dirección que usted me facilitó de este último no coincide con el visitado esta misma tarde.

—¿Estaba mi hija por allí?

—No, al menos yo no la vi ni la oí. Solo me crucé con una compañera de oficio de aspecto escandinavo. —Si Helene pretendía hacerse pasar por sueca no le iba a quitar yo la ilusión de cara a terceros.

—¿Ha conseguido las pruebas que le pedí?

—Está todo grabado, tanto el audio de las conversaciones telefónicas como la del encuentro en su lugar de trabajo.

—¿Lugar de trabajo?, qué eufemismo, señor Guerrero. —Proyectaba el enfado consigo mismo contra mí, no entré al trapo e hice caso omiso a esa provocación que nada tenía que ver con mi cometido.

—Me limito a describir los hechos tal y como sucedieron y acorde a la legislación para que un juez no rechace las evidencias obtenidas. En aquel habitáculo se efectuó un pago a cambio de unos servicios y así ha quedado registrado.

—Disculpe, tiene razón. —No solo claudicaba ante mi razonamiento, también ante la inapelable realidad que en breve recibiría documentada.

Le informé de que todo el material digital le sería enviado esa misma noche a través de Wireover, una aplicación informática cifrada, más fiable y con mayor capacidad de carga que los correos electrónicos. A modo de resumen, le adelanté las líneas maestras de lo que redactaría más adelante para entregárselo personalmente.

—Su exmujer gana suficiente dinero como para sufragar la renta de dos inmuebles, paga el colegio privado de su hija y reconoce motu proprio desatenderla por las exigencias de su fuente de ingresos principal. Se muestra tanto en páginas de Internet como en la prensa local siciliana, adjunto recortes de estos anuncios, así como una fotografía de la investigada captada con cámara oculta a la entrada del apartamento donde recibe a los clientes, con fecha y hora sobreimpresas a la imagen.

Omití que el lujo y el alto standing prometidos eran meras triquiñuelas publicitarias. Lo de la oferta de prescindir del preservativo lo escucharía él cuando recibiese las grabaciones. No era necesario remover por anticipado la herida ni hacerla más sórdida. Le expliqué además, a modo de conclusión, que

en un hipotético juicio para revisar la custodia de su hija y las compensaciones económicas derivadas, mi declaración como testigo presencial sería válida.

Sin extenderme más ni darle otras explicaciones de índole personal, le convoqué a una próxima reunión en mi despacho, pasados unos días, cuando estuviera yo de vuelta en España, con el fin de hacer la entrega del material original y demás formalidades.

—De acuerdo, le agradezco su labor aunque me duela el resultado. Avíseme cuando esté disponible en Madrid.

—Es lo pactado, y por lo que usted ha pagado. Le avisaré. Buenas noches. — O eso creía yo, que serían buenas noches y adiós.

—Cierto. Solo una última cuestión, señor Guerrero, ¿tuvo sexo con Andrea o como cojones se apode ahora?

—... ¿Estaba eso en el contrato? —Tras una pausa meditada, contesté con más sorna que indignación por haber dudado el hombre de mi ética profesional. De su silencio deduje que me había entendido y colgué.

Regla de oro, jamás preguntes por lo que no quieras saber. Y aunque la ausencia de respuesta al marido hiciera pensar lo contrario, no, no me acosté con Andrea, alias Mara, ni con Helene ni con nadie. Por mucha presión que sus tetas ejercieran sobre mí, en sentido literal y literario. Caso cerrado.

A mi sempiterno insomnio no lo vencieron ni las emociones vividas a flor de piel ni las demasiadas horas que llevaba en pie yendo de un sitio para otro en aquella isla de poco más de veinticinco mil kilómetros cuadrados y algo más de veinticinco mil historias para no dormir. Decidí, pues, dar un paseo nocturno con la esperanza de cansarme a la mitad del mismo y meterme en el catre sin despreciarlo como a un enemigo.

Callejeé sin rumbo fijo por las inmediaciones del hotel, giraba hacia la derecha o hacia la izquierda al llegar a cualquier esquina en función de si veía luces o gente al final del tramo, tan a la deriva como despreocupado y ajeno a la fama maldita que entre los viajeros tiene esa zona cercana a la estación ferroviaria y Sicilia en general. Cualquier ciudad del mundo concentra a lo peorcito de su calaña cerca de los apeaderos de trenes o autobuses porque allí se encuentra el mejor nicho de mercado para carteristas, descuideros, traficantes, proxenetas y ladrones de poca monta. Todos los que no tienen cabida en los ministerios han de conformarse con actuar en esos andenes de vidas pasajeras cargadas de maletas y billetes frescos en las riñoneras. Lo particular en aquel enclave milenario es que al raterismo rampante se le une el lugar común de la

mafia que todo lo ve, lo controla y lo despacha. Un estereotipo propio del cine y de la narrativa que seguramente esté basado y fundamentado en la cotidianidad, pero que como tal tiene un componente de exageración considerable. Sí, la mafia lo ve todo, controla lo que puede y despacha solo cuando no le queda otro remedio.

Una de las muchas leyendas al respecto señala que la mafia fue creada por tres caballeros españoles —Osso, Mastrosso y Carcagnosso— que en el siglo XV huyeron de Toledo tras haber vengado con sangre el honor ultrajado de una hermana. Al parecer, se refugiaron en Favignana, una isla mediterránea, en la que permanecieron veintinueve años, once meses y veintinueve días. Durante ese periodo, y a fuerza de no tener más entretenimientos, articularon las reglas sociales y el código de honor por el que se regiría la organización. Al separarse y seguir cada uno por su camino, exportaron esas normas a sus lugares de destino: Osso se estableció en Sicilia, fundando La Cosa Nostra, Mastrosso en Calabria, alumbrando la ‘Ndrangheta, y Carcagnosso en Campania, dando origen a la Camorra. Así expuesto, podría ser una asignatura de cualquier máster para emprendedores.

Cierto o no ese mito fundacional a la española, la mafia existe y persiste. Antes de desembarcar en Palermo, leí algunos estudios que señalaban «al crimen organizado como la principal empresa italiana, la firma que más dinero mueve. Factura al año ciento cuarenta mil millones de euros y obtiene unos beneficios netos que superan los cien mil millones. Y a pesar de la crisis, disfruta de una enorme liquidez: sesenta y cinco mil millones de euros».

Las transacciones se hacen al contado, ni tarjetas de crédito ni cómodos plazos; la droga, la prostitución, los sobornos y los impuestos a cambio de protección se liquidan con efectivo, y el que no lo acepte que se vaya tomando medidas para el ataúd. Unas condiciones y un contexto económico que para ellos quisieran muchos empresarios de traje y corbata, sin pistolas pero con iPhones. La tecnología hace difícil distinguir entre los capos tradicionales y las nuevas generaciones.

Andando por la Via Roma, a la altura del número 398, fui a parar frente al espléndido y decadente Grand Hotel et des Palmes de Palermo, en el que, según las guías turísticas, Wagner terminó de escribir su última ópera, Parsifal, y donde el 1 de octubre de 1955, bajo el auspicio del capo Lucky Luciano, se celebró el acuerdo por el que las mafias de las dos orillas del Atlántico sellaban su alianza. Al pobre Wagner la historia le ha ido saboteando después de muerto sin piedad

alguna. Cuando no le asocia con Adolf Hitler como (involuntario) inspirador intelectual de la «solución final» y de la preeminencia de la raza aria sobre las demás, le suelta unos cuantos años antes en el mismo jardín que pisotearía después el mayor gánster del siglo XX. El sentido del humor del universo es perverso. Y no solo por la existencia de Justin Bieber.

¿Qué sería lo que me tendría preparado el muy cachondo para mí? En aquel momento, me habría conformado con cualquier cosa que matase la desesperación del insomne y el miedo a una habitación vacía.

—Regla de oro, jamás preguntes por lo que no quieras saber. —Me contesté arrepentido de haber formulado la cuestión en plena Via Otero.

Capítulo IV. Doscientos euros

«Cualquier cosa que matase la desesperación del insomne y el miedo a una habitación vacía»; así había expresado mi deseo sin percatarme ni incidir en los dobles sentidos que varias de las palabras y su sintaxis pudieran desatar. Una frase más retórica que peticionaria, como una especie de plegaria laica que se lanza al aire sabiendo que ni al aire le interesa y que el siguiente silencio la enterrará. Salvo que el dichoso universo se ponga juguetón, desenfunde el azar y te lo tire a la cabeza.

Entonces lo llamamos premonición (una categoría superior a la de casualidad) y tiene valor de ley porque se cumple. Con una sola de ellas nos creemos videntes, futurólogos, intuitivos o telepáticos aunque hayamos fallado en nuestras previsiones doscientos millones de veces con anterioridad. Sin embargo, la putada es acertar sin proponérselo justo en la ocasión menos propicia y en el lugar menos recomendable.

Como en Palermo y de noche. Allí y así encontré bastante más que cualquier cosa que matase la desesperación del insomne y desde luego suficiente miedo como para solapar el que profesara a una habitación de hotel vacía. «¡Bendita habitación!», hubiera proclamado de haber conocido cuál era la alternativa de ocio que me aguardaba en la esquina de Via Otero con Via Francesco la Colla. El porvenir, cuanto más lejos, mejor.

Al pasar por delante de una casa de apuestas, salón de juegos recreativos y bingo (todo en uno), incrustados los tres antros en un inmueble tan lúgubre y decrepito exteriormente como el edificio en que recibía Mara a sus clientes en Augusta, bajo unas luces multicolores de neón que incluso en Las Vegas se hubieran considerado horteras y excesivas, fui testigo accidental y también víctima circunstancial del típico ajuste de cuentas que solo resulta verosímil cuando se coreografía en el contexto de una película sobre los barrios bajos y las mafias chuscas. Hasta que te topas con uno en la realidad, a un palmo de tus narices, y ahí la verosimilitud, los diálogos, las causas y los efectos son lo de menos, y no cagarte encima lo principal.

Dos sicarios o matones, o como demonios se los etiquetase por aquellos lares

a quienes hacen el trabajo sucio a ras de calle, portaban en volandas a un hombre delgado y pusilánime, con un bigotillo recortado al estilo de los años cincuenta del siglo pasado y con un traje de lino beis de corte provinciano y falsamente elegante a fuerza de ser espantoso (en esos insignificantes detalles me fijé cuando aún me quedaba capacidad para procesarlos y antes de entrar en una parálisis temporal). Posiblemente, cargaban con él de esta forma tan poco considerada desde el interior, sacándole de sus ruletas sin la menor consideración y sin ocultar el rostro, un escarnio público previo al privado. Ese era el espectáculo al que el universo me había invitado tras interrogarle por mi destino sin medir las consecuencias de romper la regla de oro. Estaba por ver si también me romperían los huesos.

Dejaron caer al suelo al hombrecillo asustado y uno de los sicarios blandió en su mano derecha un cuchillo de rebanar cuellos de unos veinte centímetros. Unos segundos antes de que el otro advirtiera mi existencia cual pasmarote perplejo, me dio tiempo a escuchar y traducir simultáneamente que le reclamaban una cantidad de dinero significativa como para justificar según sus códigos y normas financieras que le cortasen el gajate en cinco minutos si dicho montante no era saldado en plazo y forma. Obviamente se trataba de una mera fórmula de cortesía que con mucho retrasaría la ejecución sumarísima para que el ajusticiado llorase, patalease y prometiese pagar si le permitían realizar una llamada desesperada o acudir a su domicilio. Pura cháchara protocolaria para darle un viso de legalidad o justicia al derramamiento de sangre y, de paso, al final de su malograda relación comercial. De los cuatro actores que estábamos representando aquella escena, dos iban a salir muy mal parados. Y ya me imaginaba la reconstrucción de los hechos por parte del juez que levantara mi cadáver: «Primero se fue de putas y luego se metió donde no debía. Pobre imbécil». Así constarían en el informe de instrucción los últimos y definitivos apuntes de mi agenda. Gloriosa esquela.

Durante todo ese trámite, jamás sopesé intervenir o dar la voz de alarma; sí, en cambio, correr y desaparecer, pero las piernas no quisieron obedecer y continué plantado sin ser dueño de mí mismo ni de mis más recientes recuerdos de la bella y aburrida Sicilia. Un buen plan para coronar un día repleto de emociones. Este caso lo cerraría otro.

Por fin, el trío calavera me descubrió como espectador y la mirada de la víctima propiciatoria se cruzó con la mía. El muy cabrón sonrió sin disimulo mientras solicitaba mi auxilio, me habló en un italiano cerrado y mezclado con el

dialecto local, pero lo comprendí perfectamente salvo por ese mohín fuera de lugar; ¿acaso se alegraba de no ser el único que palmaría? Mal de muchos, consuelo de difuntos.

El matón de más envergadura se dirigió a mí con una indiferencia gélida y tan asesina como cualquier arma homicida. O me largaba con los ojos cerrados y las orejas tapadas en ese mismo instante o acabaría igual que el bigotudo en cuatro minutos. Sin ojos y sin orejas. Ya había restado los segundos transcurridos desde el primer ultimátum al binguero. Como contables también intimidaban.

En ese brevísimo lapso de conversación y negociación, sin que aún hubiera podido girarme para aceptar gustoso la propuesta de salvarme y ahorrarme el descuartizamiento si ponía pies en polvorosa y la mente en blanco, el hombrecillo aprovechó la relajación de sus captores, más pendientes de mi decisión que de su objetivo, para desenfundar un pequeño revolver oculto en su chaqueta y vaciar el cargador sobre ambos sin piedad o cortesía alguna. Los fulminó en un santiamén sin abandonar esa mueca burlona que yo le había provisto y, sin arrugársele la raya del pantalón, los remató cuando yacían en ese mismo suelo que un momento antes ocupaba él. Me había equivocado; de los cuatro actores que representábamos el thriller tres íbamos a terminar jodidamente mal y dos ya lo habían comprobado en sus propias carnes.

De paralizado pasé a petrificado, sentí más frío que escalofríos por todo el cuerpo. Contemplar un doble asesinato no entra en el itinerario de ningún operador turístico por muy morboso o apetecible que a algunos les pareciese tratándose de una zona con esa leyenda negra.

La sangre de los fiambres fluía a borbotones y teñía de rojo la entrada del tugurio, el reflejo de los neones parpadeantes sobre esta se me hizo obsceno, comenzaron a iluminarse las primeras ventanas de los alrededores y el rumor de voces y algunos gritos sofocados por la prudencia o la costumbre llegaban hasta mis oídos todavía intactos aunque algo aturdidos por el eco de los disparos. Una sola idea me martilleaba la cabeza: no vuelvas a quebrantar la regla de oro, no preguntes, no preguntes, huye.

Efectivamente, huir de un tipejo que sujetaba una pistolita humeante tan ridícula y mortífera como él mismo hubiera sido lo más sensato en la teoría, pero lo más inoportuno en la práctica. Darle la espalda simplemente le facilitaría la labor de deshacerse de su salvador y a la vez incómodo notario, sin necesidad de mirarme nuevamente a los ojos para darme las gracias y el matarile.

Opté, pues, por lo más previsible, aun a sabiendas de que a lo sumo viviría

un minuto más (de los cuatro prometidos por los ahora esbirros muertos) y de que nada me serviría. Una prórroga sin sentido con el partido ya perdido. Saqué el teléfono móvil del bolsillo del pantalón y con el dedo índice tembloroso comencé a marcar el número de emergencias sin tener claro qué le contaría al operador que me atendiese ni en qué idioma lo haría, suponiendo que para entonces permanecería erguido y con voz y con algo que contar en primera persona.

A pesar de que solo eran tres dígitos, no llegué a pulsar el último sobre el teclado táctil del aparato. La mano libre del hombrecillo, la otra apesaba todavía su revólver, interrumpió esa acción con una delicadeza imprevista y extraña, como si de un movimiento de baile se tratase. Sin oponer resistencia, guardé el teléfono y acepté el trato que me dispensaba. Conmigo no sería cruel, una sola bala y arrivederci.

—Grazie mille, cavaliere —me susurró con sus labios casi pegados a mi cuello.

Entorné los párpados. O le daba una hostia como último recurso o le deseaba las buenas noches para siempre. Después, pensé en Raquel.

—Per Lei —añadió él en el mismo tono y a la misma indecorosa distancia. Noté su roce sobre mi hombro y luego cómo introducía algo en el bolsillo de mi chaqueta.

Para cuando reaccioné, el hombrecillo caminaba ya tranquilamente, alejándose de mi posición y de la escena del crimen con un andar pausado e indolente. Ajeno a todo lo acontecido y perpetrado. Omitiendo mi presencia y la amenaza que yo pudiera suponerle. Regodeándose en su buena fortuna, que también era la mía a esas alturas, tarareando una alegre canción tradicional que se escuchaba en la mayoría de las cafeterías del lugar, la Tarantella Dell'etna.

No me había dado el pasaporte hacia el otro mundo, sino un fajo de dinero con doscientos euros para comprar mi silencio o compensar las molestias causadas. Doscientos euros en billetes de cincuenta, entregados dulcemente y con cierta solemnidad al concluir mis servicios como su ángel de la guarda. O como su discreta prostituta de confianza.

El universo es comedia o es nada.

El ruido de las sirenas, anunciando la proximidad de las ambulancias y demás vehículos policiales, y el tumulto que provocaba el gentío que se atrevía a asomarse a las puertas del garito hicieron que finalmente despertase del letargo autoinducido (un mecanismo de defensa tan cobarde como efectivo; si no es

posible esquivar a la Parca, al menos que esta te pille sedado; los gatos que la perciben cercana ronronean de la misma forma que cuando se les acaricia o se les alimenta con salmón fresco noruego, es decir, la espichan felices e incluso empalmados) y me largase de allí por piernas, tomando la primera calle que se me puso a tiro y rezando a toda la lista de dioses posibles e imposibles para que nadie se hubiera quedado con un retrato nítido de mi cara o de mi fisonomía, que nadie me señalase como el causante de la matanza, el cómplice o el payaso que se convirtió en estatua de mármol en vez de salir de plano aunque fuera a cuatro patas. Una declaración o identificación de ese tipo me granjearía la amistad inmediata de los investigadores oficiales y de los patronos mafiosos de los dos fallecidos. Todos ellos querrían encontrarme e invitarme a salmón noruego, unos en el calabozo y otros en el vertedero. En ambos casos, a dos metros bajo tierra.

Cuando me hube apartado unos trescientos metros del epicentro de mi pesadilla, tiré por un desagüe los billetes de cincuenta euros que el tipejo me había deslizado cariñosamente en concepto de honorarios o paga extra; a continuación, me deshice de la chaqueta que vestía arrojándola a un contenedor rebosante de basura y asegurándome de que se perdiera en el fondo de tanta inmundicia. Una alegoría perfecta del lío en que me había metido o del posible desenlace que me estaba reservado.

Accedí a la Via Buonriposo (el nombrecito se las traía; qué harto estaba ya de ese tipo de señales premonitorias), más amplia y mejor iluminada, tras recorrer varias callejuelas oscuras en busca de un taxi y de un taxista que no hiciera preguntas. Afortunadamente, no lo encontré; hubiera sido un error de libro propio de principiantes permitir que se me ubicara a esas horas y en esa barriada, sin chaqueta y acojonado perdido. El histerismo jugaba en mi contra y por muy complicado que resultase debía serenarme y pasear tranquilamente tan ajeno y despreocupado como el de la tarantela. Un sospechoso de algo debe actuar exactamente igual que un culpable de algo, negando la mayor.

Entré al hotel por el aparcamiento, ocultando sin aspavientos mi imagen a las cámaras de seguridad instaladas. No me crucé con miembro alguno del personal del turno de noche y desde el ascensor a mi habitación mantuve la compostura. Ya en su interior, de rodillas frente a la taza del váter, vomité como si hubiera ingerido diez litros de aceite de ricino con pipermin. Muy revuelto, nada de agitado.

La ducha me devolvió a mi ser y rebajó el ritmo cardiaco a unos parámetros aceptables. No tenía sueño, pero estaba vivo y por encima del nivel del mar. No

tenía derecho a queja.

Al recoger la ropa que había esparcido por el suelo, me topé con el teléfono móvil desechable que había usado para llamar a Mara. Tenía un mensaje de texto de ella: Por doscientos euros, orgía y bingo nudista; dale, andiamo, papito.

¡Por doscientos euros!

Capítulo V. Las cosas

Antes de recostarme sobre aquella cama de una habitación vacía de hotel — que ya no daba tanto miedo simplemente por comparación con lo que fuera de ella hubiera podido pasarme y lo que posiblemente me sucediera al amanecer—, antes de dar mil vueltas y rememorar los acontecimientos vividos, aunque al borde de ser enterrado junto a ellos y finalmente huidos, fui capaz de quitarme el traje de pasmarote y recuperar el de detective privado con cierto callo, si no en situaciones de este tipo, sí al menos en lo que se refería a la discreción y ocultación de pistas que me relacionasen con ese paseo por el lado oscuro del lado más tenebroso de la condición humana.

Quiénes —salvo los peritos en liquidaciones bajo demanda— estarían habituados a coger el sueño después de trocear o pegar el tiro de gracia a un semejante como parte de su oficio y dentro del horario laboral; ni siquiera ellos, supuse, algún ardor de estómago padecerían, o un orzuelo en el ojo con el que apuntaban, un eczema somatizado en la palma de la mano asesina, ¡joder!, cómo no les iban a pasar factura semejantes trabajitos.

Así pues, extraje la tarjeta SIM del teléfono móvil comprado en Italia, expresa y únicamente para las gestiones del caso de Mara, la angelita hot_hot, y la tiré por el sumidero del mismo váter en el que minutos atrás había echado hasta el alma. Acto seguido, con más fuerza que maña, y más nervios que metodología, desmonté el dispositivo y sumergí sus componentes de plástico y silicio despedazados en un vaso de agua. Si algún geolocalizador pretendía obtener las coordenadas de mi ubicación, mejor que lo hiciera con un traje de buzo.

Apagué también el mío personal, deshabilitando el tráfico de datos, en un intento ridículo de aislarme y hacerme invisible, como si en ese agujero me encontrase seguro y la puerta de falsa madera con cerradura clásica de llave me protegiese de un allanamiento o un asalto de las tropas de élite. Ni del servicio de limpieza me habría zafado en realidad, con acceso maestro a cualquier cuarto, aun con la intimidante línea defensiva del cartel de No molestar colgado del pomo. La inviolabilidad es un concepto tan gracioso como el de la libertad.

Cerré los ojos en vano, más como hábito que como prólogo al descanso del que no disfruté. Primero conté las horas que restaban para bajar a desayunar el bufé continental, luego los minutos y ya, desesperado, sumé unos cuantos miles de segundos. Nada. Fumé a escondidas de nadie o de mí mismo en el cuarto de baño, pegado a la pequeña ventana que comunicaba con un patio interior para que los detectores de humo no saltaran y añadieran más cargos punibles a la lista de esa infausta noche en vela. A las seis y media de la mañana me afeité, calibré el tamaño de las ojeras, recogí el equipaje, revisé cajones y armarios por si me olvidaba de algo y me preparé para declarar ante los carabinieri que me escoltarían desde la recepción hasta la comisaría más cercana en calidad de «testigo imprudente y agilipollado».

No se dieron ni lo uno y ni los otros. Mis tripas seguían tan encogidas como revueltas y alimentarlas con panceta, huevos revueltos y cereales no era la solución. Tomé un té negro y una triste pieza de fruta, una dosis de azúcar y excitante tan nimia que apenas noté su efecto reconfortante; incluso me sobrevino una somnolencia por la que hubiera entregado mi reino y los caballos cuando aún mareaba las sábanas sin éxito alguno. En el mostrador, nadie me aguardaba con esposas ni órdenes judiciales. Tan solo la factura por la estancia, lo consumido en el minibar y el bongiorno de rigor. Casi de rigor mortis, por muy poco. Pagué en efectivo por el mismo motivo que había destruido el telefonino y arrojado la chaqueta en un contenedor, guardé la factura en el bolsillo interior de la maleta y franqueé la salida con la incertidumbre propia del fugitivo, hastiado de aquella isla que sin duda no se merecía la mala fana que atesoraba, sino otra peor.

Aprovechando mi viaje estrictamente profesional a Sicilia, tenía planeado recalar cerca de Roma por un asunto estrictamente personal. Allí se encontraba Raquel, mi exnovia crupier, también por trabajo y con la que había fijado una cita tras muchos meses de distancias sentimentales y geográficas. Desde que la viera por última vez en Brasil, nuestros caminos se habían separado casi irremediablemente. Unos cuantos correos electrónicos, noticias vagas sobre cómo nos iba a cada uno por su lado y ninguna mención al meollo de la cuestión nos mantenían al tanto de nuestros devenires sin comprometernos ni estimularnos a rellenar el hueco que se abrió cuando ella me ocultó un problema familiar que, a la postre, se convirtió también y en paralelo en una investigación en curso en la ciudad de Río de Janeiro para la que fui contratado sin figurarme que me toparía con Raquel involucrada en el transcurso de la misma, y mucho

menos que eso nos explotaría en las manos.

Los dos hicimos lo que debíamos, cada cual desde su contexto y sus obligaciones, cumplimos con lo que las circunstancias requerían y el resultado fue un adiós dolido y doloroso por ambas partes. Resolví la misión que me había llevado hasta el cono sur americano, el cliente que la sufragó obtuvo lo que perseguía, Raquel eludió las responsabilidades penales por su participación y las heridas que nos infligimos cicatrizaban a un ritmo aceptable. O no, porque yo la echaba de menos y la necesidad que sentía de su piel y su trato crecía exponencialmente a medida que el perdón avanzaba y la razón de los hechos importaba menos que el desasosiego de la ausencia.

Desde el puerto de Palermo partían varios ferris hacia Salerno, en la península italiana, y solo uno al día con rumbo a Civitavecchia, en las proximidades de la capital romana. Me había informado de los horarios y adquirido un pasaje de ida nada más aterrizar y, en contra de mis peores pronósticos vespertinos, estaba embarcando como un hombre libre y sin un séquito uniformado que me custodiase. El mar seguía en calma aunque yo todavía no.

En el trayecto consulté distintos diarios nacionales e internacionales por si alguno hiciera mención al incidente del bingo. Su omisión era la tónica general, poco interesaba la muerte de un par de indeseables cuando la prima de riesgo, los litigios de Berlusconi, la guerra en Siria, el calcio y el espionaje masivo perpetrado por la agencia de seguridad de los Estados Unidos en redes sociales y correspondencias privadas pugnaban por ocupar los titulares, editoriales, artículos de opinión y fotos a pie de página.

Hurgando mucho hallé unas breves líneas relativas al doble homicidio en la sección de sucesos de un periódico local de escasa difusión y en las que no aparecían nombres ni imágenes y, si me apuran, ni aliciente por dedicarle más espacio que a los anuncios de charcuterías, notarías y trattorías que las rodeaban. El sustento es el sustento, y la casquería mejor servirla con guarnición y colorines.

—Definitivamente, lo que sucede en Sicilia no ha ocurrido en Sicilia —me atreví a verbalizar en un tono bajo y timorato, con un regusto a alivio aunque sin abandonar la preocupación, puesto que aun en alta mar continuaba en territorio controlado por los que mueven los hilos invisibles que no existen.

Procuré entretenerme charlando con unos mochileros españoles que recorrían Europa en busca de alguna revolución pendiente que se ajustase a las fechas de

sus vacaciones y al presupuesto de las tarjetas de crédito que los papás les habían avalado. Eran tres y parecía que se habían repartido los estereotipos propios del pijo urbanita concienciado e indignado con la pobreza y la injusticia que soportaban aquellos que no cursaban estudios en su universidad privada bilingüe.

—¿A qué se dedica usted? —me preguntó el líder guerrillero con barbita recortada a máquina.

—Compro y vendo cosas, un trabajo normal y corriente.

—¿Armas, drogas, favores, secretos? —Saltó como un resorte el conspiranoico de manual. Había picado el anzuelo y ya estaba cagando el cebo.

—¿Tú crees que si me dedicara a esos negocios se lo contaría al primer extraño que me cruzase? ¿Por qué clase de traficante chapucero me tomas? —Apagaba y avivaba el fuego con dos sencillas provocaciones. Los cuatro estábamos disfrutando con esta chorrada. Sonreímos tras mi farol y después me dirigí al tercero en discordia, el silencioso que calla pero no otorga, pues lo sabe todo a sus veinte añitos y no necesita demostrárselo a nadie ni tampoco a sí mismo.

—¿Tú no vas a hacer cábalas con mi oficio?

—No, sé que eres, o eras, un detective privado de Madrid. Mi familia te contrató hace un par de años para que siguieras a mi hermano el colgado. Le pasaste un informe a mi madre con todas las porquerías que se metía y una fotografía en la que aparecía fumándose un chino en el interior de un edificio abandonado. Su situación no ha cambiado mucho, por cierto, ahora le da a la metadona y aparece por casa de Pascuas a Ramos para pedir dinero y comprensión.

—Lo siento, no debí... —interrumpió mi disculpa con bastante elegancia.

—No te preocupes, no es culpa tuya. Gracias a tu trabajo, mis padres abrieron los ojos, dejaron de engañarse a ellos mismos y comenzaron a fustigarse por los errores cometidos en su educación. Yo me llevé la mejor parte, se volcaron conmigo para compensar lo que hubiera que compensar del otro. Mi hermano fue un buen tipo hasta que dejó de serlo. A todos nos pasa, ¿verdad?

—Supongo que sí. —Sus compañeros asintieron silenciosos por solidaridad y porque ninguno se atrevía a romper el enrarecido ambiente que esa inesperada historia había creado. A lo mejor ni tenían constancia de ella o les sorprendió que su colega el callado la soltase de sopetón a un extraño que no lo era tanto en su entorno y que yo había prejuzgado gratuita y estúpidamente. Su narrador se

excusó para ir al servicio y los otros le siguieron, poniendo sus manos afectuosamente sobre los hombros del primero. A sus veinte años sabía lo suficiente como para callar y otorgar lo que le diese la gana. Esa instantánea de la amistad me conmovió y me hizo recordar a los progenitores del drogadicto destrozados, la mirada desesperada de la madre que se afligía por haber perdido a uno de sus hijos, quizá al más querido, y me solicitaba no solo que lo encontrase, sino que también lo recuperase. Nada podía hacer yo ante ese último requerimiento, pero callé sin otorgar y después olvidé y vinieron más casos y ya era hora de fumar un cigarrillo en la cubierta por muy prohibido que estuviese en tres idiomas.

En eso estaba, con el brazo izquierdo apoyado sobre la barandilla de seguridad, el cuerpo balanceante y la cabeza en un punto perdido del horizonte azul, cuando me interrumpió una de las caladas el mochilero conspiranoico.

—¿Entonces no tienes nada para pasarme? —Se había quedado con la copia de las supuestas cosas que yo vendía y compraba. Le miré de soslayo, reconozco que con cierta condescendencia y bastante sorna.

—Como no quieras un pitillo y una tarjeta de visita... Sigue así y quizá te haga falta más adelante. —Que me entendiera las entrelíneas o no me importaba bien poco.

—Vale, lo capto. Guardaré tu secreto. —Él se aferraba a su novela, como hacemos todos para justificar nuestras locuras.

Desapareció de mi campo visual sin rechistar y entonces me acordé de los doscientos pavos que había recibido del Al Capone anoréxico y de Mara. En el fondo y en la forma siempre estamos comprando y vendiendo cosas.

Capítulo VI. Kilos y litros

Raquel me esperaba en el muelle de atraque, tras las vallas verdes y blancas que separaban a los viajeros de los recibidores. Tenía los brazos cruzados, la cabeza ligeramente ladeada hacia el lado izquierdo y el cabello largo y rizado cayéndole por debajo de los hombros; alzada de puntillas, oteaba el flujo de pasajeros que íbamos acercándonos a su posición, asiendo con la mano derecha su teléfono móvil por si tuviera que hacer uso del mismo para distinguirme entre la multitud. Como si hubieran transcurrido cuarenta años desde nuestro último encuentro y temiese que ambos nos fuéramos irreconocibles, o peor aún, inasumibles por el desgaste físico sufrido en ese exilio prolongado. Un recuerdo moldeado por la distancia es más fácil de gestionar que su protagonista ajado por la vida.

En realidad, nos localizamos en cuestión de segundos, en cuanto estuvimos a tiro el uno del otro y se cruzaron nuestras nerviosas y algo ansiosas miradas. Qué extraño me sentí con alguien enfrente aguardando mi llegada; si nos quitan los hábitos, los que sean, nos quedamos en pelotas y sin recursos. Lo primero suele ser bueno si se trata de una cita con una bella mujer; lo segundo depende de los gustos de esa misma mujer.

Había corrido poco más de un año y ninguno de los dos lucía nuevas cicatrices ni el pelo más cano; éramos los mismos que se despidieron en Río de Janeiro en un acto de estúpida coherencia sentimental que había aguantado en nuestras conciencias hasta ese abrazo en que nos fundimos sin mediar palabra alguna. Entorpecimos despreocupados el paso del resto de pasajeros que desfilaban a nuestro alrededor rozándonos, algunos con mala leche, quizá envidiosos porque nadie les ofrecía una bienvenida similar. Noté una palmada en la espalda y una frase de aliento del mochilero que me había tomado por camello en el barco.

—Buena vista para los negocios, jefe —dijo riéndose al final de su vulgar ocurrencia. Era aún más tonto de lo que aparentaba, así que no le hice ni puto caso y continué pegado a Raquel, absorbiendo su perfume y su calor y alegrándome de que hubiera posado su mano libre sobre mi culo con toda la

intención.

—Has engordado un poco, Rafael.

—Un poco solo, Raquel.

Así nos saludamos, al más puro estilo de la pareja que habíamos sido o pretendido ser. Yo me abstuve de inspeccionar su respingón trasero en público, pero no de besarla en la boca y de cogerla en brazos para apartarnos del transitado pasillo de evacuación. Cuando las fuerzas flaquearon, la noche de insomnio y las correrías palermitanas pesaban en mis músculos, la solté delicadamente y nos fuimos de aquella estación cogidos por la cintura y cargando con mi maleta. Una postal tan tópica como agradable, tan cursi como añorada. Ella no había engordado ni un gramo.

Raquel tenía un día libre a la semana y lo había hecho coincidir con mi visita exprés a Civitavecchia, un municipio italiano perteneciente a la provincia de Roma, en la región del Lacio, a unos ochenta kilómetros de la capital y que a todos los efectos funcionaba como su salida natural al mar Tirreno y como puerto para el enlace marítimo mercantil con el sur de Francia, Barcelona, Cerdeña y menos frecuentemente con Sicilia. La ciudad moderna se erigía sobre un asentamiento previo de origen etrusco, aunque la mayoría la situasen en el mapa por haber sido el punto de partida en 2012 del crucero Costa Concordia, aquel que impactó contra una roca a las tres horas de travesía y quedó semihundido frente a la isla de Giglio con el terrible resultado de treinta y dos muertos, cientos de heridos y su cobarde e inútil capitán, Francesco Schettino, desertando de sus responsabilidades en un bote salvavidas con su amante mientras las víctimas acarreaban con las fatales consecuencias de una maniobra arriesgada e injustificable propia de una pavo real con dos dedos de frente y un bronceado artificial de hortera consumado. Las conversaciones telefónicas mantenidas con su superior durante el incidente dieron la vuelta al mundo a través de los canales de televisión y se presentaron como prueba inculpatoria en el juicio que se celebró y que le enfrentó a una pena de hasta veinte años por homicidio culposo múltiple. Su defensa trató de pactar un acuerdo amistoso para que el mastuerzo con galones solo cumpliera tres años y pagase una indemnización irrisoria a los familiares de los fallecidos. Entretanto, Schettino sonreía a cámara y se atusaba el pelo.

Desgracias y desgraciados aparte, Civitavecchia había enterrado la esencia del pueblo pesquero que fuera antaño y su principal actividad se basaba en la acogida de ferris con escala en sus aguas y grandes cruceros con turistas

mareados, pantalones bermudas y bolsillos repletos de billetes. En uno de esos monstruosos transatlánticos con casino incorporado, estaba contratada Raquel como crupier, repartiendo azar y cartas, haciendo ganar dinero a la banca que siempre gana y durmiendo mecida por el oleaje calmo que los dos bastiones y el rompeolas proporcionaban a la ensenada.

—¿Y esas ojeras cuándo te las vas a quitar, Rafa? —Su pregunta tenía más de dos y tres sentidos, aparte del obvio.

—Ojalá esta noche no, Raquel. Ya haré algo con ellas cuando vuelva a Madrid. —En mi respuesta estaba el deseo implícito y explícito de alargar despierto todo lo que fuera posible su compañía.

Guardé el equipaje en consigna y nos sentamos en la terraza de una cafetería próxima para que yo pudiera fumar y ella quejarse del frío. Fuera de su Brasil, cualquier lugar le parecería el Polo Norte. Cualquiera menos una cama.

Las bromas recurrentes, la complicidad y confianza que aun conservábamos, el subidón por tenernos cerca y palparnos con o más decoro, no ocultaba sin embargo la tensión que exhibimos en los preliminares. Una cosa era tocarse el culo y otra el corazón. Lógicamente, evitamos hablar sobre el caso que nos reunió sin planearlo en Río de Janeiro y que después nos alejaría hasta este día en que la dichosa tarantela sonaba en los altavoces del local que elegimos para romper o derretir el hielo, o lo que surgiese.

—¿Qué tal el trabajo; sigues atrapando a los malos? —No percibí inquina en la alusión a «los malos», no se estaba refiriendo al miembro de su familia investigado y ya difunto. Sacaba el comodín de lo laboral para no traspasar las líneas rojas y que la conversación no se atascase. Pero fue inevitable que recordase el desenlace de lo ocurrido en su tierra.

—No los atrapo, los sigo y les hago fotos bonitas, incluso en bodas. —Eso era verdad.

—Tendrías que exponer tu obra gráfica, seguro que merece la pena. —Me siguió la guasa sin dejar de provocarme cariñosamente.

—Sería una buena forma de asistir a mi entierro. Y de juntar a lo mejorcito de cada casa en la exposición. —Me di cuenta de que por ahí podíamos herirnos sensibilidades aún no cicatrizadas y corté el hilo. Era su turno para reírse de ella misma—. ¿Y tú, muchas dobles parejas últimamente?

—Más tríos, sobre todo. —Tan ágil con la lengua como con la baraja, bien que apreciaba yo esa habilidad.

Confirmado, éramos irremediabilmente los mismos que se despidieron por

haber actuado a espaldas uno del otro, salvo por el par de kilos que yo había sumado y ella conservado a raya. La misma crupier preciosa y avispada, y el mismo detective trotamundos que fuma sin parar y calla, porque me pagan para que lo haga y por la cuenta que me trae. No mucho más que añadir al respecto, los dos nos conocíamos de sobra, nos habíamos rodado en las buenas y en las malas y casi funcionado en ambas, pero casi no es garantía de nada y entre nosotros se asentaban algunas mentiras, piadosas eso sí, y cierta suspicacia, y por si faltase el aliño en esa ensalada, un compartido y congénito miedo al compromiso que nos habíamos encargado de solapar y justificar con la excusa de nuestras respectivas profesiones, esas que nos llevaban de aquí para allá retrasando interesadamente comprar la casita con jardín, la cesta del perro y la cuna. La cuna.

O renunciaba yo a mi oficio, al menos a la parte de este que me empujaba a viajar por todo el mundo, que me eximía de horarios oficinescos, jefes, jerarquías e inercias mortalmente aburridas, o sea, la parte por la que más había luchado y que mayores satisfacciones personales me reportaba; o abandonaba ella su modo de vida cosmopolita, nómada, divertido, diferente y muy rentable. Se admitían apuestas; también, sarcasmos.

Ninguna otra fórmula nos permitiría vestirnos con el ropaje de un matrimonio. Y quizá eso fuera lo único que nos mantenía anhelosos, lo que impedía que la cuerda se rompiese de tanto estirla. Ambos disfrutábamos demasiado de ese tira y afloja que nos alimentaba pero no ahogaba, soñando cada uno por su lado que el más generoso terminaría cediendo y entonces qué. Entonces el juego perdería su gracia y existiría un verdadero pretexto para poner fin a lo que no fue. Como si nuestra conexión se rigiera por la regla de oro siciliana: «Yo no soy ni estuve».

—¿Te apetece que demos un paseo por la ciudad o prefieres ir al hotel y descansar un rato?

—No creo que en el hotel descansásemos, ¿o sí?

—Caminemos, Rafa.

—Sí, vamos paso a paso, Raquel.

Mentiría si afirmase que me apetecía visitar los monumentos de Civitavecchia y escuchar a un guía turístico vocear en alemán o en mandarín las excelencias de las piedras centenarias que nos contemplaban. Probablemente, a Raquel tampoco, pero las reconciliaciones y los orgasmos del perdón requieren de un protocolo y si nos quitan los protocolos nos quedamos en pelotas. Una

auténtica putada no empezar por ahí.

Nos acercamos hasta el compacto Forte Michelangelo, que según la estela informativa que lo explicaba fue encargado a Bramante por el papa Julio II para defender el puerto de los ataques piratas, y completado en 1535 por Giuliano Leno y Antonio da Sangallo el Joven, bajo el pontificado del papa Pablo III.

Bostecé disimuladamente y Raquel me reconvino, se estaba cachondeando de mí y poniéndome cachondo. Al fin jugábamos.

—Seguro que en tu voz suena más apasionante; anda, concédeme ese capricho —le pedí susurrándole al oído. Ella tomó el relevo de la lectura.

—«La parte superior de la torre, el maschio, fue acabada por Miguel Ángel, quien dio su nombre a la fortaleza... (Dimensiones y ángulos, bla, bla, bla). Esta fue elevada sobre una antigua construcción romana, probablemente las barracas de los *classarii* (marineros) de la Armada Imperial». Imperial lo pronunció poniendo morritos y con un acento provocadoramente tropical.

—Ten cuidado, Raquel, hay japoneses que se están tocando por tu culpa. — No eran los únicos.

Desde allí nos dirigimos a la Rocca, un castillo reconstruido en el siglo XV por el papa Sixto V con un palacio apostólico añadido por Pío IV en el XVI. Merodeamos por la catedral de San Francisco de Asís y a bordo de un taxi nos plantamos en las Terme della Ficoncella, al norte de la ciudad. Un balneario frecuentado por los *civitavecchiesi* y los romanos para aliviar sus reumas y restregarse la piel en las higueras colocadas entre las distintas piscinas que daban nombre a la instalación.

—El agua mana del interior de la tierra a treinta y ocho grados centígrados; en invierno, es una auténtica gozada bañarse prácticamente desnuda en esas piletas.

—Raquel, estoy a más de treinta y ocho grados centígrados.

—Habrás que bajar esa fiebre, Rafa.

—Todavía hay margen para que siga subiendo.

El itinerario previsto ya no tenía justificación alguna, nos saltamos la invitación para cenar en la mesa del capitán del crucero y también el posterior baile con música en directo interpretada por la simpar orquesta internacional Son Latino. Recogimos mi maleta en la estación portuaria y, sin molestarme en deshacerla al entrar en la habitación del hotel que habíamos reservado, nos quitamos los hábitos y los protocolos, quedándonos por fin en pelotas sin metáforas que valgan y a una temperatura más volcánica que termal.

Los duros pezones de Raquel me regalaron un sensual masaje a lo largo y ancho de la espalda y algo más abajo, sus manos pellizcaban los mios alternando fuerza y delicadeza, vicio y cariño, mientras su pelo suelto se deslizaba cosquilleante sobre mis omoplatos. Un tratamiento integral que Mara no me propuso al desplegar su catálogo y cuyos efectos en la estimulación del riego sanguíneo eran evidentes.

Me giré para catar aquellos labios pintados de rojo y después otros más rosas y sin pigmentos artificiales, descendí trazando con mi lengua el camino que sus curvas señalizaban y me entretuve un buen rato entre unas ingles brasileñas con denominación de origen, recuperando sabores y olores, sudando y húmedo, lamiendo y succionando al ritmo que los jadeos y gemidos de Raquel marcaban. Cuando arqueó su columna vertebral y tensó los muslos, me incorporé para compartir el calambrazo que se avecinaba, dentro de ella, dibujando círculos imaginarios y profundizando en el momento álgido, agarrando su pelvis y su cuello, besando su vientre y sus tetas temblorosas, hablándole sucio en su idioma y en el mío, saliéndome despacio para acabar en su boca, ya sin palabras, solo con espasmos.

Repetimos ampliando el repertorio de posiciones, probando nuevas utilidades del mobiliario, desafiando la flexibilidad y gravedad de nuestros cuerpos en horizontal, vertical y diagonal, alimentando perversiones y fantasías, degustándonos a mordiscos y bebiéndonos a tragos, sin conciencia ni cargos, sin futuros condicionales ni condicionados, sin rastro de culpas pasadas en nuestros fluidos presentes, a merced del próximo éxtasis y más tarde del siguiente.

—¿Qué será lo siguiente, Rafa?

—La bañera.

Y la bañera fue. A las cinco de la madrugada, apenas unas horas antes de despedirnos, de vestirnos con los hábitos y de posponer la conversación pendiente, como nuestro protocolo manda, para cuando coincidiésemos en algún otro paréntesis. Con el estado de nuestra relación donde siempre, en el aire. De Civitavecchia exactamente.

—Por cierto, Raquel, creo que esta noche he perdido los dos kilos que me sobraban.

—No los has perdido, Rafa, los tengo yo. Aquí.

El que primero llorase perdía. Por suerte, los dos estábamos vacíos, no había más líquidos que derramar.

Capítulo VII. San Anónimo

El cajón de los silencios da mucho juego. Más que el cajón de sastre, por muy desastroso que este sea. Por hacer un símil con la tecnología y los aparatos que me rodeaban, se podría equiparar a nuestra particular caja negra, un lugar remoto de la mente donde queda grabado lo que no se dijo, lo que se calló, ocultó o se quedó en el tintero por falta de tiempo o de valentía, quizá por compasión o lástima, las más de las veces por miedo a la reacción del otro y a las consecuencias en uno mismo que esos pensamientos tendrían tras ser pronunciados.

En dicho cajón, pululan al tuntún los anhelos y las frustraciones, los temas pendientes y los abismos insalvables, las oportunidades perdidas y los planes de futuro, lo inconfesable y lo pueril, las farsas en las que invertimos y los ahorros sentimentales de toda una vida. El debe y el haber, el aquelarre y el purgatorio. Un sindiós en toda regla que según cómo se gestione pesa más, y jode aún más, que los cajones de las palabras y de las mentiras sumadas.

A algunos les sobrepasa su carga, y se pasan veinte años tumbados en un diván tratando de vaciarlo y limpiarlo, desenredando la madeja con la ayuda de un terapeuta que escucha y escarba, clasifica y racionaliza. Los silencios entonces se convierten en conflictos no resueltos y estos en nudos y los nudos en una factura del carajo a final de mes.

Otros son enterrados o incinerados con el cajón de marras intacto, privando al mundo de sus secretos aunque al mundo le da exactamente igual, bastante tiene con las chorradas que contamos a voz en grito como para lamentar la pérdida de lo omitido. Ningún experto en recuperación de silencios buscará ahí salvo que haya un billete de lotería de por medio. Y entre aquellos y estos, la mayoría va soltando lastre donde puede y donde le dejan. Lo que te callas por un lado lo sueltas en el de enfrente, vas haciendo hueco y liberando presión. Apuestas. En ocasiones sale bien y casi siempre mal.

Lo que a Raquel le negué se lo llevó Mara unas horas antes. Me sinceré fingiendo ante una prostituta investigada en Augusta a la que relaté veladamente lo que sentía por otra mujer, en parte para excusar mi apatía sexual, mi necesidad

de consuelo y consejo femenino, y sobre todo para contener las embestidas de sus tetas y sus proposiciones. Cuando estuve delante de la propia Raquel, hablamos sobre trivialidades y tapamos esa brecha verbal (la mía y la suya) sudando y jadeando sin parar. También le escondí el incidente nocturno a las puertas del bingo de Palermo, que bien podría haber impedido nuestro reencuentro sin que ella llegase a conocer el motivo. De alguna extraña forma, mi cajón de los silencios equiparaba el mutismo sentimental con un doble crimen. De ahí que el sexo sea tan socorrido, requiere de menos explicaciones que la vida.

Sentado en la sala de embarque del aeropuerto internacional Leonardo da Vinci de Roma, a escasos minutos de tomar el avión que me devolvería a Madrid, el galimatías de los últimos acontecimientos presentaba el siguiente aspecto: Mara conocía la existencia de una deseada novia (alias Regina), algo que le importaba bien poco y que no afectaba a su negociado. Raquel ignoraba la existencia de Mara, así como mis confesiones amorosas, mis ilusas esperanzas de sentar la cabeza y de mantener una relación estable y duradera; y también que ella fuera esa presunta novia. Un asesino se había quedado con mi geta y yo con la suya y con doscientos euros, al menos durante unos minutos hasta que me deshice de ellos. Mara y Raquel jamás habían visto al asesino y supongo que este tampoco a ellas. Solo en ese cajón particular, los cuatro personajes principales, más los dos cadáveres, la falsa Helene y el exmarido de Mara, brincábamos e intercambiábamos pareceres. En mi próxima reencarnación, solicitaría ser sastre, solo sastre.

Fue precisamente una voz temblorosa y entrecortada a través de la megafonía del aeropuerto la que me rescató de esa jauría de grillos que anidaba en mi cabeza, anunciando en italiano, inglés, francés y chino que tanto el personal de tierra de todas las compañías como el resto de empleados, tripulaciones, pasajeros y demás seres vivos de paso debíamos abandonar inmediata y ordenadamente las instalaciones y dirigirnos a las zonas señalizadas por los responsables de la evacuación. Sin explicar las causas, sí hizo hincapié en que no se trataba de un simulacro y que en quince minutos las terminales serían clausuradas al público.

Eso nos sosegó mucho, no hacía falta que nos informaran del número de artefactos colocados en algún cuarto de baño ni del nombre del grupo terrorista o del chalado de turno que reivindicaba el aviso de bomba.

Sumisos y acojonados, abandonamos el lugar portando los bultos y los hijos

en brazos (quienes los tuvieran, claro). El pánico se encargó de arrastrar a los que no habían comprendido el mensaje políglota y en un plazo aceptable nos reubicaron en el aparcamiento más lejano, rodeados de coches policiales, ambulancias y vehículos militares. A vista de pájaro, nadie distinguiría entre sospechosos y víctimas. En realidad, quién no es un poco de ambas cosas en cualquier situación.

El tráfico aéreo se cerró a cal y canto, despegaron los aviones que ya tenían concedido el slot y los demás se retiraron prudencialmente hasta el final de las pistas. Menudo ambiente se respiraría allí dentro, con el comandante cantando para entretener al pasaje: «Para ser un conductor de primera, acelera, acelera...».

—Papá, ¿cuándo llegamos?

—Nunca, hijo.

Una conversación así evitaría las siguientes y engorrosas preguntas. Me imaginé como un padre expeditivo y práctico, honesto con mis hijos y conmigo mismo. Luego asumí que un padre así sería un cruel gilipollas y me uní al coro: «Para ser un conductor de primera, cállate, cállate...». Sin mentiras ni silencios ni cajones, nuestra especie se habría estancado hace muchos milenios.

El imprevisto iba para largo, serían las aerolíneas de cada cual las que nos mantendrían al tanto y las que nos indicarían los nuevos horarios de llegada y partida. Calculé por otras amenazas padecidas de similar calado que hasta la medianoche no tendríamos noticias, siempre y cuando no saltase por los aires el pobre Leonardo da Vinci. Su sueño de surcar los cielos estaba a un golpe de detonador.

Las autoridades nos colocaron en filas indias para repartir los vales de comida y cachearnos. El condumio no quita la presunción de culpabilidad. A bordo de unos autobuses fletados por el ayuntamiento romano, nos fueron repartiendo por distintos barrios de la capital; yo me bajé en las inmediaciones de Piazza Navona, sin nada especial que hacer ni nadie con quien compartirlo.

Recibí una llamada de Raquel, que se había enterado por la televisión del contratiempo.

—¿No estarás involucrado en esto, verdad, Rafa?

—No más que tú o Woody Allen, me temo.

—Ya no sabes qué inventar para estar cerca de mí. —Ella lo decía medio de coña.

—Me tienes muy calado, Raquel. —Yo le contesté medio en serio.

—¿Enamorado has dicho? —Iba de farol. O no.

—¿Me acogerás esta noche si el tema se complica?

—¿Solo esta noche, detective?

Otra llamada en espera importunó nuestros votos prenupciales, me despedí de Raquel prometiéndole que no perseguiría a los malos de las bombas y que le iría dando puntuales partes de guerra. Hablé con Ramiro, mi colega en Madrid, también advertido del peligro, aunque poco preocupado.

—No tengo ni puta idea de cuándo aterrizaré allí; no me esperes levantado.

—Es una lástima, Rafa, había pensado invitarte a comer hoy una mariscada.

—Cabrón. Adiós.

—Por cierto, ¿dónde guardas el testamento?

—Cabrón, a secas.

Le colgué sonriendo y me puse a deambular por las callejuelas de la citta eterna e aperta, eternamente atascada y ruidosa, llena de curas, monjas, cafeterías con un espresso pagado para el indigente de cabecera, amantes potenciales, políticos del gesto y la hipérbole, gigolós atrapados en la estética de la Dolce Vita felliniana a la caza de la tedesca gorda y pudiente; más curas, más monjas, fachadas tan centenarias como desconchadas, monumentos imperiales, renacentistas, fascistas; macchinas de dos, tres y cuatro ruedas expulsando humos e improperios, señoras de negro y señoras imponentes con un escaparate de moda a cuestras, gatos legionarios, colinas, fontanas, turistas que suspiran por volver antes de haberse marchado, una loba que amamanta a sus fundadores y un papa que sale al balcón y pide que haya paz en la Tierra. Solo eso, paz en la Tierra. A los marcianos y a los uranitas que les den, guerra.

Mi equipaje se había quedado facturado y retenido en la bodega de la aeronave; trajinaba pues con la mochila de mano y el ticket de comida por valor de doce euros cortesía de Alitalia. Con menos, Julio César conquistó las Galias y cruzó el Canal de la Mancha a pelo. Bueno, a pelo sobre un caballo y ataviado con la lorica segmentata, esa armadura tan favorecedora para lucir pectorales y abdomen cuadrículado sin haber pasado por el gimnasio.

Aproveché los parones de la caminata para contestar la correspondencia electrónica atrasada (peticiones de presupuesto, citaciones judiciales como testigo, invitaciones para asistir e impartir charlas profesionales, consultas de mis alumnos universitarios, convocatorias de concursos literarios, felicitaciones por haber ganado dos millones de libras esterlinas en la lotería de Sudán y algún que otro mensaje personal de familiares y amigos con archivos adjuntos de dudoso gusto). Tiré varias fotografías con la cámara del iPhone aunque me cuidé

de no publicarlas como habitualmente hago en Facebook (ese paraíso en el que no estallan bombas, la gente es feliz y los gatos citan frases de autores célebres) o en Twitter (ese paraíso en el que hasta los gatos son infelices) por no dejar miguitas de mi paradero al cónclave siciliano, suponiendo que a alguien del mismo le interesasen mis coordenadas.

Fumé en aquellos históricos exteriores todos los cigarrillos que me hubieran prohibido en el viaje pospuesto y bastantes más. En ese sentido, no tenía demasiada prisa por ocupar mi asiento de ventanilla y observar las nubes a su misma altura. El homenaje gastronómico me lo pegué en la Trattoria Lilli, situada en el 23 de la Via di Tor di Nona, eligiendo fuera del menú unos spaguetti alla gricia, con queso pecorino, pimienta negra y panceta, que regué abundantemente con un Fossmarai rosato espumoso de 2011. Al fin y al cabo, yo no era el piloto de la aeronave y nadie iba a jalearme con lo del «conductor de primera, acelera, acelera». Rehusé amablemente el café de después (nunca tomo ese brebaje) a sabiendas de que me granjearía el odio de los dueños del establecimiento. La cuenta ascendió a treinta euros; la diferencia con los doce que me subvencionaba Alitalia la sufragué gustoso y para compensar el agravio cafetero añadí otros cinco pavos de propina. No hay duelo ni ofensa que se resista al poder sanador del efectivo. A las personas nos pasa igual.

Con la sangre concentrada en los alrededores del aparato digestivo, mi cerebro abusó de mi debilidad torturándome sin venir a cuento con retazos de los asesinatos presenciados en Palermo. Mi conciencia se encargó de amargarme la sobremesa y de martillearme con sus cuitas. Era consciente, a pesar del atracón y de la ingesta masiva de alcohol burbujeante, de que ese asunto me perseguiría si persistía en apartarlo y obviarlo. La cuestión no era qué hacer con ello sino cómo.

Sin ser yo especialmente supersticioso, reflexioné sobre si las continuas demoras, voluntarias e involuntarias, que me retenían en suelo italiano no serían señales desde el más acá o desde la cúpula de San Pedro para que declarase lo que vi ante quien me quisiera escuchar. Una actitud cívica que me provocaría bastantes inconvenientes: un mayor retraso con los gastos consiguientes que habría de apoquinar de mi bolsillo, la obligación de volver en unas semanas o meses para presentarme ante el fiscal o juez instructor, identificar o reconocer al sospechoso en caso de que este fuera detenido, presentarme en el juicio sin armadura ni casco, exponer mi nombre a la familia que estuviera detrás del criminal delgaducho, y finalmente ser asesinado por chivato cualquier noche en

cualquier ciudad. Suponiendo, claro está, que se hubieran molestado en investigar un altercado entre energúmenos que viven y actúan al margen de la ley o con la connivencia de los representantes de esta. Sería muy gracioso que me tomaran por loco al ofrecer información sobre algo que jamás se perpetró oficialmente. Una trama netamente italiana, factible por inverosímil.

Abrazado fraternalmente por la columnata de Bernini al comienzo de la via della Conciliazione, el timbre del teléfono me arrancó de mi ensimismamiento y una agradable operadora me confirmó que el vuelo con destino a Madrid partiría a las 21:30 de ese mismo día. Se habían adelantado a mis previsiones, restableciendo el tránsito celestial con normalidad tras comprobar que la amenaza anónima de bomba carecía de fundamento y de armamento.

—¡Eso es, joder! —Quizá no fuera la frase más adecuada en territorio santo.

Pasado un tiempo prudencial, enviaría una nota anónima, limpia de marcas, desde cualquiera de mis próximos destinos internacionales, con la descripción de la escena y de sus protagonistas (matizando mi papel secundario). Eso solucionaba el conflicto moral y me libraría de los efectos colaterales. Lo que hicieran a partir de ahí ya no era de mi incumbencia y nadie me podría reprochar el método porque nadie conoce a San Anónimo, patrón de los silencios y de sus cajones.

—Bendita amenaza de bomba. Grazie tante.

—Bendito el fruto de tu vientre —apostilló uno con sotana que rondaba por allí.

—¡Pues benditos los spaguetti alla gricia también!

Capítulo VIII. El balance

Me había quitado un buen peso de encima. O al menos encontrado la dieta para adelgazar el cargo de conciencia que ese exceso de colesterol cívico me estaba induciendo desde que salí por patas del bingo palermitano, y de la isla siciliana, sin haber cantado línea ni la descripción del enjuto asesino. Renunciar al premio de los doscientos euros por mi silencio no había tenido el mismo efecto liberador de una confesión, tres avemarías y finalmente el perdón.

Ya fuera por inspiración divina, el wifi de la Santa Sede bien podría haber intercedido por mí, o gracias al aspirante a terroristilla que amenazaba anónimamente mientras tuiteaba su hazaña escondido tras el avatar de Bob Esponja o de cualquier otro héroe revolucionario de semejante calibre (los caminos del Señor son efectivamente inescrutables; a saber qué conexión entre ambos factores podría darse a poco que se tirase del hilo), el caso era que mi obligación como ciudadano que acata las leyes y vela por su cumplimiento ya no era incompatible con mi obligación de seguir vivo ni con la de seguir en Italia a la espera de estar obligatoriamente muerto. Amén y a otra cosa.

La aerolínea me informó por SMS del punto de recogida, no muy lejos de donde me encontraba. El autobús fletado por el ayuntamiento romano para evacuarnos y dispersarnos a lo largo y ancho de la ciudad (un éxodo que seguramente alegró sobremanera a comerciantes y restauradores que nada tenían que ver con el aviso de bomba; nada insinúo) realizaba ahora la ruta inversa, cual transporte escolar, devolviéndonos al aeropuerto sanos, salvos y con las carteras algo más ligeras. En contabilidad hay una norma fundamental: lo que sale por un sitio debe entrar por otro, de modo que el balance haga honor a su condición y siempre permanezca cuadrado.

Subí al vehículo municipal en la Via del Corridori, acompañado de un grupo de monjas camboyanas (conozco ese país, algunas palabras sueltas de su idioma, y en sus mochilas estaban estampadas la bandera y el nombre en alfabeto latino del mismo; uniendo todos esos indicios, no era muy complicado adivinar la procedencia para un detective sagaz como yo), bastante despistadas y también encantadas de acceder a un servicio gratuito tal y como les aseguró el conductor

en un inglés que ellas entendieron como si fuera portugués.

Por cortesía del erario recorrimos la mayor parte de la urbe parando en cada lugar turísticamente significativo y recolectando pasajeros con tarjeta de embarque en vigor y plan de vuelo nocturno. Casi una hora y media de giro y frenazos antes de enfilarse la autopista rumbo al Leonardo Da Vinci.

Las monjas camboyanas se lo pasaron teta hasta que una vez en la terminal de salida se percataron de que no había trayecto de vuelta y de que ellas no tenían que embarcar en avión alguno, por lo menos ese día a esa hora. Como decía Buda, «aprende a desprenderte de lo que desearías poseer», o «lo barato termina saliendo caro», en versión madre española. Contabilidad e idiomas, imprescindibles incluso para moverse por el reino de los cielos.

El ejército patrullaba las instalaciones aeroportuarias metralleta en mano y los perros adiestrados husmeaban cada esquina en busca de material explosivo o de una hamburguesa a medio comer. Los estrictos controles policiales ocasionaban colas kilométricas y despelotes variados que los viajeros asumíamos con pudor y resignación, cabreados de la piel para dentro y sumisos de cara al tipo o tipa que con guantes de látex nos cacheaba sin un ápice de delicadeza ni de romanticismo. Los proctólogos de la seguridad. Aunque mejor eso que explicar una erección espontánea por exceso de celo, del tocador y del tocado.

Después de tres días despierto, activo, en vilo, excitado, acojonado, confundido, amenazado y retrasado, por fin disponía de un rato de sosiego a bordo del avión para cerrar los ojos y dormir. Si alguien pretendía hacerlo explotar a diez mil pies de altura, lo único que le pediría es que actuase silenciosamente, nada de reivindicar causas nobles y justas a voz en grito ni de arrastrarnos a punta de pistola de un ala a otra de la nave. Tampoco creo que fuese exigir demasiado a un mártir.

Antes de bajar los párpados, inspeccioné ocularmente los asientos contiguos al mío por si algún crío revoltoso estuviese en pie de guerra y por si el tonadillero de la tarantela se hubiera apuntado a la excursión. Afortunadamente, no había más delincuente en cinco metros a la redonda que el hilo musical.

Aterrizado en Barajas pasada la media noche sin contratiempos ni detonaciones, recuperé el equipaje, confirmé a Raquel a través de Whatsapp que estaba entero aunque molido y me arrastré penosamente hasta la zona de taxis. Durante el camino a casa escuché en la radio del coche a Justin Bieber y me cagué en su madre. El conductor cambió de emisora y sintonizó una acalorada

tertulia política, entonces me cagué en las madres de todos y cada uno de los tertulianos y eché de menos a Justin Bieber e incluso al de la tarantela. Para cuando caí rendido sobre mi cama, toda la ira acumulada había desaparecido y pude descansar en paz y armonía con el universo, como una monja camboyana.

Me tomé libre la mañana siguiente y aproveché para retomar viejos y olvidados hábitos hogareños: desayunar sentado leyendo la prensa en Internet y bajar al supermercado para aprovisionar la despensa y la nevera con productos sólidos y comestibles que terminarían caducando si no pudriéndose antes de que retirase el precinto de los envases que los contenían. Más que un consumidor, yo era un intermediario en el ciclo natural de putrefacción, que alojaba temporalmente los alimentos perecederos, dándoles la oportunidad de conocer mundo más allá de los estantes comerciales antes de acabar en el contenedor de desperdicios orgánicos y servir de abono para los próximos invitados en mi humilde morada. Una forma de reciclaje un tanto pasiva pero respetuosa: al menos no me los comía.

Por la tarde, había quedado en mi despacho del Paseo de la Castellana con el exmarido de Andrea, alias Mara cuando ejercía de prostituta o angelita hot_hot en Augusta, para cerrar los últimos flecos de esa investigación y cobrar lo pactado. Puntual y menos irritado que en nuestra última conversación telefónica, el hombre tuvo la entereza de visionar nuevamente el material grabado y de escuchar las explicaciones pormenorizadas del dispositivo montado para obtener las pruebas que tanto daño le infligían.

Le entregué los soportes originales de las imágenes y audios, también la hoja de gastos con sus correspondientes facturas y tickets. La segunda ni se molestó en mirarla, bastante tenía con la confirmación de sus peores sospechas. Le recomendé que pusiera ese dossier ignominioso para él en manos de un abogado y que no se castigase analizando cada frase o movimiento de Mara. Una sugerencia que supuse caería en saco roto; la tentación es siempre más fuerte que la contención, hasta para las religiosas asiáticas.

Ser testigo, aun en la distancia, de cómo tu exmujer se desnudada rutinariamente y propone a un usuario (presunto y con coartada laboral en mi caso) tríos, posturas políglotas y condones fuera a cambio de un puñado de euros no es plato de buen gusto ni para el mayor de los morbosos. Sin contar que de por medio había una hija en común que vivía y estudiaba gracias a las compensaciones pecuniarias por esos alardes que la madre ofrecía cariñosa y repetidamente, cuando no desesperadamente.

Obviar esos aspectos, los más sórdidos e hirientes, se convirtió en mi tarea prioritaria durante la excesivamente larga reunión que mantuvimos sin otro tema trivial al que agarrarnos. No quería dar pie a que me preguntase de nuevo si me había trajinado a Mara, y no lo hizo, aunque no sé qué fue peor.

—¿Sabe, señor Guerrero? A pesar de todo aún la quiero. Por eso me duele tanto.

—Me temo que en ese litigio sentimental no puedo servirle de mucha ayuda.

—Ya, ya, no se preocupe. Me estoy desahogando, no espero nada más de usted.

—Si finalmente presenta a un juez estas pruebas para que modifique el acuerdo económico al que llegaron en el proceso de divorcio, ya le dije que mi testimonio sería válido y reforzaría su demanda. Lo dejo a su entera elección; tan solo debería avisarme con cierto tiempo de antelación para cuadrar mi agenda.

—Lo tendré en cuenta. No he decidido todavía qué hacer con todo esto. El dinero que me cuestan Andrea y mi hija es importante, pero no hasta el punto de perjudicar a la cría sacando a la luz el oficio de su madre. Siento que soy objeto de un chantaje emocional y que tire por donde tire salgo perdiendo.

—La contabilidad. —Se me escapó esta apostilla porque el tipo me la había puesto a huevo. Lo que entra por un lado debe salir por otro. Y no me refería a lo que Mara se metía para ganarse el pan.

—¿Perdón?

—Nada, nada, disculpe. Se me ha cruzado un pensamiento ajeno a nuestra conversación, un problema con la liquidación del IVA pendiente de solucionar. Perdóneme, no ha sido muy oportuno por mi parte. —Apañé el patinazo con la primera mentira que se me ocurrió.

—No le molesto más, el IVA es el IVA. Muchas gracias por su colaboración, señor Guerrero. Contactaré con usted para lo del juicio si llega a celebrarse.

—De acuerdo. —Me incorporé aliviado para despedirme y acompañarlo hasta la salida.

—Una última pregunta si no le importa, señor Guerrero. —Se la había reservado para equilibrar su balance, no me pilló de improviso.

—No, quédese tranquilo —respondí tajante sin darle opción a formularla siquiera. Era lo que anhelaba oír y la única manera de cerrar la puerta y el dichoso tema de una puta vez. El tema de una puta, por cierto.

Si empatizase con todos los agraviados, desgraciados o capullos que me contratan, ya me habría retirado veinte años atrás: al día siguiente de empezar en

este negocio. No obstante, y como si de un ejercicio masoquista se tratara para compensar el patinazo contable, coloqué a Raquel en el rol de Mara y la desagradable sensación que noté en la boca del estómago me sirvió de penitencia. Sin duda alguna, prefería pagar el IVA.

El resto de la jornada lo ocupé poniéndome al día con Ramiro de los posibles trabajos venideros, presupuestando los más factibles y archivando los que estimábamos inviables por descabellados o directamente ilegales, sufriendo sus insufribles bromas y redactando un informe que dejé inconcluso antes de partir hacia Palermo.

El documento en cuestión versaba sobre otro matrimonio roto, o en trámites de separación, para ser exactos. El cliente estaba de viaje cuando recibió una llamada del conserje de la finca en la que aún vivía con su mujer. Por lo visto, la susodicha había organizado una mudanza coincidiendo con la ausencia del todavía cónyuge y estaba trasladando muebles y demás enseres sin haber firmado el reparto y sin sentencia judicial mediante. Con escaso margen para reaccionar, pues según colgó al conserje, el marido nos contactó y expuso a toda prisa el percal, nos dirigimos hasta el inmueble indicado con el fin de grabar ese saqueo alevoso y de seguir a la señora y a la mercancía hasta su lugar de destino. Descubrimos que en el trayecto ella se encontraba con un hombre en el interior de una cafetería y que este se unía a la caravana, ejerciendo de guía y luego de anfitrión en el piso en el que fue depositado el mobiliario. Tras revisar la cinta que le enviamos, el cliente lo identificó: era su mejor amigo.

Las personas, al igual que mis víveres en la nevera y en la despensa, también caducamos o nos pudrimos. Y claro, acabamos en el contenedor de los desechos orgánicos, pero con recuerdos, que es más jodido. Si las lechugas prescindan de ellos por algo será.

Con el punto final y la copia de seguridad guardada en el servidor, invité a Ramiro a tomar unas copas para brindar por el amor y la lealtad que tan pingües beneficios reportaban a la cuenta de resultados de la agencia.

Entre risas y batallitas detectivescas, es decir, fantasmadas que nunca sucedieron, nos bebimos tres gin-tonics cada uno en nuestro bar de cabecera. Omití contarle la breve e inclasificable reconciliación con Raquel para no ser blanco de sus consejos románticos-trillados-plagiados. Y tampoco le relaté el episodio del bingo en Palermo, por la seguridad de ambos. Y porque las fantasmadas deben ser mentira o no ser.

Pagué las seis consumiciones y paseamos juntos y callados unos cincuenta

metros hasta la estación de metro más cercana. Ramiro, animado por el alcohol, comenzó a tararear la Tarantella Dell'etna. Un escalofrío familiar recorrió mi espalda y se apoderó de las piernas, paralizándolas por un instante como tres días atrás frente al asesino cantarín.

—Un pésimo acento siciliano, colega. —Disimulé mi pasmo atacando, como los infieles cuando les pillan in fraganti.

—Si esta canción no tiene letra, Rafa.

—Qué sabrás tú, Ramiro.

Ya solo en el andén me cagué en la madre de la contabilidad.

Capítulo IX. La ciudad y los perros

No amanecí tiroteado, descuartizado, empaquetado y franqueado en un contenedor compartido con otros fiambres. Tampoco con una cabeza de caballo seccionada y sangrante en el lado izquierdo de mi cama (he padecido despertares peores y con compañías menos deseables; al equino no hubiera sido necesario prepararle el desayuno o pedirle amablemente que se fuera sin recordar su nombre o cómo llegó hasta allí). Ni siquiera volví del territorio de los sueños con resaca, simplemente con el mono de tabaco acostumbrado y las legañas de rigor.

Si Ramiro se había convertido en un sicario a sueldo de la mafia siciliana (hay que ser muy gilipollas para aceptar ese puesto de freelance sin remuneración, salvo que amordacen a tus allegados y las circunstancias te impelan a quitar la vida de los desconocidos para preservar la de los conocidos), la ginebra y los frutos secos salteados con gominolas de colorines lo habían desarticulado a las primeras de cambio y su carrera en la organización tendría las mañanas y las tarantelas contadas. Se lo preguntaría en apenas una hora cuando nos cruzásemos en la oficina y se empeñase en tomar el segundo café, dándome la tabarra con las chorradas que leía en los periódicos gratuitos que reparten en el metro. Quizá esa fuera su estrategia para liquidarme poco a poco y sin compasión. No era que de repente desconfiase de mi colega, es que siempre recelo de todo el mundo, de mí incluso. Y de ese tipo de prensa aún más si cabe.

Caminando por las calles de un Madrid adormecido, caótico, inhóspito, contaminado, apático y aburrido de ver las mismas caras somnolientas y cabreadas de lunes a viernes, de siete a nueve, de norte a sur, de septiembre a julio, de paso, de soslayo, de relleno, de milagro la mayoría..., no me topé con transeúnte alguno que tararease la dichosa cancioncilla de mi funeral o que portase mi esquela lista para que se la firmase en una esquina con dedicatoria incluida. La jodida e interminable crisis había matado hasta a los que matan. O probablemente todos estuviésemos muertos desde 2008 y nos mantenían en pie para amortizar la enorme cabeza de caballo cercenada y sanguinolenta que otros nos habían endosado y a la que debíamos alimentar y cuidar para que no ocupase más espacio ni se agenciase el piso, el coche, la nómina, el fondo de pensiones y

los calzoncillos de domingo.

El desánimo, el derrotismo, la frustración y la impotencia se habían instalado en todas y cada una de las conversaciones al modo en que las células cancerígenas se expanden desde los órganos enfermos y envenenan a los sanos; ¿de qué coño hablábamos antes, de qué hostias hablaremos si alguna vez salimos de esta encerrona, de este cementerio abonado con desahucios, corruptelas, desfalcos, embargos, quiebras, millones de parados, sueldos precarios y personas buscando comida podrida en los contenedores? De la siguiente crisis, claro está. Y de las noticias absurdas y sensacionalistas publicadas en los panfletos que Ramiro recopilaba y depositaba sobre la mesa de mi despacho.

—DJ Dog, el sorprendente perro que «pincha» mejor que su dueño. —Fue el titular que destacó entre toda aquella morralla para reclamar mi atención.

—Seguramente también folle mejor que su dueño. Y bastante más.

—Podríamos entrenar a un chucho para que se encargase de los trabajos más engorrosos y peligrosos. «El sabueso guerrero», ¿lo pillas?

—Creo que ese cargo ya está pillado, Ramiro.

—¿Lo dices por mí o por ti?

—¡Guau, guau! —Ladré; sí, ladré.

—Entendido, no estás receptivo a mis innovadoras ideas, te dejo en paz. Cuando necesites que te saque a mear, me avisas.

—Gracias, te tiraré la pelotita. ¡A los huevos! —Ni de risa conseguía asesinarme Ramiro, pero apreciaba sus intentonas, aunque no se las reconociese sacando la lengua y alzando las orejas.

Sin avisar y sin cita previa, se presentaron en la oficina un estirado ejecutivo con pinta de setter irlandés escoltado por dos robustos bulldogs de cien kilos cada uno, estos últimos de nacionalidad indefinida y con el hábito bien interiorizado de olisquear el culo a cualquier interlocutor de su jefe antes de que este le saludase o lo que acostumbrase a hacer desde el altar invisible en que se desplazaba.

—Buenos días, señor Guerrero. Disculpe que irrumpa así en su despacho, quizá debí llamarle antes, pero mi secretaria personal lleva varias semanas de baja y no quería que la sustituta supiera del asunto que vengo a tratar con usted.

—No hay problema. Siéntese, por favor. ¿Sus dos amigos participaron de ese asunto también? Por traerles unas sillas de la sala de reuniones; estarán más cómodos. —Nada hay más elegante que la ironía envuelta en ironía. El directivo les indicó con la cabeza y la mirada que podían esperar fuera, sentados o de pie,

rascándose o persiguiéndose la cola.

En la tarjeta de visita que me entregó el tipo, leí su nombre, los dos apellidos compuestos y el título casi nobiliario de consejero delegado de la empresa filial española a la que representaba. La casa matriz, me explicó, era un holding multinacional de origen anglofrancés con sendas sedes centrales en Londres y París, y con intereses económicos en cuatro continentes y varios planetas del sistema solar. Me mostré moderadamente impresionado por agradar y para disimular la parca fascinación que despertaba en mí el entramado societario y accionarial de ese chiringuito. Por muchos tecnicismos y eufemismos financieros que se empleen, detrás de cualquier gigante corporativo solo hay gente rica haciéndose más rica y temerosa de serlo un poco menos por las causas que sean. Por ese motivo tenía enfrente a un espécimen de su clase. Y unos metros más allá, tras la puerta, a otros dos de la mía.

—... Lo que me ha traído hasta aquí y hasta usted, señor Guerrero, es en primer lugar su excelente reputación como investigador internacional, discreto y eficiente, y en segundo lugar, la recomendación de un conocido común del que me va a permitir que lo mantenga en el anonimato. —Me acariciaba el lomo, pero me negaba la galleta salada; intuí que me llevaría de paseo, pero atándome corto y con la correa apretada.

—Me alegro de que solo sean mis virtudes las que traspasan fronteras. ¿Dónde está el agujero?

—En Oriente Medio. Allí gestionamos, entre otros negocios, la producción y distribución de energía hidroeléctrica. De las presas directamente a las casas. En Siria, por ejemplo, controlamos el 45 % de un sector considerado estratégico por el Gobierno de Damasco.

—O sea, que controlan el 45 % del Gobierno sirio.

—No se equivoque, jamás nos inmiscuimos en cuestiones políticas, nos limitamos a iluminar. —La ironía envuelta en cinismo, con un toque poético. Para eso están los consejeros delegados.

—En esa zona llueve poco, ¿les sale rentable?

—¿Seguiríamos allí de no ser así? —La obviedad envuelta en retórica. Tenía toda la razón y la esencia del capitalismo de su lado.

A pesar de los generosos beneficios que les reportaran las aguas y los saltos sirios, algo se había torcido o no hubiera acudido a mí. La guerra civil en aquel país no era lo que más les preocupaba; desde su impecable neutralidad política, apoyaban a los dos bandos por igual y una pizca más al que resultase vencedor,

cualquiera que este fuese. La concesión para explotar sus recursos naturales estaba blindada en contratos leoninos avalados por terceras potencias y organizaciones, nadie se atrevería a revocarlos sin arriesgarse a que el peso de la justicia universal y la nada sutil influencia de poderosos lobbies públicos y privados, así como de organismos multilaterales, recayesen sobre el infractor. La jodienda, o la grieta, se había abierto en otro frente menos bélico y más local; por ahí se les escapaba el líquido elemento. Y los chorros de divisas.

Sin desvelarme completamente la clase de encargo que pretendían encomendarme, fui invitado a tomar esa misma tarde un vuelo privado desde el aeródromo de Torrejón con destino a la capital británica, el verdadero sanctasanctórum de las siglas que adornaban el fuselaje de la aeronave, para recibir allí las instrucciones concretas y el beneplácito de la cúpula, los machos alfa de la manada.

En el trayecto a bordo de ese taxi-jet me agasajaron con un surtido de delicias y productos genuinos de los distintos continentes que iluminaban, y en cantidades industriales, como si estuvieran cebándome para venderme por libras o inyectándome por vía oral semejante deuda en el balance, también en libras — esterlinas—, que solo trabajando gratis para ellos los siguientes doscientos años podría saldar. Fuera esa su intención o no, el Beluga del mar Caspio y el Dom Pérignon Rosé Oenothèque 1992 sabían cojonudos; hubiera sido un verdadero agravio diplomático rechazar su cata, masiva.

Ni el consejero delegado ni sus dos guardaespaldas me prestaron demasiado cuidado, entretenido uno con su tableta y su teléfono satelital en aplacar revoluciones o en su defecto en sacarles tajada por implícito deseo de los anónimos accionistas, y los otros en dormirar con un ojo abierto y cara de malas pulgas, por explícito deseo de su adiestrador, supongo. Para eso del contacto humano ya estaban las profesionales azafatas de uniforme y exquisito poliglotismo, más exquisito si cabe que el de Mara.

En el London City Airport, nos aguardaba una limusina blindada aunque discreta para ser limusina. En su interior volvía a reproducirse el mercado de las especias y bebidas espirituosas de Las mil y una noches, pero la tentación ya no era la misma por estar saciada de antemano y tan solo descorchamos dos botellas de agua mineral carbonatada Perrier durante el recorrido hasta la City londinense, escenario en que se efectuaría la segunda entrega de la entrevista, esta vez en inglés, y en un despacho ligeramente más amplio y suntuoso que el mío. Con mayordomo incorporado, como diferencia más destacable al respecto.

Si Roma acoge en su seno el Vaticano, Londres alberga la City. Aunque no es estrictamente un Estado independiente, el distrito financiero del Reino Unido ejerce como una curiosa excentricidad administrativa casi eximida de las leyes que manan del Parlamento británico. Dispone de su propio alcalde (cada mes de noviembre se celebra el nombramiento de uno nuevo con un colorido desfile) y de su particular policía; además, son los bancos los que gobiernan de facto, gracias a un sistema político con tintes medievales y aires de paraíso fiscal. Su sistema electoral reconoce el derecho de sufragio a las empresas bajo el principio de «a más empleados, más votos». La democracia para el que se la paga.

Históricamente, la City jugó un importante papel como contrapoder a la monarquía. De aquello queda el boato y las ceremonias. El Lord Mayor jura lealtad a la Corona y a la Corte Suprema, rodeado de símbolos y trajes de dudoso gusto, pero de indudable abolengo. Incluso la reina debe pedir permiso a este recién investido regidor para entrar en la milla cuadrada. Un mero ritual, sí, y una demostración acojonante de poder.

Esta joyita de la corona abarca unos dos kilómetros cuadrados de extensión en el centro de Londres; en ella viven nueve mil personas y entran a trabajar cada mañana otras trescientas cincuenta mil, el 80 % en el sector bancario. Un microcosmos en que el estrés y la explotación compiten por ser el oxígeno que respiran sus habitantes. Los que sobreviven, pues los becarios, mandos intermedios y algún que otro gurú tienen cierta tendencia a suicidarse. Hay quienes se empeñan en demostrar a las bravas que el día tiene treinta y seis horas o más.

Entre rascacielos modernos, posmodernos y horripilantes, salpicados con rémoras arquitectónicas de estilo eduardiano, destaca el famoso edificio de Lloyd's, con una estructura rompedora en su tiempo que planteaba la ubicación de escaleras, ascensores, conductos de electricidad, aire y agua en el exterior del mismo, similar al centro Pompidou de París, con el que comparte diseñador.

Después de aparecer en una de las escenas de Harry Potter y la piedra filosofal, Leadenhall Market (una galería comercial cubierta) se convirtió en una de las principales atracciones turísticas de la City. Data del siglo XIV, aunque su aspecto actual se forjó en 1881. La estructura es de estilo victoriano y en sus peculiares calles hay floristas, queseros, carniceros, marchantes de arte, pubs y restaurantes. Cuando termina la jornada laboral, los trabajadores de la City cuentan allí sus fantasmadas entre pinta y pinta. Y eso era lo que realmente me apetecía tomar en aquel templo del librecambismo, una lager fresca y bien

escanciada. Lástima que el mayordomo de mis anfitriones no estuviera ducho en ese arte de tirarla con la espuma cremosa. Le faltaba obrerismo al compañero.

Cumplido el trámite de saludarnos, estrecharnos las manos y encantarnos por habernos conocidos, el gerifalte de mayor rango abrió el fuego amigo:

—Cómo envidio la luz natural de España, mister Guerrero. —Pronunció la frase en un perfecto castellano.

—¿También es de su propiedad? —Le devolví el halago en un correcto inglés.

—Un tanto por ciento insignificante —sentenció más que calcular.

Reímos, como cuando el perro da la patita y su amo le llama «campeón» y le premia con un canapé de salmón noruego fresco. Luego no hubo más risas.

Capítulo X. Los huevos de Lucio

El consejero delegado español con pinta de setter irlandés (o quizás su mestizaje genético fuera el inverso); su atildado presidente, alias máster del universo, un abogado mudo y ojeroso especializado en tapar y destapar esencias, cláusulas, escándalos, infidelidades, pasados, presentes y lo que surgiese; la catedral de San Pablo, tras la inmensa cristalera que servía de cuarta pared teatral a aquel escenario plenipotenciario, al fin y al cabo el núcleo desde el que se irradiaba energía a todo el cosmos habitado y con cuenta corriente; un eficiente secretario, que tomaba diligentemente notas de lo que se decía y se intuía en aquella reunión; el mayordomo, convenientemente apartado, aunque no completamente oculto por si tuviera que intervenir bandeja en mano y flema británica en ristre; un cuadro de Lucian Freud sin enmarcar, de título *Girl with a white dog*, colgado en la pared principal del despacho-palacete; y sentado sobre un cómodo sofá de cuero italiano color negro, yo, el detective que habían encargado por Internet y por referencias externas de alguien que dijo que.

Me sentía como Mara, la angelita hot_hot de Augusta, en los preliminares, esperando a que mis clientes me pidieran que desplegara el catálogo en varios idiomas y eligieran servicio, pirueta o charleta. Tan solo la ropa interior nos diferenciaba, la suya picante y provocativa, transparente y golfa. La mía, inexistente. Un detalle que pasó desapercibido en la conversación y que me hubiera penalizado irremediabilmente, pues sabido es que en las islas los prebostes de ejemplar comportamiento diurno son aficionados a los ligeros y a las braguitas de seda bajo los carísimos trajes de la firma West-mancott. La irreprochabilidad del imperio.

El motivo de mi entrega a domicilio no era otro que ficharme personalmente por parte de la plana mayor del conglomerado, comprobar que me afeitaba aceptablemente y que me hacía entender en su lengua con solvencia. Incluso que captaba su sentido del humor y los matices entre ser un invitado y un empleado temporal. Debí aprobar a la primera porque, luego del intercambio de datos climatológicos en estas y aquellas latitudes, entramos en harina. La voz cantante la llevó el tenor, lógicamente. Los demás asistían en calidad de armonioso coro.

—Mister Guerrero, hemos detectado que en nuestra mayor planta hidráulica de Siria se están produciendo pérdidas ostensibles de suministros, planos, tecnología de última generación y material sensible que podría estar abasteciendo el mercado negro de la región. Hay que descubrir quién está detrás de esos sabotajes selectivos y cómo los lleva a cabo; sobre el terreno. Hasta el momento, los intentos de identificar al autor o autores han resultado infructuosos porque tanto la seguridad pública como privada de ese espantajo de país se presta a los sobornos, antes incluso de comenzar a indagar. Hemos perdido tiempo y dinero que seguramente habrá acabado en la caja de los mismos que nos roban.

En ese punto, intervino el abogado para precisar:

—El Tabqa Dam (en árabe: سد الطبقة), o presa de al-Thawra, literalmente la presa de la Revolución, está situada en la cuenca del río Éufrates, a unos cuarenta kilómetros de la ciudad de Ar-Raqqa y a quinientos de la capital, Damasco. Tiene sesenta metros de altura y 4,5 kilómetros de largo, es el más grande de Siria. Su construcción llevó pareja la creación del llamado lago Assad, el depósito de agua más extenso y voluminoso de Siria. Los soviéticos se encargaron de la vasta obra entre 1968 y 1973.

—A finales de la década de los noventa del siglo pasado —precisó el consejero delegado español—, nos aliamos con la empresa rusa que gestionaba la presa y la central hidroeléctrica adyacente, y desde esa fecha hemos ido incrementando nuestro paquete accionarial hasta alcanzar el 56 % del capital social de la entidad, es decir, nos pertenece en términos legales y de gestión. Los eslavos solo ponen el cazo y las influencias políticas que conservan en el gobierno herencia de la Guerra Fría.

—Me queda claro para quién trabajo y para quién no, gracias. —Le reconocí la autoridad que me restregaba. El abogado continuó con su aburrida disertación:

—Cuando el flujo del río Éufrates se redujo en 1974 para llenar dicho lago, estalló una disputa entre Siria e Irak que fue apaciguada por la intervención de Arabia Saudita y la Unión Soviética. En su origen, estas instalaciones fueron...

—Es suficiente, gracias. —El superjefe cortó al leguleyo informante y todos se lo agradecemos mentalmente. Él mismo fue el encargado de proseguir con las explicaciones—. Un detective ruso, americano, inglés o francés despertaría recelos en los dos bandos enfrentados. Uno árabe también, y además estaría a sueldo de ambas facciones, o de cuantas pandillas de bárbaros contribuyan a ese conflicto. Los españoles son simpáticos y caen bien a todo el mundo.

—Ese es mi fuerte, la simpatía, como ya lo habrán advertido. El resto de mi currículum jamás estará a la altura de esa aptitud innata de los españolitos. Ole, ole, ole. —No pude contener mi mala hostia tras escuchar semejante argumento. Spain is different, sun and red wine. Qué cruz de etiqueta.

—No pretendía ofenderle, míster Guerrero, discúlpeme si le he causado esa pésima impresión. Usted está aquí por la confianza que nos transmite su experiencia y conocimiento, cuenta con avalistas de garantía y tenemos constancia de sus anteriores misiones en regiones árabes volátiles. Su nacionalidad es un añadido circunstancial que, en este caso en concreto, suma y le otorga ventaja sobre la competencia. Si su carácter fuese distinto al de un hombre serio y cumplidor, ya estaría de vuelta en Madrid. En clase turista.

—Desgraciadamente, los tópicos duelen por su carga de verdad. Disculpa aceptada, y perdonen ustedes mi salida de tono tan volublemente latina. Somos lo que odiamos. —Nos habíamos puesto en nuestro sitio; justo era que condescendiéramos los dos.

—Lo somos —confirmó el patrón de patronos.

Reconducido el diálogo por las normas de la cortesía, el sentido común y la desorbitante cifra del cheque con mis honorarios que me entregaron por adelantado para cerrar viejos y actuales agravios nacionalistas, sentamos las bases estratégicas y económicas de la colaboración que me llevaría al polvorín más peligroso del hemisferio norte. Estaba cerrando el mejor trato de mi vida y a lo peor el último. Me contrataron (el letrado ojeroso de los datos y las precisiones había redactado un acuerdo que impreso ocupaba varios tomos y hacía ridículo al de formato reducido que portaba en mi cartera) para investigar in situ y bajo la cobertura que yo eligiese esa serie de robos y desapariciones en los traslados logísticos desde la planta de la presa de la Revolución (¿cuál de ellas?) hasta la sede administrativa del emporio en Damasco, en donde mis antecesores habían focalizado el problema y echado tierra sobre el mismo a cargo de otros pagadores tan o más espléndidos que los míos. Allí se maquillaban los albaranes y se diseñaban las rutas y horarios de los camiones que transportaban el utillaje que se perdía por el camino, y de sus archivadores volaban los planos y las patentes que mermaban considerablemente los ingresos de la compañía y engrosaban los de sus enemigos industriales. Mi objetivo tenía nombre, apellidos, cargo y sillón de respaldo alto. Más que encontrarlo, el cometido consistiría en pescarlo e inmortalizarlo. Si no me immortalizaban a mí antes.

El mayordomo asomó el careto discretamente para inquirir si cenaríamos en el comedor privado del edificio o en su defecto reservaba mesa en algún restaurante cercano. Por consideración hacia el invitado, dejaron que decidiera yo, y con el roastbeef sobre mi tejado quise apuntarme un tanto y liberarnos a todos del compromiso.

—Si no es mucha molestia, preferiría volver a casa lo antes posible. A mí me queda un poco más lejos que a ustedes.

—Comprensible, la cocina anglosajona no le tienta. Le alabo el gusto, mister Guerrero. Ya ve que los clichés con aristas son de ida y vuelta. Tiene a su entera disposición el avión de la compañía. Ha sido un placer conocerlo, le deseo mucha suerte y que su estancia en Siria sea lo más productiva posible. Manténganos al tanto de sus pesquisas; mi estimado colega —posó su brazo protector sobre el hombro derecho del consejero delegado setter irlandés español—, será su contacto y apoyo permanente en la distancia. Muchas gracias por su dedicación y comprensión.

El Señor de las Luces dio así por levantada la sesión y finalizada la confraternización. Cada mochuelo a su olivo, y él, imaginé, a contar kilovatios/hora como Don Gilito hacía con las monedas de oro.

En la travesía de vuelta, no me acompañó el consejero delegado, supuse que estaría obligado a continuar con el paripé y a dar parte de las finanzas patrias delante de un plato de merluza cocida o de cordero galés, mientras yo tonteaba con las azafatas y probaba un succulento manjar birmano sobrevolando el espacio aéreo francés. Vaya una porquería de soporte me brindaría si desde el inicio me abandonaba solo ante semejantes peligros.

En Torrejón esperaba un taxi a pie de pista, subí al automóvil sin pasar por control alguno, le indiqué la dirección de mi despacho al conductor y allí me depositó. La carrera estaba pagada, la propina corrió de mi cuenta. Me lo podía permitir.

Guardé el contrato en la caja fuerte del despacho, apunté en la agenda varios mementos para el día siguiente y me largué a casa en metro. Antes de acostarme, abrí una lata de sardinas del Cantábrico con guarnición de pan duro y maridadas con un gin-tonic sin pepino ni hostias que me supieron a gloria. El Edén y El Erial son dos estados mentales del mismo loco.

Antes de partir hacia Oriente Medio, tenía que prepararme para Oriente Entero, cubrirme la espalda con una coartada verosímil dentro del margen de locura que se le atribuye a un occidental cuando ronda la destrucción de sus

vecinos, amén de la cabeza con un casco y el torso con un chaleco antibalas. Las típicas vacaciones de la clase media de mediana edad en Oriente Medio. Joder, en menudo jardín de las detonaciones me iba a meter.

La primera escala de los preparativos pasaba por la delegación madrileña de una ONG internacional orientada a potenciar proyectos de desarrollo ecosostenibles y a facilitar microcréditos a familias en riesgo de exclusión social o excluidas totalmente en países donde la estructura de sus Estados no garantiza los medios básicos de subsistencia. Con estas premisas, su campo de batalla abarcaba tres cuartas partes del orbe, con Siria en un destacado puesto y España llamando a las puertas.

Sus responsables me debían un favor por una operación previa en que les ahorré un escándalo público por mi ostentosa discreción (un Gobierno militar del sudeste africano, corrupto por definición, se la coló a través de un intermediario, a la sazón excelentísimo señor ministro de la Solidaridad, y utilizó su estructura para blanquear dinero manchado con sangre del pueblo al que representaba y al que pretendía liberar de la tiranía y de otras muchas puñetas, empezando por despotismo de la ralea castrense, sí, sí, ja, ja) y aquella era la mejor ocasión para compensármelo: necesitaba que me acreditaran oficialmente como cooperante y gestionasen los permisos necesarios para entrar en Jordania y después en Siria bajo esa tapadera real, con mi nombre verdadero y un currículum, digamos, creativo y muy simpático.

No hubo traba alguna para concederme el deseo (la sutileza en el planteamiento evita la crudeza en la ejecución), y para atar los cabos con fuerza firmé un contrato laboral con la organización en calidad de contable que me daría acceso a sus instalaciones y redes informáticas en Damasco. A cambio, vigilaría a uno de los miembros locales empleado en aquella zona sobre el que recaía la sospecha de que desviaba fondos de las donaciones para financiar grupos políticos de confusa catadura moral.

Les agradecí ese despliegue burocrático sin desvelar mi verdadera, o principal, misión. Y sin anticiparles tampoco que el sueldo percibido lo reintegraría en su caja de la solidaridad vía donativo anónimo. Me estaba encariñando con eso del anonimato; de seguir así, cuando escribiese mis memorias dudaría si realmente yo fui yo, o todo lo que me pasó le pasó a mi anónimo. El efecto Palermo las titularé.

Acaparé documentación suficiente en la biblioteca de la ONG para empaparme de su espíritu y de su praxis. Recopilé folletos y publicaciones que

viajarían en mi maleta como atrezo imprescindible si me interrogasen o me exigieran mostrar algo más que el carné de cooperante en acción y sin fronteras. En la era de la virtualidad solo el papel nos da credibilidad como mentirosos.

Esa misma mañana, me acerqué al Ministerio de Asuntos Exteriores para registrarme como español en tránsito por aquellos lares, justificando mi presencia y dejando constancia del nombre de hasta tres familiares que serían los encargados de recibir la nefasta noticia de que mi cadáver estaba preparado para retornar al hogar, dulce hogar. O a la incineradora, ardiente incineradora.

Como antepenúltimo paso, comprobé que las pólizas de los seguros de vida y accidentes estaban en regla y mis beneficiarios listados por orden de más a menos queridos. Puestos a enriquecer a la parentela, que el más pesado fuera el último en cobrar. Familia, me voy a la guerra, no me esperéis a cenar.

Tanto trámite me despertó un apetito voraz y desde la calle Salvador número 3 me dirigí al 30 de la de Cava Baja para darme un homenaje en la taberna Los huevos de Lucio, regentada por la hija de este insigne restaurador. Con el chupito de orujo sobre la mesa, llamé a Marie. Sí, a Marie, no a Raquel.

Capítulo XI. La Mojigata

Marie, una brillante y preciosa periodista de origen franco-uruguayo y treinta y siete años de edad, militaba fervientemente en contra del periodismo, o para ser precisos, en contra del 99 % de sus compañeros y de la imagen que estos trasladaban a la sociedad de su oficio. Dicho de otro modo, una mujer-conflicto con tantas emociones como razones para continuar ejerciendo y despotricando dentro de ese mundillo. Y un poderoso imán para mis metales.

Según ella, las escuelas y facultades de lo suyo se habían convertido «en infectas fábricas de reporterillos histriónicos ansiosos de fama y protagonismo, desinformadores al dictado, editores vacuos y gacetilleros del tres al cuarto sin ética ni estética». Por mi experiencia laboral, con algunos de esa calaña me he topado y hasta han entorpecido investigaciones en curso. Personajillos que anhelan asombrar revolviendo entre la casquería que encuentran, apelando a los más bajos instintos del ser humano, fanáticos del amarillismo que vende como churros, ventajistas sin escrúpulos como los hay en cualquier profesión, en cualquier estirpe. De ahí que la generalización de Marie me pareciese excesiva e injusta. También me he cruzado con médicos capullos y no por ello acuso al gremio entero de matasanos. Y no entro a valorar el colectivo de detectives; ya lo hago cuando me los cruzo en congresos o eventos profesionales.

Frente a estos eximentes, Marie siempre alegaba lo mismo: «En nuestro cesto todas las manzanas alojan bichos, y la que se libra prescribió el siglo pasado... Damos asco, Rafael. Por no hablar ya de ese olvidado precepto de la objetividad. Leemos el diario, vemos la cadena de televisión, escuchamos el programa radiofónico que nos cuenta lo que soportamos admitir, para reafirmarnos en vez de cuestionarnos. Nadie se ocupa de relatar fielmente lo que ha ocurrido y cómo, sin matices sectarios ni estómagos agradecidos vomitando consignas de Perogrullo que ensalzan o protegen al que pone la pasta y la antena difusora.

Cuanto más untados, más gritan. Da igual el qué ni para quién. Cuando se queman o los pillan en falta, cambian de chaqueta, de bando y de consigna. O se apuntan a un patético show de monólogos o de bailes rancios para certificar su

estulticia y falta de principios. Si no se respetan a ellos mismos, cómo lo iban a hacer a su actividad. A final de mes, ingresan en el banco la paga y para redondear acuden a tertulias sesgadas, gallineros en toda regla, para lanzar soflamas a favor y en contra de la chorrada de turno que el moderador/provocador les pone a tiro. En privado lloran por la ausencia de libertad de expresión y por los buenos viejos tiempos, que ni conocieron ni asimilaron. Los viejos tiempos eran tan apestosos como los nuevos, aunque tamizados por la nostalgia y la desmemoria colectiva que lustra el pasado para no reconocer sus culpas presentes. «Para acercarse a la verdad, lo mejor es sumergirse en la ficción». En este aspecto, sí estaba de acuerdo con ella: una mentira verosímil lo explica todo.

«Afortunadamente, hay excepciones; no lo niego, Rafael. La mayoría de los corresponsales de guerra, con el culo pelado y las balas silbando a su alrededor, o los pocos cronistas incómodos e insobornables que se desvinculan de la corriente de pensamiento único y de sus sueldos mordaza para disparar desde Internet, acertada o equivocadamente, pero al menos sin el peaje de lucir un logotipo en la solapa como un muñeco anuncio. La anárquica red les ha explotado en la cara a las grandes agencias de comunicación y a los conglomerados mediáticos, han perdido el monopolio de la manipulación y eso, lógicamente, les cabrea. Antes que después acabarán controlando férreamente ese altavoz virtual (no es casualidad que todos los usuarios seamos objeto de espionaje a través de las aplicaciones que descargamos, los correos electrónicos que enviamos o las fotos que colgamos en los muros de las plataformas sociales, más allá de las justificaciones comerciales y de seguridad nacional que nadie se traga) y las ovejitas volverán al redil porque no se puede sobrevivir mucho tiempo de valores puros sin proteínas ni vitaminas. Ni siquiera cien mil Me gusta y trescientos comentarios pagan la letra de la hipoteca. Lo de «Un internauta, un periodista» suena prometedor como eslogan y poco más. Y no sé si el remedio resultaría peor aún que la enfermedad. Bueno, sí lo sé. Si pudiéndose contrastar las fuentes, el producto es una patraña teledirigida, con el anonimato por bandera el premio Pulitzer se lo llevaría de calle Paquirrín. A Marie le gustaba terminar su sermón con este toque cañí, para demostrar que dominaba todos los palos.

Ella no es que fuera un claro ejemplo de honestidad e independencia (y quién lo es; al fin y al cabo, todos nos debemos a la nómina; si estamos vivos, cómo cojones vamos a ser libres), pero sí de constancia y perfeccionismo. Se curra cada artículo como si fuera el último, busca y rebusca, no se detiene en la costra

de los asuntos que aborda, pondera todas las versiones con la ecuanimidad que las exigencias le permiten y, además, tiene la sana costumbre de escribir bien — no solo correctamente, sin faltas de ortografía ni errores sintácticos o gramaticales—, con apego al estilo literario de maestros como Manu Leguineche o el italiano Indro Montanelli, mimando las palabras que elige, siguiendo la máxima del «menos es más» en la forma sencilla e inteligible en que se aproxima al fondo, a lo que efectivamente importa. Es una mujer muy leída (letraherida de hecho; su biblioteca personal crece y se multiplica a lo largo y ancho de su casa), que se esmera tanto en el texto como en el contexto, y eso la hace tremendamente atractiva, posiblemente porque irradia algo en vías de extinción: pasión por su vocación. Y un irresistible aroma de partisana francesa en decidida lucha consigo misma.

Desde 2003, brega como corresponsal en España para varios medios de comunicación franceses, entre estos *Le Monde*, y para varias publicaciones marginales de países sudamericanos. Lo que cobra de los tiranos lo invierte en causas perdidas, para sosegar la conciencia y no tirar la toalla. Así funciona la ficción.

Nos conocimos en París por mero azar, mientras yo estaba metido de lleno en un dispositivo de seguimiento callejero en la capital gala por un caso de infidelidad a todo lujo de una ejecutiva ucraniana, antaño prostituta de alta gama. Marie se resbaló en las escaleras de la boca de metro de Saint-Philippe-du-Roule, su culo aterrizó sobre el frío suelo y mi desinteresada caballerosidad hizo el resto.

La ayudé a incorporarse, le presté un pañuelo para que se limpiase las manos y las manchas del pantalón y con una sonrisa cómplice le propuse que repitiese el salto de nuevo en aras de perfeccionar la técnica de caída.

—Tienes que juntar más los pies, procurando salpicar lo menos posible, ¿te hago una demostración?

Su parte uruguaya me lo agradeció efusivamente, y a pesar de la prisa que yo tenía, nos dio para charlar primero en francés y después en castellano. Intercambiamos nuestras direcciones de correo electrónico, en un juego bastante inocente de seducción, y ambos continuamos por caminos separados. Ramiro, los dos becarios que nos acompañaban y yo logramos grabar a la esposa infiel disfrutando de lo lindo lejos de su marido y para celebrarlo cenamos pizza esa noche, haute cuisine en los barrios bajos.

Cuando la destinaron a Madrid por trabajo, se le ocurrió la magnífica idea de

escribir proponiéndome un café y un curso intensivo de madrileñismo en tardes sueltas. Acepté encantado, aunque no tomé café. Desde entonces, nos vemos esporádicamente y colaboramos en lo que se tercia dentro de nuestros respectivos negociados. Nunca nos hemos acostado, y esa tensión sexual no resuelta hace que los encuentros siempre se queden a medias y al mismo tiempo asegura, o casi, el siguiente.

—¿Marie? Soy Rafa Guerrero, ¿cómo estás?

—Hola, Rafael. Estoy liada ahora mismo, ¿te llamo en cinco minutos?

—Lo resolvemos en tres segundos. ¿Picoteo y vinos en La Mojigata a eso de las diez? Paso a recogerte si quieres.

—Jodidos horarios españoles, me vais a matar.

—De acuerdo, ¿a media noche mejor?

—Eso ya es otra cosa. Quedamos allí directamente, au revoir. Baiser. —Y colgó la Che Guevara de los rotativos.

El nombre del garito era más una sutil puntada sin hilo a la relación que nos unía que a sus costumbres sexuales, que, por otro lado, ignoraba. Tan locuaz para lo que le aturdió o exasperaba como discreta e inexpugnable en lo que se refería a su intimidad. Ni un puñetero titular me había dado entre homilía y homilía. La claridad informativa de su útero brillaba por su ausencia. En casa del plumilla, lápiz sin mina.

Fue relativamente puntual, si tomamos un margen de dos horas como probable horario de llegada. Cuando se sentó frente a mí, tuve que hacer el esfuerzo de tragar sólidos y líquidos por tercera vez para que no se sintiera sola con la manduca.

—Eres un cabeza cuadrada, Rafael. Te has equivocado de país y de nacionalidad.

—Si solo fuera de país y nacionalidad, querida.

—Hasta tu humor desentona con la idiosincrasia de este pueblo.

—Odio la puta Navidad; de ahí me vienen todos los males.

—Me vas a enamorar un día de estos y verás tú.

—Será sin querer, menudo soy yo para eso.

Unas cuantas raciones, indirectas, tapas, amenazas, tostas, ojitos, riojas y risas después, le pedí amablemente que me ordenase un dossier de prensa, completo y escueto a la vez, sobre la empresa matriz anglofrancesa que me había contratado para calmar las aguas sirias, pretextando que esta formaba parte de un expediente menor por un despido improcedente de un empleado español, sin

desvelarle el cometido real de mi misión ni que en breve estaría volando hacia un lugar en que secuestraban periodistas desarmados y arrancaban el corazón a los agentes infiltrados. Sin metáforas ni símiles, tal cual.

—Hecho. Pero con dos condiciones.

—A saber...

—Primera: no me mientas. Ocúltame lo que te salga de las narices, pero no me mientas. O redactaré tu necrológica borracha y resentida perdida.

—Aceptada; ¿la segunda?

—Llévame a bailar salsa.

—Te odio, Marie.

—Lo sé. Y me gusta, Rafael.

Con el cansancio acumulado, ese precio era demasiado alto para mí, máxime cuando podía encargarle la tarea a Ramiro o hacerla yo mismo, mal que bien, desde casa. Obviamente, el criterio de Marie sería más certero que el mío, tendría acceso a datos de primera mano y además se tomaría la molestia de traducirme lo más relevante de las fuentes francesas, lo que me ahorraría tiempo y aburrimiento. Era mi turno y contra oferté:

—La salsa ni de coña. Pero a cambio te voy a enseñar algo que jamás has visto antes.

—Más vale que no sea una machada a la española, Rafael.

—Los españoles ya solo estamos para mamarrachadas, Marie.

La llevé medio engañada a la terraza-pub del Hotel Urban en la Carrera de San Jerónimo número 34, desde la que se divisan los barrios de los Austrias y los Borbones. Lo más cerca de París que en alguna época estuvimos.

—¿Acaso me quieres impresionar?

—Me conformo con morir sin haber dado un solo paso de baile.

—«Un sí, un no, una línea recta, una meta». El Anticristo de Nietzsche.

—El Antirritmo de Rafael Guerrero.

A la tenue luz de las velas y con varios mojitos de más, Marie aprobó la transacción y ambos disfrutamos de las vistas y de nuestra mutua compañía. Por un instante, creí que era la ocasión propicia para romper esa inercia mojigata y reservar una habitación unos pisos más abajo. Desgraciadamente, Marie creyó que era la ocasión perfecta para romper su mutismo sentimental y confesarme que se había echado novio y que en su última visita al cuarto de baño le había avisado para que se reuniera con nosotros en aquel maravilloso entorno. Sincronizados, como uña y carne, la gabacha y yo. Agradecí, eso sí, que su

recién inaugurada confianza me librase de retratarme como un mamarracho a la española.

—Me hace mucha ilusión presentarte a Álvaro.

—Mucha más a mí conocerle —resurgí agarrándome a la ficción nuevamente.

—No es periodista, y eso ya dice mucho de él.

—Y de ti.

Álvaro resultó ser un tipo encantadoramente soso, algo pagado de sí mismo y demasiado orgulloso de su meteórica carrera como director en una agencia de publicidad, o sea, un creativo manipulador de necesidades y debilidades, exactamente el polo opuesto del ideal que Marie blandía como referente a imitar. Si con tus iguales no encajas, siempre te quedará la fábula.

Aguanté una copa por no hacer el feo ni pegar la espantada y me retiré del tablero de juego deseándoles una feliz némesis. Marie lo pilló al vuelo; Álvaro fingió que también.

—Te envió el dossier a tu correo, Rafael. Y muchas gracias por sacar a pasear a la mojegata.

—Ha sido un casto placer. Buenas noches, pareja.

Me fui paseando a casa con una duda en la cabeza, ¿me estaría perdiendo un ménage à trois antológico o ganando una noche de sueño reparador? Quién sabe. Nadie sabe nada, por eso sobreviven los periodistas.

Capítulo XII. Un microondas

Era sábado; Marie estaría bailando salsa en la cama con Álvaro; Raquel, barajando los naipes y repartiendo damas a los caballeros; Mara, calentando el cielo o haciendo recortables con su hija; Ramiro, chistes malos como de costumbre, y yo pegado a la pantalla del ordenador cerrando los preparativos del viaje. Todos ellos me aventajaban en diversión, pero ese agravio comparativo se invertiría el próximo martes cuando descendiese a los infiernos. Cualquiera cambiaría las tediosas rutinas del primer día de la semana por un desayuno con gas mostaza y ruido de morteros, ¿o no?

Con los requisitos oficiales cumplimentados, solo quedaban por finiquitar unos pocos miles de flecos. Compré a través de Internet un billete de ida y vuelta a Ammán, la capital jordana. Esa sería mi puerta de entrada a Oriente Medio tras descartar Líbano, Irak y Turquía por ser países tan vigilados como desmadrados por aquellos días. Sus fronteras con Siria estarían atestadas de policías, guerrilleros, espías, refugiados, militares, traficantes de armas y periodistas. Demasiada gente preguntando y sacando fotografías, reclutando y ajusticiando. Como en Marbella o Benidorm, sin salvar las distancias ni cambiar las palmeras de la tramoya.

Aterrizaría en Jordania con visado de turista, obtenido en el consulado madrileño de este reino y con la carta de presentación original en papel membretado que la ONG me facilitó y en la que constaban mi nombre completo, el número de pasaporte, el propósito, fechas, itinerario, sello, firma y hasta la bendición del fundador de la misma. Actualicé de paso los perfiles secundarios en redes sociales con esa misma información, para que el cooperante Guerrero lo fuera así en la tierra como en la nube.

Por si acaso no hacía uso del pasaje de retorno adquirido, también solicité la llamada e-visa para acceder a Turquía, un proceso electrónico en el que se rellena un formulario online y se recibe por correo electrónico la confirmación. Así inauguré mi nueva cuenta de mensajería altruista, con la bienvenida a la pasión turca.

Tirando de agenda y recomendaciones de compañeros extranjeros, contacté

con un agente jordano que me serviría de apoyo y guía durante mi corta estancia allí. Fue él quien me sugirió que no tramitase los permisos necesarios para pisar suelo sirio hasta que cruzase el paso fronterizo. De esa forma, si no llegábamos hasta este no tendrían que explicar por qué no habíamos llegado. De cajón. Un planteamiento sensato y práctico que le granjeó automáticamente mi confianza. Me advirtió de que llevara dólares, muchos dólares, y pocos euros. El billete verde continuaba siendo el mejor salvoconducto por aquellos reductos antiamericanos. La propaganda propone y la realidad se impone.

A media mañana, visité a mi estimado colega Joaquín para configurar el botón SOS en el teléfono móvil (ese especie de salvavidas de última instancia que una vez presionado te localiza vía satélite y avisa para que manden a la caballería o al sastre del funeral, depende) y pactamos que me comunicase cada doce horas para confirmar que vivía y coleaba, o al menos vivía.

Como jamás me despidió de mis familiares y amigos (por ellos, por mí, por seguridad de todos, por superstición, por cabezonería, porque sí), Joaquín o Ramiro serían quienes les diesen la noticia de mi fatal desenlace, con más o menos delicadeza, con más o menos gracia si lo pergeñaba el segundo, con pena o con indiferencia, como fuera, me la traía al paio; los muertos no se preocupan de su muerte, un raro privilegio aunque privilegio al fin.

Sin parar por casa, almorcé un bocadillo de calamares en un barucho y conduje mi propio coche en dirección a Granada en busca del consejo y la instrucción de mi buen amigo Mario, experto en regiones conflictivas (sobre todo árabes) y en gastronomía alpujarreña. Mis dos asignaturas favoritas.

Cuatro horas de camino y el puerto de Despeñaperros (qué sutil es la lengua castellana cuando se lo propone) me separaban de una opípara cena a base de jamón de Trevélez, pulpo de Motril y un caldo Aranzada Syrah de 2008. Syrah, Siria..., qué fino era Mario sin proponérselo.

—Me alegro de que te dejes caer por aquí, Rafa. Desde que me llamaste el otro día amenazando con pagar el condumio los precios han subido un 30 %.

—Cuando ronde los pozos de petróleo, espero batir esa marca.

—Practica con mi pensión de jubilación.

—¿Y si consigo el efecto contrario?

—Es imposible que mengüe más, no te preocupes. ¿Tienes hambre?

—Tengo gula, y ya se ha comido a los otros seis pecados capitales.

Mario fue uno de mis profesores en un máster universitario; terminado el curso, mantuvimos encuentros de carácter profesional y nuestro común deleite

por la buena mesa hizo que prescindieramos de excusas para zampar juntos cuando coincidíamos en Madrid o en provincias.

Militar ya retirado, frecuentó los servicios de inteligencia nacionales y de otros países aliados en el seno de la OTAN durante sus años en activo. A pesar de estar en la reserva, guarda una excelente y discreta relación con todos ellos y, aunque no lo reconozca, intuyo que en su ficha aparece un ambiguo epígrafe que le identifica como latente. Que se mudara a Granada sin tener vínculos personales ni familiares en esa ciudad él lo achacó al buen clima, a la proximidad del mar y de la montaña, y a que es más barata que la capital. Circunstancias muy similares a las que habría encontrado en Asturias, su patria chica, a excepción de las células yihadistas que extraoficialmente fiscalizaba. Detalle que negaba con socarronería: «Ni el más cruel terrorista fundamentalista soportaría la mala follá de los granaínos, polla. Pediría asilo en Guantánamo; fíjate lo que te digo».

Sentados a la mesa de una taberna con solera y masticando a dos carrillos, le puse en antecedentes sobre mi inminente destino. Por las características del mismo me recomendó encarecidamente contar con el soporte de una agente local, de nombre Ghada Yejas, colaboradora habitual de investigadores extranjeros. Se daba por hecho que trabajaba para todos y para nadie a la vez, pero era de fiar, controlaba diversas fuentes y se hacía respetar aun siendo una mujer, soltera y atea. «Algunos dicen que incluso un poco judía». Acepté ese capote por venir de quien venía y dejé que nuestro común mentor se ocupase de contactar con la tal Ghada y que entre los dos planificaran mi recibimiento.

—Hazte en Jordania con un teléfono desechable, lo habitual, y envíame un mensaje de texto con la palabra follá, nada más. Yo le daré el número a la judía para que te localice si lo estima oportuno antes de atravesar la frontera. Úsalo única y exclusivamente en territorio hostil y no lo declares. Si hace falta, lo escondes ahí, o donde te quepa.

—¿Con ese mensaje opto a premio?

—Sí, que no te follen los soldaditos sirios. O un microondas, allá tú.

Apañada la logística, el grueso de la velada Mario se dedicó a explicarme lo que me encontraría en aquel remanso de odio, el quién era quién del Gobierno de Al-Asad y de los líderes insurgentes, qué hilos movían cada uno de ellos, qué zonas intermedias existían para el intercambio de información de los factores dobles, qué errores no debía cometer, cómo pasar lo más desapercibido posible y a quién recurrir en caso de extrema urgencia si Ghada fallaba o era detenida o

sencillamente me vendía a uno de los dos bandos o a ambos.

—Si eso ocurriese, no te lo tomes como algo personal, Rafa, es el milenarismo semítico de negociar y regatear.

—Con el microondas mi valor ascendería a tres cabras, una gallina y medio iPhone.

—Aproximadamente.

Mario se había molestado en fotocopiar una serie de artículos que consideraba de interesante lectura. Tumbado sobre la cama de su dormitorio de invitados, empecé por el de Kyle Almond, sin consultar la catadura moral del autor con Marie, y subrayé lo siguiente:

[...] La Primavera Árabe en 2011 había barrido regímenes bien asentados en países como Egipto o Libia. A Al Asad parecían quedarle en el poder semanas. Pero, contra muchos pronósticos, el presidente sirio no solo ha resistido el embiste rebelde, sino que en los últimos meses ha ganado terreno, evitando incluso un ataque norteamericano que parecía inevitable.

En marzo de ese año, la violencia se desató en Daraa, después de que un grupo de niños y adolescentes fuese arrestado por pintar un grafiti con reclamaciones políticas. Docenas de personas murieron cuando las fuerzas de seguridad se enfrentaron a los manifestantes. Al Asad prometió cambios y levantó el estado de emergencia. Sin embargo, solo cuatro días más tarde el régimen sirio envió miles de soldados a Daraa para emprender una campaña de represión.

Desde entonces, la violencia ha empeorado y se ha esparcido por todo el país; se ha convertido en una guerra civil total entre dicho régimen y la resistencia armada.

Bachar Al Asad es presidente desde que su padre, Hafez, murió en 2000. Cuando Bachar (un joven con educación occidental, estudió Oftalmología en Londres) asumió la jefatura de Estado, a los treinta y cuatro años, las naciones occidentales esperaban que fuera más moderado que su taimado progenitor, aliado tenaz de los soviéticos y de sí mismo. La familia Al Asad es alauí, de la rama chiita, una minoría en un país en el que casi las tres cuartas partes de la población es sunita. Bachar designó a sus familiares cercanos en puestos clave del Gobierno y muchos de sus simpatizantes son alauíes o pertenecen a otras minorías que temen la venganza de los sunitas si estos llegasen al poder.

La oposición ha crecido, está mejor organizada y mejor armada desde que se inició el levantamiento. Muchos de los combatientes son exsoldados que

desertaron de las fuerzas armadas, pero también hay civiles que han tomado las armas contra Al Asad. El Ejército Libre de Siria, el principal grupo de oposición, surgió en julio de 2011 y se atribuyó un ataque contra una base de inteligencia aérea. No es la única milicia que se opone a Al Asad y existen dudas sobre el grado de unidad dentro de la oposición.

Los rebeldes han demostrado que pueden atacar eficazmente al régimen, pero no han podido conservar el control de las grandes ciudades por mucho tiempo y con frecuencia se retiran bajo la presión de un ejército sirio mejor preparado y con capacidad de bombardearlos desde el aire.

Sin el consenso internacional, la mayoría de los países ha dudado en intervenir militarmente. Se cree que Arabia Saudita y Qatar, dos países bajo el mando de los sunitas, están enviando armas a la oposición. Sin embargo, Estados Unidos solo está proporcionando asistencia no letal y humanitaria. Irán apoya a al Asad y al régimen sirio, a la vez que a Hezbolá, un aliado chiita en Líbano.

Siria sufre una crisis humanitaria: su gente está muriendo a mansalva, pasa hambre y necesita ayuda exterior. El número de refugiados en países vecinos se cuenta por millones. Muchos analistas sostienen que el conflicto es una guerra entre Irán y sus rivales árabes sunitas en la región, entre Irán y Estados Unidos e incluso entre Estados Unidos y Rusia.

Siempre que se habla de inestabilidad en Oriente Medio, surge la preocupación de que Al Qaeda y otros grupos paramilitantes de línea dura llenen los posibles vacíos de poder o suplan a los Estados fallidos. Y habría que tomar en consideración también el problema árabe-israelí [...].

Y que el ser humano siga conservando las categorías de humano y de ser. Qué a gusto se quedará este planeta cuando nuestra especie se extermine y las bacterias lo pueblen sin más ambición que alimentarse y reproducirse, sin dioses ni banderas, sin hablar ni escuchar.

—Como dijo Henry Kissinger: «Los árabes no pueden hacer la guerra sin Egipto y no pueden lograr la paz sin Siria» —resumió Mario la jodienda durante el temprano desayuno con el que me agasajó.

—Era judío, Kissinger, como Ghada.

—Pero mucho más feo, has tenido suerte. El viejo Henry te traicionaría sin catarte antes.

—¿Entonces Ghada incluye final feliz?

—Rafa, vas a una guerra civil internacionalizada sin pautas ni compasión, nada de mariconas occidentales y convenciones de Ginebra, encima con un carné

de buen samaritano; por tanto, serás sospechoso de todo y para todos. Es una putada, pero también puede ser una ventaja; maneja bien esa baza. —Ojalá las cartas de Mario fueran tan buenas como las que solía repartirme Raquel.

—Se te ha pegado la mala follá, compañero.

—Qué va, querido, ya la tenía desde crío. Cuídate, corre en zigzag, como si bailases salsa y un vals a la vez y vuelve, hostias, vuelve.

—Me encanta bailar. Gracias por todo, jubileta. Volveré para fundirme tu pensión con un par de cañas y un pincho moruno. —Lo del aperitivo iba con segundas y terceras.

Nos abrazamos sin dramatismos y tomé la autopista con el sol anunciándose tímidamente por Oriente para no pillar el atasco dominguero en las inmediaciones de Madrid. Obviamente, me había precipitado aceptando el encargo, infravalorando los riesgos laterales, colaterales y globales que correría. Estaba a tiempo de renunciar, de perder un buen cliente y una mejor remuneración.

No lo hice por una sencilla razón: el premio del microondas. El de la oficina llevaba estropeado meses.

Capítulo XIII. Entonces

Sin que sirviese de precedente, una frase hecha tan categórica como estéril, cualquier acto antecede al siguiente y deja huella en este, lo condiciona en un sentido u otro y absolutamente nada garantiza que vayamos a mantenernos firmes en ese propósito de no repetir, de no volver a caer, de no someternos nuevamente a la excepcionalidad en una ocasión similar, calcada, distinta, o irrepitable, inexistente; somos una jodida excepción, cual productos del azar y los parámetros fijos no existen más que nuestro paradigma de comportamiento, «yo jamás haría...», «nunca iré a...», «por encima de mi cadáver», «antes muerto que...», ya, ya, ya... Arrogarse esas sentencias tajantes equivale a afirmar que seguimos pensando como lo hacíamos veinte o cuarenta años atrás, que la vida no nos ha moldeado ni cambiado, que los principios permanecen intactos, incorruptibles, insobornables a pesar de las tentaciones y de los reveses, es decir, que apenas hemos evolucionado desde que nos meábamos en la cama, patético logro existencial.

Pero sin que sirviera de precedente, permití a Ramiro que me llevase al aeropuerto de Madrid-Barajas a primera hora del lunes, con la excusa (imprescindible para justificar la excepcionalidad, una mentira tapa una falacia) de despachar los asuntos pendientes y repasar las medidas de seguridad que supuestamente yo debía memorizar.

—No seas pesado, Ramiro, no te voy a llamar cada doce horas para que localicen el número y te jodan a ti aquí y a mí allí. Ya he quedado con Mario y Joaquín en que me comunicaría siguiendo sus protocolos y si estalla la tercera guerra mundial o la cuarta o la quinta aprieto el botón SOS y pido una cerveza. Deja ya de insistir y lárgate a la oficina o adonde te dé la gana.

—Da gusto trabajar en equipo contigo, Rafa.

—De acuerdo, hagamos una cosa. Cuando necesite dinero para pagar mi defensa o que alguien me rescate de una cárcel siria, serás el primero en apoquinar, ¿contento?

—Te enviaré los cheques-restaurante para cubrir los gastos, no hay problema.

—Perfecto, ya somos un equipo. Adiós.

Aunque lo ocultásemos y lo negásemos con esas torpes maniobras de distracción plagadas de sobreentendidos tácitos, estábamos preocupados y temerosos. Más yo, por supuesto; de ahí que no quisiera contagiar a Ramiro incurriendo en la trampa de recrearnos en lo obvio: el tinglado en que iba a meterme no era moco de pavo. Convivir con el riesgo inherente a la profesión va con la licencia, vacilar al lobo y hacerle cosquillitas desde la boca hasta el intestino delgado rozaba la estupidez y rebasaba la osadía. Lo que demandaba en ese instante era lo que siempre me había ofrecido Ramiro: humor; un humor cuestionable, pero infinitamente más reconfortante que una escenita de lealtad y compromiso. Esos valores van con la amistad, cuentas con ellos, no los recuentas para comprobar su saldo deudor o acreedor.

—Estás montando este numerito porque quieres heredar la agencia, bandido.

—Solo aspiro a tu agenda de teléfonos femeninos, Rafa.

—No las odio tanto como para eso. Y tampoco a ti.

—Las pillaré en tu funeral, compungidas y vulnerables.

—No más que tú, llorón.

Mi colega, e interesado amigo, me acompañó hasta el control policial y allí, por fin, nos separamos. Él pretendió abrazarme sentidamente y yo conseguí zafarme sin ofenderle demasiado, lo justo y necesario para que aceptase mi mano tendida. Correspondió con la suya y apretamos fuerte, más que de costumbre. Cuando estuvo a la distancia suficiente, le di las gracias, sinceramente, seguro de que no podría escucharme. Por si acaso, no me giré para comprobarlo.

El vuelo directo de Air Jordanian Madrid-Ammán tenía una duración estimada de cinco horas y media, tiempo que dediqué a terminar de leer la documentación sobre el conflicto sirio que había recopilado Mario en artículos e informes procedentes de diversas fuentes involucradas en el mismo. Datos y más datos referidos a la cantidad de muertos, de exiliados, reivindicaciones de las partes implicadas, sabotajes, cruentas batallas, venganzas, armas químicas prohibidas, arsenales robados, luchas por controlar los puntos estratégicos y la propaganda mediática, negociaciones secretas y públicas bajo el auspicio de potencias internacionales aquejadas de impotencia diplomática, países vecinos desbordados, traficantes forrados, equilibrios políticos imposibles, causas, efectos, orígenes, metralla, morralla y más metralla. Si el asiento de primera clase que ocupaba hubiera incluido el botón de eyectar, lo habría pulsado sin miramientos. Calculé a ojo que el avión estaría sobrevolando la isla de Sicilia.

Cerré la carpeta del Apocalipsis, la guardé y encendí el ordenador portátil. Marie me había enviado el dossier AFPE (siglas inventadas que no se corresponden con las reales de la multinacional que me contrataba) con un escueto y ambiguo mensaje: Te esperamos, en plural. Quizá su reciente novio Alvarito no fuese tan petardo como se empeñaba en aparentar. O a ella se le había pegado la ñoñería de este y hablaba por los dos como si formaran un único ente: «Ayer salimos a pasear y tomamos un helado juntos». Precioso.

AFPE es una compañía energética transnacional, dirigida principalmente a la extracción, elaboración y distribución de petróleo, gas natural, hidroelectricidad y renovables (solar, eólica, etc.) con sedes centrales en Londres y París. De las mayores por capitalización bursátil y volumen de facturación, ocupa el cuarto puesto mundial según la revista Forbes y el tercero si se excluyen los monopolios estatales.

Su nacimiento se remonta a 1907 en Irán, donde descubrió pozos de crudo y emprendió la construcción de un complejo y una refinería que en los años veinte del siglo pasado se convertirían en líderes globales. Hoy el grupo es el resultado de la fusión de varias compañías del sector y emplea a unas cien mil personas repartidas por los cinco continentes.

En España, patrocina los premios Rey Ambrosio III a la Investigación Básica, un equipo de baloncesto y una escuela privada de ingeniería. Bajo cuerda, financia un lobby que presiona legalmente al Gobierno y a la Unión Europea para salir bien parada de las constantes modificaciones normativas a las que están sometidos los sectores en que desempeña su actividad.

Un consorcio liderado por AFPE, que incluye a China Power Co., ganó la única subasta que se celebró en Irak durante el año 2009. Dicho conglomerado obtuvo el derecho de explotar el gigantesco campo de Rumalia en el sureste de aquel país.

También está presente en Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos, Catar, Indonesia, Argelia, México, Brasil, Argentina..., y Siria. Nota: Allí controla holgadamente el pastel de la energía hidroeléctrica con el apoyo de los rusos, y dicen las buenas malas lenguas, que también al Consejo de Ministros del Gobierno de Al-Asad. Si les cortan el suministro, sus señorías se quedan a dos velas en sus mansiones y sin televisión por cable. Los canales locales no emiten películas porno por decencia y respeto a la religión islámica (yo no le había contado a Marie que mi investigación se centraría en dicho Estado; era pues una estricta casualidad o una estricta causalidad que ella remarcase especialmente

ese detalle; posiblemente, le llamó la atención al estar de actualidad las noticias que llegaban desde Damasco, o por otro motivo que yo desconocía y me inquietaba bastante desconocer).

[...]

En las últimas cuatro décadas, AFPE se ha visto involucrada en varios escándalos internacionales (te destaco solo los más sonados):

- AFPE participó activamente en la Guerra del Chaco por sus intereses petrolíferos en el llamado Chaco boliviano.

- En Brasil produce y vende etanol como biocombustible. Compra caña de azúcar cultivada en territorio guaraní a los terratenientes que —presuntamente— coaccionan y amenazan de muerte a líderes civiles y políticos regionales que se oponen.

- Tras una larga batalla legal, en 2009 la compañía alcanzó un acuerdo económico para poner fin a la reclamación de responsabilidades por complicidad con la dictadura militar nigeriana en la represión del pueblo Ogoni, aceptando satisfacer diez millones de dólares, y evitando un comprometedor juicio que habría afectado gravemente a su reputación.

[...]

Nota: Rafa, si quieres rasco por otros sitios, o lo enfoco desde un punto de vista más económico, o filantrópico, o científico. Al no concretarme tus preferencias, lo he compuesto al tuntún, ojalá te sea útil para «que no despidan a ese inocente trabajador». Besos. Marie.

Me fue útil para confirmar lo que imaginaba, el trigo nunca es limpio cuando se mezcla con recursos fósiles. Y raro sería que bajo las alfombras persas no hubiera fiambres. No es que justificara este tipo de actuaciones, es que no me pagaban por justificarlas. Mi deber contractual era constatar si se estaba produciendo o no un delito sin cometer yo ningún otro. Punto. Cinturón de seguridad abrochado y descenso suave. Descubrir que la humanidad, sea rica o pobre o mediopensionista, está enfangada hasta las orejas y desacreditada ante sus semejantes y ante el resto de especies no requiere de sobresalientes habilidades deductivas. Se rechaza o se asume. Y entre medias se sobrevive. ¿Cinismo? Afortunados los que aún podemos recurrir al cinismo sin que nos bombardeen.

En el aeropuerto internacional Queen Alia de Ammán, fui recibido por el agente jordano Kaled Refai, el expolicía y detective privado con el que había contactado desde Madrid; él sería mi guía-traductor y me escoltaría por carretera

hasta la frontera siria.

—Bienvenido, mister Guerrero. Salam Aleikum. ¿Es su primera visita a Jordania? —La introducción típica pronunciada con un fuerte acento árabe en un inglés notable para aquella latitud.

—Aleikum Salam. Gracias, mister Refai. Es mi segunda vez. De la anterior hace muchos años. Veo que los hijab de las mujeres se han modernizado.

—Los de los hombres también, aunque no los luzcan fuera de casa. Llámeme Kaled, por favor. —Su agilidad mental y socarronería presagiaban más frases memorables.

—Llámeme Rafael, entonces.

—¿Ha tenido un buen vuelo, Rafael Entonces? —Presagiado y hecho.

—Monótono y sin escalas.

—Eso es lo mejor que le puede pasar cuando embarca con Air Jordanian. —Definitivamente, era un tipo avisado y ocurrente. El homólogo jordano de Ramiro cumplía los requisitos cómicos sobradamente. Incluso los mejoraba.

Kaled me acercó en su coche al Kempinski Hotel en la calle Abdul Hamid Shouman, aguardó pacientemente en el vestíbulo a que me registrase, subiese a la habitación que había reservado para la noche de mi llegada, introdujese el equipo audiovisual y otros enseres personales en la caja fuerte, me pegase una ducha rápida, cambiase de vestuario y bajase a su encuentro.

—Kaled, me gustaría comprar un teléfono móvil desechable lo antes posible; ¿conoce algún sitio en el que no pidan el pasaporte?

—Si se lo compro yo, en ningún sitio me lo pedirán. Elija bazar, modelo y precio, con mucho gusto haré esa gestión. —Darme la opción de elegir disipaba la suspicacia de que la tienda, el dispositivo y la tarjeta SIM estuvieran intervenidas. Kaled resolvía con una destreza envidiable las cuestiones más engorrosas.

Adquirió un Nokia casi analógico y sin conexión a Internet en un locutorio del barrio de el-Balad por unos diez euros al cambio y lo estrené mandando el SMS con la palabra follá a Mario sin ocultar el número. Medio microondas ya era mío. Misión prácticamente superada. Prácticamente.

—Apuesto, estimado Kaled, a que la cocina jordana mejora con mucho a la que su aerolínea de bandera dispensa a los pasajeros para inducirlos al ayuno, coincida este con el Ramadán o no. Sería un placer invitarle a cenar si no tiene otros compromisos.

—Señala The New York Times, a propósito de la gastronomía de Ammán,

que aquí se pueden encontrar «vívidas verduras del Líbano, crujientes falafeles de Siria, jugosos kebabs de Egipto, y platos de carne picante del vecino Irak. Cocina del Levante».

—¿Y fuera de la carta de ese periodicucho yanqui?

—Le propongo compartir un mansaf (carne de cordero guisado con salsa de yogur servida en un soporte de arroz junto con un pan árabe recién horneado) y de postre le sugiero que pruebe la konafa, un delicioso pastel de queso y confituras. Para beber, ya sabe, nada como el té aromatizado con cardamomo.

—Me ha leído el apetito. Le ruego que esta vez elija usted el local. —No era condescendencia ni compensación por la hipotética desconfianza en el asunto del teléfono móvil, era hambre y pragmatismo.

—Le prometo que no iremos al restaurante de mi primo ni de mi cuñado ni de mi hermano ni de mi hijo. —Kaled se reía de los estereotipos y de sí mismo con una elegancia envidiable.

—¿No estará estrechando el círculo demasiado? Eliminando esos, solo se salvan el Palacio Real y la embajada de Reino Unido.

—En ambos tengo familiares, me temo.

Con esas restrictivas premisas, nos dirigimos al restaurante Fakhr El-Din, en el número 40 de la calle Taha Hussein, un local amplio, limpio, horterera por demasiado recargado, con los camareros uniformados al estilo occidental y la música que cabe escuchar en Oriente Medio. El maître nos ubicó en una mesa exageradamente grande con espacio para ocho o más comensales y Kaled le recitó en árabe la comanda decidida de antemano.

Observé que en las mesas contiguas había mujeres con la cara descubierta, vestidas no muy pudorosamente con un corte moderno y globalizado, hablando entre ellas animadamente, sin plato alguno de comida delante. Cuando nos sirvieron los alimentos y las bebidas, dos de ellas se levantaron y se unieron a nosotros sin consultarnos. Con un desparpajo desmedido, picaron cuanto les apeteció, rieron en varios idiomas y desplegaron su catálogo sexual sin tantos tecnicismos como Mara, pero con el mismo propósito. Que el alcohol estuviera vetado no significaba que para la prostitución imperase el mismo rasero.

—La hospitalidad jordana, Rafael. ¿Entonces, está todo a su gusto?

Así fue como me adentré en los hechizos nocturnos y mundanos de aquella ciudad, tan parecidos y pecaminosos a los de cualquier otra urbe caótica y bipolar. Lástima que no recuerde lo que pasó después. O entonces. Jodido cardamomo.

Capítulo XIV. Kaled es grande

De las numerosas civilizaciones que han poblado Ammán, el primer registro de una de ellas se remonta al periodo neolítico, 6500 años antes de la era cristiana. Los hallazgos arqueológicos de Ain Gazal, al este de la ciudad, dan fe de que aquellos pioneros además de darle a la lanza y al folleteo reproductivo, destacaban por sus veleidades artísticas, bastante avanzadas para la época. Mientras sus vecinos dibujaban monigotes amorfos en los techos de las cuevas, ellos ya experimentaban con el impresionismo cavernícola. Como en el parisino barrio de Montmartre milenios después, ataviados con los mismos taparrabos aunque sin las bohemias gorras de estilo francés.

En el siglo III antes de Cristo, ese asentamiento fue bautizado como Rabbath ‘Ammôn por los amonitas. A estos les sucedieron los asirios, seguidos de los persas y más tarde de los griegos, que lo renombraron como Filadelfia. Doscientos años después, cayó bajo control romano y fue agrupado dentro de la Decápolis, una especie de mancomunidad oriental formada por diez localidades de cultura grecorromana.

En el año 324 de nuestro calendario, el cristianismo fue impuesto como religión oficial del imperio y Filadelfia se convirtió en sede episcopal. Cambió el dios al que adoraban, pero no el vaivén político de sus dirigentes. Su denominación actual procede del periodo gasánida, dominado por un régimen monárquico de ascendencia árabe-cristiana y aliado de Bizancio. Tras la expansión musulmana —otra nueva deidad para la colección—, Ammán floreció al auspicio de los gobiernos de omeyas y abasíes. Esa promiscuidad divina les debió condenar a sufrir terremotos y desastres varios sin solución de continuidad, que sumieron a la región en el olvido y la irrelevancia.

En 1921, el rey Abdullah I de Jordania la designó como sede de su nuevo Gobierno y más tarde como capital del reino. Ammán siguió siendo una villa relativamente pequeña hasta 1948. Desde entonces, y coincidiendo con la creación del colindante Estado de Israel, su población fue aumentando de manera sostenida, en gran parte por el flujo de refugiados palestinos, y las áreas residenciales se expandieron hacia las colinas circundantes. De las siete sobre las

que originalmente se extendía su área de influencia ha pasado a cubrir diecinueve. Tienen esa cordillera como nosotros la costa valenciana, atiborrada de pisitos, tendederos en las azoteas y vehículos aparcados en doble fila. Si no se atenúa la llegada masiva de sirios, que desde 2011 huyen de la guerra con lo puesto, es previsible que hasta los riscos se rifen o compartan por turnos.

Ammán es en la actualidad una aspirante a metrópoli cosmopolita en la que conviven, mal que bien, musulmanes en su gran mayoría, el 80 %, cristianos ortodoxos, coptos, y otras etnias minoritarias. A apenas cuarenta y cinco minutos por carretera, se encuentra el lugar donde presuntamente Jesús fue bautizado con el agua del río Jordán.

En su arquitectura se aprecia esa mezcla de tendencias y desórdenes, con edificios contemporáneos de acero, hormigón y cristal, urbanizaciones suburbanas a la europea y el tradicional zoco en el centro. Un despropósito urbanístico en toda regla, tan característico de las áreas en vías de desarrollo que aún no se han desprendido del pasado ni abrazado enteramente el futuro, signifique lo que signifique eso del futuro.

Entre el patrimonio que todavía se conserva, destacan la ciudadela, la antigua acrópolis griega y el teatro romano. Además, se puede acceder a la mezquita del rey Abdullah, coronada por una impresionante cúpula azul, como el azul del cielo que oculta. Muy coherente.

Así que, de los más de dos millones de habitantes creyentes que residen en Ammán, fui a enredarme con los únicos tres súbditos que se pasaban por el forro la herencia ecuménica de la capital del Reino Hachemita de Jordania. No es que tuviera queja alguna del trato recibido, ya quisiera yo que fuera idéntico en cada ciudad de paso y más teniendo en cuenta que aquella escala era la antesala de una estancia en la República del Horror. De los muchos atractivos turísticos y religiosos que los folletos prometían solo alcancé a disfrutar de un par; me refiero a la cálida y famosa acogida árabe y a su sabrosa comida, por supuesto.

De madrugada, con pocos minutos de descanso, y aún menos de sueño, Kaled y yo marchamos en dirección a la frontera de Ramtha-Daraa en el norte de Jordania y el en sur de Siria, así de relativos son los puntos cardinales y de ridículas las líneas que delimitan la misma tierra, el mismo aire, el mismo cielo y las mismas miserias.

Nos pusimos en camino al volante de un destartado y anacrónico coche alquilado por Kaled con el dinero en metálico que le anticipé. Las dos horas que teníamos por delante eran mi última oportunidad de apelar a la sensatez, de

renunciar a la misión, vender mis escasas propiedades en Madrid, comprar una granja en los alrededores de Suwaqa Al Gharbiya, convencer a Raquel para fundar una familia jordana y dejarme crecer la barba. Cuántas gilipolleces se pueden llegar a elucubrar para solapar las sensaciones que nos asustan. Porque lo que francamente me alarmaba no era el peligro ni el riesgo latente al otro lado de todos los lados civilizados, sino que esos condicionantes me atrajesen tanto. Me asustaba de mí mismo.

—¿Este es modelo que utilizó Lawrence de Arabia, supongo?

—Para no llamar demasiado la atención —justificó Kaled su elección del armatoste.

—Joder, nos van a parar para que les firmemos autógrafos, pensarán que venimos del siglo XIX.

—Si quiere lo cambiamos por un tanque de guerra egipcio de 1948; había uno disponible.

—¿Tienes carné para conducir un trasto así, Kaled?

—No, pero sé disparar el cañón y en casa guardo munición.

—Queda pendiente, prométemelo.

—Alá proveerá, querido amigo.

—Ojalá sea de aire acondicionado.

Nos cercioramos de que no estábamos siendo vigilados y de que nadie nos seguía, comprobando que no había ningún dispositivo GPS en los bajos del coche y dando varias vueltas sin sentido ni orientación antes de salir del núcleo urbano. Desde una estación de servicio a las afueras con un precario cibercafé en su estructura cubierta (en realidad, un único ordenador roñoso conectado a un módem con más de quince años de vida útil y otros quince de agonía prolongada) envié un par de correos electrónicos a la oficina madrileña de la ONG con asuntos laborales inventados, simplemente como «prueba de vida» y coartada; que fueran interceptados y leídos por los servicios de inteligencia o los servicios de estupidez sería el mejor de sus propósitos. También escribí a Ramiro, se lo merecía el hombre por sus desvelos, incluyendo en el mensaje lo que tanto deseaba: el número de una mujer y la recomendación de que la llamase de mi parte. No le expliqué que se trataba de una vidente que adivinaba el futuro por teléfono al módico precio de dos euros el minuto. Ya se percataría él solito.

Rematé la ronda de comunicados confirmando a Joaquín y a Mario desde el móvil desechable que permanecía entero y con las constantes vitales estables, excepto por los jodidos triglicéridos. Cuando me entregase el microondas,

comenzaría un tratamiento sano y proporcionado.

Con el depósito de gasolina lleno y aprovisionada la despensa del asiento trasero con litros de agua, té helado y comistrajos de plástico seguramente caducados antes de escribirse la Biblia y el Corán, reanudamos nuestra cruzada bordeando cordilleras montañosas, alternando monte bajo, arena del desierto, algún que otro puerto de tercera categoría, camellos en los arcones, cabras en la mediana, puestos itinerantes con refrigerios y frutos secos, mochileros haciendo autostop, controles de policía a la caza del terrorista perdido y de la multa con soborno opcional, ruinas añejas junto a ruinas recientes, jaimas de beduinos abandonadas o convertidas en almacenes de cacharros inservibles, pueblos con más antenas de televisión que personas, campos arados en los que cultivaban piedras, y paisajes yermos salpicados de los reconocibles oasis con palmera y duna, decorados prefabricados para la fotografía de rigor que demostraban los promocionados contrastes de un país eminentemente marrón.

A través de la sucia ventanilla del copiloto, acerté a leer que entrábamos y salíamos de Al Zarqa, de Al Thughra, de Al Mafraq, mientras Kaled le daba a la lengua con lo primero que se le venía a la cabeza, para mantenerse despierto y entretenerme más que por interés profesional como guía.

—... Mis ancestros eran originarios de Wadi Rum, o «Valle de la Luna», que abarca una inmensa extensión de arenisca y extraordinarias formaciones geológicas a lo largo de ciento veinticinco kilómetros en el desierto del suroeste. Sus murallas de piedra se conocen como yebels y alcanzan hasta los ochocientos metros de altitud. La erosión y la acción del viento durante más de cincuenta millones de años han configurado una de las hondonadas más bellas de Oriente Medio, teñida por el tono rojizo de las rocas y el gris de las cuevas abiertas...

—¿En esas cuevas hay wifi, Kaled?

—Claro, claro. Y cobertura lunar, como su propio nombre indica.

—Es que estoy buscando un rinconcito apartado y tranquilo para los fines de semana. Pero continúa, por favor, ya hablaremos del alquiler y las condiciones luego. —Su temple era a prueba de provocaciones; ignorando las mías se cachondeaba doblemente de mí.

—... La mayoría de las etnias que habitan en el Wadi Rum se han adaptado a los nuevos tiempos y colaboran en las chorradas que se organizan para los turistas ávidos por descubrir la génesis de algo que dejó de existir hace mucho, si es que alguna vez existió. Los occidentales sois más crédulos que prepotentes.

—Se dice imbéciles, y estoy de acuerdo contigo.

—Los turoperadores locales los montan en dromedarios que los arrastran caminando por sendas pedregosas y ellos tan felices, disfrutando de la esencia y de la naturaleza, con las ingles irritadas, ampollas en los pies, polvo en los pulmones y diarreas crónicas.

—Por eso, cuando retornamos a nuestros impuros hogares, nos vengamos dominando el mundo.

—Alá es grande, Rafael.

El relato acerca de Wadi Rum terminó con un apunte literario: a la montaña más representativa de aquel lugar la habían llamado «Los siete pilares de la sabiduría» en honor al libro de Thomas Edward Lawrence, el famoso y cinematográfico oficial del Ejército británico que la usó como base de operaciones durante la Rebelión Árabe de 1917.

—... La Unesco lo declaró Patrimonio de la Humanidad en 2011 y desde entonces...

Citada la Unesco, no pude evitar rendirme al cansancio y dormitar a bandazos, con la cabeza bailando al son de los baches y chocando contra el cristal lateral. Me costaba cada vez más prestar atención y traducir del inglés al castellano los soporíferos detalles que Kaled hilaba y adornaba con sus comentarios y chascarrillos. La farra nocturna hacía mella y el cuerpo pedía una tregua, máxime con el veto a la nicotina. En el tanque, me habría asomado a la escotilla para humear.

Al conductor cronista mi desconexión temporal no le incomodó y me suplió interpellando en árabe al locutor de la emisora de radio que escuchaba, tan pronto gritaba enfurecido como soltaba estruendosas carcajadas que taladraban mis oídos y hacían imposible que mi sesteo prosperase. En total, debí amodorrarme unos diez minutos, y tras el enésimo susto, me despabilé por completo y le propuse que parase para vaciar la vejiga, tomar un té y echarme un cigarrillo al aire libre, sin voces ni ironías ni leyendas. Presentía que, en breve, el silencio sería un precioso y escaso recurso.

En el último tramo del recorrido, Kaled me preguntó por España, tenía curiosidad por saber cuál era la situación política y económica de su Al-Ándalus. Y cómo no, por el fútbol, por el Madrid, el Barça y la Roja. Le sintetiqué el panorama patrio:

—Lo más importante es enterarse de qué comen Cristiano Ronaldo y Leo Messi. El resto, pues, manifestaciones en las calles de gente cabreada por los impuestos, el paro, los sueldos, las privatizaciones, la corrupción y la mitad de

los políticos en los juzgados o en la cárcel.

—En Amán tenemos varios clubes de fútbol que han ganado el campeonato de la primera división: el Al Faisaly es el más laureado del país, luego están el Al Wihdat y el Al Jazira Ammán. Hay más, pero son igual de malos que los primeros que te he dicho. A nuestros jugadores les tiras un melón al campo y no apreciarían la diferencia con un balón de reglamento.

—¿Y en qué deportes destacáis?

—En el de criticar. Campeones del universo las últimas mil quinientas ediciones.

—Nos veremos en la final de la próxima.

—Haréis trampas, jugaréis sucio, tiraréis de influencias, pero os ganaremos igualmente.

—Mira, Kaled, no es por criticar gratuitamente, pero me temo que...

—... Que hemos llegado. Ahí está su destino, Rafael.

Cansados, polvorientos y compitiendo absurdamente nos plantamos frente al paso fronterizo. Sin percances ni invitados sorpresa. Noté que se me tensaban todos los músculos y que un interruptor interior apagaba el estado de broma y activaba el de alerta. Tres metros más allá de donde estábamos jugaban al fútbol en campos de minas. Sin árbitro ni reglas.

Pagué sus honorarios a Kaled, nos despedimos con los tres besos de rigor según la tradición árabe (¡si me hubiera visto Ramiro después de negarle a él un abrazo!), saqué el equipaje del maletero y al cerrarlo oí que me revelaba algo muy serio y en un perfecto castellano:

—Yo siempre apoyé al Atleti; los jordanos nos identificamos con los pupas.

—Algún día iremos al Calderón, tú, yo y el cuñado, primo o hermano que te haya prestado este cacharro. Olvidaste quitar la foto familiar de la parte posterior del parasol.

—Alá es grande, Rafael.

—Tú mucho más, Kaled.

Estaba a punto de entrar por el culo de Siria.

Capítulo XV. O todo. O nada

Yejas, Ghada Yejas, no lucía joroba y sí una esbelta figura de 1,70 metros de estatura y unos sesenta kilos de fibrosos músculos muy bien proporcionados, con cada cosa en su sitio, sin echar de menos ni de más. Con el pelo corto y ataviada con ropas oscuras de estilo masculino y casi paramilitar, su aspecto de tipa dura y de tipa cañón me impresionó gratamente.

Tremendamente atractiva y marcadamente distante, con un aura de mujer eficaz y rigurosa en cada gesto y en cada pliegue de su estirada y bronceada piel, orgullosa de su temple y de las escasísimas canas no teñidas que peinaba. De edad incierta como toda ella, consciente de su atractivo físico y del influjo que este ejercía cuando se le asociaba a su profesión, ¿a cuál?, ¿espía, detective, asesina a sueldo, mercenaria, agente doble, agente triple, patriota, apátrida, soldado, agente de inteligencia, guía turística, chófer de alquiler, infiltrada, rebelde, ingeniera de caminos, guerrillera a tiempo parcial, diplomática?, ¿en qué epígrafe del régimen de autónomos se daría de alta para cotizar por sus ingresos?, ¿cómo justificaría sus gastos, a quién facturaría, en concepto de qué?... ¿Y qué coño me importaban a mí esos detalles mientras me mantuviera a salvo y me ayudase a cumplir con mi objetivo?

Al otro lado de la línea divisoria, Ghada tomó el relevo de Kaled el Grande, y lo primero que le dije cuando nos presentamos fue que se parecía a Mara, la prostituta venezolana de Augusta. No con estas mismas palabras, omití el oficio de la angelita hot_hot, por supuesto, y me guardé de hacer referencias a la belleza de una y otra. Un simple comentario para romper el hielo que, sin embargo, lo endureció aún más si cabe. No iba a ser fácil encontrar un nexo de complicidad a juzgar por nuestra recién estrenada conversación.

—Todos nos parecemos a alguien hasta que ese alguien se muere. —Así encajó mi comentario fisionómico. La seguridad con la que daba por hecho su mayor longevidad, teniendo en cuenta el entorno en que se desenvolvía diariamente, me recordó a la de los curtidos cowboys de las películas cuando afirmaban que aún no se había fabricado la bala que los tumbaría. La mayoría solía palmar en la siguiente escena. Quizá el proyectil no, pero el guion sí estaba

escrito.

—O nos morimos nosotros. —No lo argumenté por pesimismo o desconfianza, era otra de las posibilidades.

—Bienvenido a Siria, señor Guerrero. —Fin de las disquisiciones existencialistas.

—Bien hallada, señora Yejas, ¿o debo llamarla de otra manera?

—Llámeme poco, y menos en público. Hasta los nombres falsos dejan rastro.

—Entendido.

Además de tener un aire a Mara, Ghada hablaba con soltura en castellano con acento venezolano debido a los años que estudió o sabe dios lo que hizo en la capital de aquel país, Caracas, gracias a una beca del Gobierno bolivariano del fallecido Hugo Chávez. Ese epígrafe de su currículum me lo facilitó Mario sin profundizar en el tema, simplemente por reforzar la candidatura de su colega. Ahora bien, que nos comunicáramos en el mismo idioma no garantizaba que manejáramos el mismo lenguaje. El suyo era parco en frases y contundente en los significados. El mío habría de adaptarse a las circunstancias, que visto lo visto, consistiría en quedarse calladito el mayor tiempo posible, respetando el rol de cada cual entre cigarrillo y cigarrillo. Encendí uno y le ofrecí otro a la dama de acero.

—Aquí no, gracias. —Lo rechazó con cara de deseo y resignación.

—De nada. Aquí y ahora. —Un atisbo de esperanza, el humo nos aproximaría, allí y luego. El del tabaco o el de las bombas. Un punto de inflexión, o casi. Bienaventurado mal hábito.

En el paso fronterizo, solo me requirieron el pasaporte, una cantidad excesiva de dólares para comprar el visado de entrada, la justificación del viaje como cooperante de la ONG y una dirección del alojamiento que tuviera reservado para poder localizarme si llegase el caso. En medio de un descarnado enfrentamiento civil con implicaciones internacionales, era más que probable que un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores se personase en mi hotel para solucionar un pequeño problema administrativo provocado por una letra de mi apellido que no se leía con claridad. Efectivamente. Qué feliz es la burocracia anclada en el siglo XIX, ajena a la realidad de las personas que codifica y cosifica.

Me cuidé muy mucho de consignar mi número de teléfono personal que llevaba apagado desde que salí de Ammán. Tampoco dejé constancia del aparato desechable que usé en Jordania para establecer contacto con mis custodios en

España y que había deshabilitado al despedirme de Kaled, regalándole el dispositivo para que lo vendiera como chatarra y destruyendo la tarjeta SIM de prepago. En cuanto me estableciera en Damasco compraría uno. Si llegaba a Damasco.

El militar de guardia encargado de registrar mi equipaje no puso mucho empeño en esa acción, quizá porque tenía los ojos clavados en Ghada o quizá porque esta ya había hecho su diligente labor de facilitadora con anterioridad. Como fuere, el trámite se solventó con celeridad y sin inoportunas preguntas.

«Que disfrute de la puta guerra, señor Guerrero», traduje libremente la parrafada que me dedicó en árabe el oficial al estampar el sello de caucho contra la hoja de mi documento. Se me abrían las puertas de Siria o se cerraban las de mi carrera. Dependería de cómo discurrieran las aguas, las de la presa al-Thawra o de la Revolución, y las demás aguas. Estancadas unas y turbias todas. Por primera vez en mi trayectoria profesional como detective trotamundos, tuve la lúcida sensación de que la bala que me tumbaría ya estaba fabricada, cargada y ansiosa por ser disparada. Y que el próximo sello no se estamparía en mi pasaporte, sino en un ataúd de hojalata por exigencias del guion o de mi guionista particular.

—Acompáñeme, por favor. —Ghada interrumpió mi sesión de pánico premonitorio y su voz firme rebajó el grado de este a miedo sano tirando a «festejemos cada segundo que seguimos parpadeando como si fuese el penúltimo».

—Agradezco el tratamiento de usted aunque aún más el tuteo; ¿permiten esa licencia las reglas?

—Eres tal y como te describió Mario, Rafael. —Una imperceptible y efímera media sonrisa asomó en la comisura de su boca. Un alarde de relajación.

—Lo tomaré como un cumplido, Ghada. Tú eres tal y como no me había imaginado.

Nos introdujimos en el coche con el que había acudido a recogerme. Un utilitario japonés de color verde botella, limpio por fuera y por dentro, infinitamente más cómodo que la tartana en que me transportó Kaled y sin fotografías entrañables ni deladoras de su conductora o de su familia esparcidas en su interior.

—¿Es alquilado? —le pregunté por indagar disimuladamente y por echar cuentas de lo que me costarían sus servicios motorizados.

—Es un coche. —A pesar de lo tajante de su respuesta, y de la nula

información que esta contenía, el tono de voz de Ghada era más juguetón que intimidatorio. Su expresión también.

—Sí, eso me pareció al observar las cuatro ruedas, el volante, los asientos...

—Tú y los parecidos, qué afición a las semejanzas. Con lo que engañan las primeras impresiones.

—No más que las segundas o terceras.

—Tienes razón, Rafael.

—No me acostumbres a ello. —Cargar siempre con la razón es una aburrida y pesada losa, me susurré mentalmente—. Cuando lo estimes oportuno, quisiera comprar un teléfono móvil desechable, antes de pisar Damasco a ser posible.

—Toma, ya está configurado en español. —Extendió su mano derecha para ofrecermelo el terminal—. No he memorizado el número de Mario por seguridad.

—Muchas gracias; ¿en algún momento bajas la guardia o te permites un mínimo respiro?

—Sí, cuando me apetece fumar. Acepto ese cigarrillo encantada.

Y fumamos los dos en silencio. Sin preocuparnos por el olor que impregnaría el vehículo ni por el perjuicio que causábamos a nuestros pulmones. Más daño hacían las sospechas y nadie les ponía coto. En cuanto estuviera solo me haría con otro teléfono que no hubiera sido intervenido antes por Ghada o los jefes de Ghada o los enemigos de Ghada, fueran quienes fueran.

—Voy a llamar al nido de Granada, para confirmar que estoy en tu poder. —Así demostraría que me fiaba de ella al tiempo que le ocultaba la existencia del segundo interlocutor, Joaquín, al que jamás contactaría delante de Ghada y menos a través del micrófono que pretendía colarme.

—No hace falta, Mario ya lo sabe. He charlado con él mientras te revisaban el equipaje en la aduana.

—¿Te ha comentado algo de un microondas?

—No, en absoluto, ¿necesitas uno, alguna marca en especial?

—Eres infalible, para qué iba a necesitar un microondas estando a tu lado. —No era mi intención tontear con dobles sentidos y connotaciones sexuales, pero la de mi subconsciente sí.

—Enfrío más que caliente. Habitualmente. —Y esa ambigua sentencia con anexo lo confirmaba.

—Lo noto. —Si ese intercambio de indirectas se lo tomó a bien o a mal no lo dejó traslucir. Era una nevera y ejercía como tal.

Ciento catorce kilómetros dista Daraa de Damasco, la capital siria y nuestro

destino. Unas dos horas de viaje si la carretera estaba despejada; una eternidad si la ocupaban las milicias rebeldes o el Ejército para realizar controles aleatorios, o si se producían escarceos armados en sus contornos.

Durante el trayecto, Ghada me expuso con una calculada y cortante imparcialidad el resumen de la situación bélica en la que nos desempeñaríamos. Su análisis coincidía casi punto por punto con el de Mario, que, por otra parte, fue el que contactó con ella para ponerla a mi disposición. ¿Qué habría entre estos dos lobos solitarios, quién contrataría a quién, en qué berenjenal se habrían conocido? Eran cuestiones que ni se me ocurría plantear en voz alta y que, sin embargo, me interesaban mucho más que los motivos de un bando u otro para liarse a hostias y llorar a los muertos después.

Entretanto, la Ghada conductora y al mando de la expedición, ajena a mis cuitas, decidía a su antojo y sin consultarme ni exteriorizar dudas o aprensiones desviarse de vez en cuando por caminos de cabras secundarios para evitar inspecciones o que fuéramos el blanco de algún francotirador borracho de misticismo o de vino peleón.

Rodeamos aldeas misérrimas, puestos de vigilancia militares abandonados o destrozados por las bombardeos; si reducíamos obligatoriamente la velocidad por los socavones del suelo, nos asediaban refugiados de ambas facciones según la zona que atravesáramos, familias completas que portaban sobre sus hombros las pocas pertenencias que habían salvado de la quema y que intentaban subirse al techo del automóvil para ser conducidos a cualquier otro lugar, al siguiente pueblo, a Turquía, a Madrid, a Nueva York. Lo jodido no era entrar al país con divisas, sino salir de él con un hatillo y el hambre por bandera.

Las imágenes que emitían las televisiones eran fidedignas pero sesgadas, mutiladas para ser exactos, no retrataban la totalidad de la atmósfera que cubría esa realidad, esa pesadilla tan inverosímil como auténtica, ni tampoco el tufo a desamparo y pavor, ni las caras de los que soñaban con llegar a mañana, aun siendo ese mañana más terrorífico que el hoy.

Si el padecimiento de sus compatriotas afectaba de alguna forma a Ghada, su callo emocional lo ocultaba con pasmosa facilidad. Ni un ademán reprobatorio, ni una queja o un improperio. Ni un chasquido ni una lágrima. Mirada al frente, cabeza alta, brazos aferrados al volante. Ni siquiera sabía cuáles eran su nacionalidad, filiación e ideología; lo ignoraba prácticamente todo de ella y eso me gustaba. Me sentía identificado con ese carácter pétreo, estirado, al límite. De romperse en alguna ocasión, causaría estragos, similares a los de una presa de

contención desbordada y horadada.

Respecto a mí, estaba lo suficientemente cansado e impactado por el escenario en el que había irrumpido como para emitir juicios de valor. El caos y la barbarie humana no reconocen tribunal alguno, cuando menos el de la conciencia.

—Lobos pidiendo la cabeza de otros lobos mientras rapiñan los cadáveres de su propia manada —recitó Ghada como si hubiera escuchado mis pensamientos.

—Darwin era un optimista utópico. Nos sobrevaloró.

—Fumemos de nuevo, Rafael.

Al prender su cigarrillo la llama del mechero iluminó su rostro deformándolo caprichosamente, dándole la apariencia de un espectro que atravesando la espesa neblina viniera del más allá y asustado por el panorama del más acá se largase sin decir ni mu. Una ilusión óptica que rescataba su yo más recóndito y reprimido. O una chorrada sin fundamento que me estaba inventando para esconder y reprimir yo una evidencia: Ghada me intrigaba tanto como me cautivaba. Y de esa combinación solo podría salir un choque de trenes o un polvo mayúsculo. O todo.

Llegamos a Damasco con tres horas y media de retraso sobre el horario previsto, con la ciudad ya anochecida y el toque de queda a punto de condenar a su población al exilio interior de los dormitorios y salones.

Me despedí de Ghada en la puerta del Beit Akbik Hotel, un antiguo caserón del siglo XVII reconvertido en hospedería de cuatro estrellas en pleno barrio viejo de la capital, muy cerca del arco romano y de otras joyas históricas con un pasado más prometedor que su futuro. Y que su presente.

No le propuse que fuésemos a cenar por ahorrarme su negativa; excusas o justificaciones no me daría. Nos citamos para el día siguiente a las 8 a. m. Disciplina prusiana impartida por una judía en territorio sirio para aclarar un asunto anglofrancés y salvaguardar la existencia de un español. Los elementos del clásico chiste estaban servidos. Que tuviera gracia era otro cantar.

Esa primera velada damasquina no sería como la de Amman, ni Ghada actuaría como el disoluto Kaled. El relativamente lejano rumor de la artillería mecería mi descanso, sincopándose con la crónica de la reportera de la BBC, siempre pulcra y objetiva, de fondo.

Un choque de trenes o un polvo mayúsculo. O nada.

Capítulo XVI. Ni idea

Contra todo pronóstico dormí a pierna suelta. La norma suele dictar que la primera noche en un hotel está reservada para el insomnio, y la lógica, que pernoctar en una ciudad asediada y a la vez levantada en armas aumenta el estrés y perjudica por tanto la profundidad y calidad del descanso. Mi historial de culo inquieto en posición horizontal también apuntaba en la misma dirección, y la banda sonora que acompañó mi plácido sueño me habría mantenido en vilo en cualquier circunstancia menos en aquella. ¿Por qué? Ni puta idea, para qué vamos a darle más vueltas.

Es posible que la farra jordana con Kaled y compañía, el trayecto a lomos de un burro disfrazado de carricoche desde Amman hasta la frontera siria, y desde allí hasta Damasco campo a través la mayor parte del tiempo, tuvieran buena culpa de ese letargo antinatural que me invadió apenas posé mi cuerpo sobre la cama. Una especie de anestesia autoinducida para hacer menos doloroso el impacto inicial de lo que había visto, escuchado, olido e imaginado; un filtro protector que reducía las horas de exposición al horror y las cambiaba por amnésicos lapsos de modorra. Sufrimos porque recordamos; eliminando el segundo factor de esa fórmula, la jodida vida sería menos jodida, y menos vida.

En definitiva, mi organismo decidió pegarse un homenaje en previsión de que fuera ese el último crepúsculo antes del apocalipsis, igual que un fumador apura media cajetilla antes de embarcar en un vuelo intercontinental y un borracho apela a la penúltima copa para no marcharse a casa y mearse encima. O Ghada me había hipnotizado con el poder de su recia mirada para tenerme y retenerme atontolinado. Uno no se hace neurótico de un día para otro, viene de lejos.

La alarma del despertador sonó a las siete de la mañana, con margen más que de sobra para despabilarme, ducharme, preparar el material e introducirlo en el equipaje de mano, vestirme de cooperante en acción y desayunar solo en la cafetería de la segunda planta, rodeado de corresponsales de guerra supuestamente responsables e íntegros a ojos de Marie y con pinta, a los míos, de comerciar con sus madres a cambio de una exclusiva o de un gramo de algo.

No era muy complicado discernir con quiénes compartían mesa, mantel, zumo de naranja, tostadas, cereales, confidencias y sobres que pasaban de un bolsillo a un cartapacio con insignia oficial. Donde hay moscas hay mierdas y hay cagones.

Igual que ocurría en el Irak de Sadam Husein, los funcionarios gubernamentales sirios de todo pelaje y condición (administrativos, policías secretos, mandos militares, enviados especiales, portavoces, arribistas, traidores) mostraban su adhesión, léase sumisión, al régimen, dejándose crecer un bigotillo calcado al de su líder, aunque luego pretendieran camuflarse en trajes de firmas extranjeras o con prendas deportivas de marca. ¿Qué mejor sitio para practicar jogging bajo el fuego cruzado que Damasco? Ninguno.

Unos y otros chalaneaban en árabe, inglés, francés o ruso con lo que poseían y lo que deseaban, fijaban precios, sorbían café, se daban la enhorabuena o la puñalada traperera. Información subastada al mejor postor, falsa o veraz, eso no era lo importante. Tapaderas, sueldos en negro, comisiones, chantajes, sobornos, favores debidos, favores pagados, esta por ser tú, aquel me ofrece el doble, cuando esto termine acuérdate de lo que hablamos, necesito que me ayudes con tus contactos en..., no fuerces la máquina, eso implicaría demasiado riesgo, haré lo mejor para ambos, piénsatelo, exijo inmunidad total si al final nos derrotan esos capullos... Y yo preocupado por comprar un teléfono desechable sin que Ghada se percatase. Un arsenal nuclear y hasta una isla desierta en el océano Índico podría adquirir en ese comedor a poco que jugase bien mis cartas y el emporio anglofrancés respaldase mis órdagos. Cómo no les iba a sisar su ejecutivo local los planos y los artilugios tecnológicos; el pobre hombre era una mera víctima propiciatoria inmerso en un decadente y pujante zoco que ridiculizaba a los casinos de Las Vegas y de los transatlánticos en que trabajaba Raquel, consentido y sustentado gracias a la sobrepoblación de carroñeros, políticos, alimañas, periodistas, traficantes, yihadistas, rebeldes, acólitos al régimen, vendedores de almas, compradores de hígados, embajadores, lobbistas, contratistas y desesperados padres de familia. En semejante ecosistema, al que le cortarían un brazo sería al inocente, por provocador.

A las ocho en punto, me encontré con Ghada en el exterior del hotel, cumpliendo a rajatabla lo fijado al separarnos la jornada previa. Aunque era yo el que la contrataba a ella en calidad de agente de apoyo, de alguna extraña forma me sentía bajo su mando, o su manto, protector, no porque me hubiera dado orden alguna ni se extralimitase en sus funciones, sino por ese halo

misterioso y por el respeto que la profesaba Mario, dos condicionantes que Ghada fomentaba con su actitud dura, gélida y espartana, a sabiendas del efecto que causaba y de los malentendidos que así se ahorra. Mi impuntualidad en la primera cita hubiera resultado imperdonable y a buen seguro me habría obligado a realizar cincuenta flexiones seguidas de cincuenta abdominales a la vista de los transeúntes. «¡Castigo, penitencia y entrenamiento, marine!», habría vociferado cual sargento chusquero mientras apagaba una colilla sobre mi espalda y la parroquia aplaudía sus métodos. A falta de certezas, me divertía enredando.

Sin maquillar y con un atuendo coherente con su imagen, esperaba apoyada en el coche nipón que nos serviría de cuartel general itinerante durante la investigación. Al verme, esbozó una mueca de sorpresa; o no contaba con mi formalidad o directamente no contaba con mi presencia.

—Buenos días, Rafael, ¿has dormido bien?

—Buenos días, Ghada. La verdad es que no, me ha costado conciliar el sueño y el aburrimiento. Las habitaciones de hotel se inventaron para otros menesteres —mentí por amotinarme y probarme, no iba a estar subyugado por esa mujer hasta el punto de serle sincero, ¡qué locura!, y tonteeé porque su belleza me ponía muy tonto, ¡más locura!

—Habrá veladas peores, no tengas prisa. —Recogió el guante socarrona, entrando y no entrando al trapo, dejando en el aire el motivo que las haría malas o buenas, las próximas veladas.

—¿Y tú? ¿Disfrutando del hogar, dulce hogar? —Se notaba a la legua que mi intención era tirarle de la lengua y conocer algo más de su entorno. Ignoraba dónde moraba, con quién, qué personas frecuentaba y qué les habría contado a estas de mí. Se notaba tanto que se lo puse a huevo.

—Como siempre. Y soy más de sabores salados. —Supuse a lo que se refería y mi entrepierna también. Allí mismo habría roto el billete de vuelta, el contrato con los amos de la luz y de las aguas, y le hubiera propuesto pedir la llave en recepción, desnudarnos en el ascensor, comernos en el pasillo, sazónarnos en la bañera, huir a Sebastopol... ¡Qué cojones estaba elucubrando! Había caído en sus redes, unas redes que tejía yo mismo con mi curiosidad y que me convertían en un pelele presa de un calentón cada vez que me lanzaba una miguita. Ahí estaba el verdadero peligro de confundir los papeles y de perderlos. Debía variar la estrategia de manera inmediata, evitar los cuestionarios torpes y sinuosos, dejar de ponérselo tan fácil, parar de dar saltitos sobre la palma de su mano. No me pagaban por indagar en sus opacidades, ni en sus agujeros morales. Si le

apetecía revelarme algo personal, ya lo haría cuando lo estimase oportuno. Si proyectaba joderme, lo intentaría cuando mi precio cotizara al alza. Y si era simplemente una honesta profesional, curtida y discreta, más valía que la tratase con respeto y no me lo perdiese a mí actuando como un James Bond de tres al cuarto en una peliculilla de Alfredo Landa.

—¿Adónde vamos, Rafael? —Un reinicio prometedor, ella preguntaba y yo decidía.

—Calle Al Thawra, a la altura del río Barada. —Había estudiado a fondo el callejero de Damasco por si debía desplazarme por mis propios medios, a pie, en taxi o en transporte público, también para tener ubicadas las direcciones claves de mi coartada laboral y del dispositivo principal, vías de acceso, rutas para escapar si los seguimientos se complicaban o la situación general recomendaba una huida de emergencia; sabía dónde estaban las estaciones de autobús, las oficinas de alquiler de coches, las gasolineras con servicio ininterrumpido, el consulado de España y de otros Estados miembros de la Unión Europea, la sede de la empresa objeto de la investigación y las señas de un restaurante regentado por un alicantino por si me entraba el capricho de comerme un arroz a banda. De hambre no iba a morirme; de otras jodiendas era probable.

—De acuerdo —asintió la Yejas. Luego arrancó y condujo el vehículo ajena por completo a mis conflictos. O no tanto.

La cuenca del río en cuestión estaba seca y llena de porquería. Ni patos, ni barcos, ni turistas, ni pescadores. En su lugar, electrodomésticos viejos y oxidados, bolsas de plástico con desechos orgánicos putrefactos, casquillos de balas, carcasas chamuscadas de diversos tipos de explosivos, cantos rodados apilados en los laterales a modo de rampas y un apestoso hedor que envolvía a toda la zona. El medio ambiente era la enésima víctima del conflicto bélico y sibilinamente lo maldecía.

La sede local de la ONG que usaba como cobertura se encontraba cerca de las dependencias de la Media Luna Roja, en un edificio alto de cemento y color blanco que compartían con otros negociados extranjeros. Un guardia de seguridad privado apostado en la entrada se encargaba de cachear a los visitantes con desgana y de dirigirlos por el entramado de pasillos y escaleras. El ascensor, fuera de servicio, por los cortes de electricidad decretados desde el ayuntamiento. Como se enterasen mis clientes en Londres de que el consumo estaba racionado sin su consentimiento, ya podía el alcalde ir llevando el uniforme de bedel a la tintorería.

Fui recibido por el director en su despacho; estaba advertido de mi llegada y de mi cometido. No fue necesario, pues, alargar el paripé más que lo justo. Ghada aguardó en un segundo plano en la sala principal, reclinada contra la pared, en posición de alerta y tranquila al mismo tiempo, observando discretamente los movimientos de las personas que trabajaban allí, memorizando la distribución de la planta, los accesos y las salidas, el número de ordenadores, de sillas, de mesas, de impresoras, de almas, de pistolas ocultas. Una guerrillera adiestrada que seguramente apreciaba cada segundo que transcurría sin tener que entrar en acción. Solo los imbéciles anhelan la violencia, la descarga de adrenalina sin más fin que la exaltación de su ego y de sus complejos. O sencillamente estaba repasando la lista de la compra.

El director me facilitó un teléfono móvil de la organización y con eso resolvía el engorro de apañarme otro a escondidas de Ghada. El que me dio ella lo utilizaría para las gestiones cotidianas entre ambos y para comunicarme con Mario si fuera menester. De estar intervenido, tan retratado quedaría uno como otra. Con ese nuevo corporativo, mantendría al tanto a Joaquín cuando tocase confirmar que conservaba la cabeza sobre los hombros. Y si todo se iba al garete, encendería el mío personal, presionaría el botón SOS y montaría un locutorio para amortizar tanto cachivache electrónico.

Me indicó asimismo quién era la presunta oveja negra y me entregó la ficha con sus datos personales y profesionales: Samer H., veintiocho años, domicilio (vivía con sus progenitores), fotografía del carné de conducir, responsable de captación de socios y administración de donativos, contactos, antigüedad en el puesto, estudios, sin afiliaciones a partidos políticos o sectas, novia formal, exento del servicio militar por padecer asma crónica, se declara religioso moderado, etc. El chaval no iba a admitir motu proprio que era un raterillo o que estaba conectado con el ala dura de un sanguinario grupo terrorista. En el currículo se hinchan los idiomas y los méritos académicos, no los vicios ni las excursiones con los colegas malotes del barrio. De cajón.

Ojeé el dossier por encima y rápidamente antes de guardarlo en mi mochila. Aproveché para hacer acopio de folletos, planos y publicaciones sobre la actividad de la ONG que dieran enjundia y peso al teatrillo. Entre las revistas del sector, se coló una Playboy de 1986.

—Gracias, creo con esto dispongo de todo lo que necesito por el momento —bromeé convencido de que mi interlocutor, un samaritano laico, no pillaría el guiño a las conejitas de Hugh Hefner.

—Algunas ya serán abuelas allá en Montana, mister Guerrero. —Tocado y hundido.

Tras la reunión con el responsable, este me presentó a la concurrencia como nuevo compañero temporal venido desde la central en España, que ayudaría en las tareas de contabilidad y contratación (eso me permitiría consultar la información completa de empleados y voluntarios sin tener que recurrir a terceros) cuando mis tareas de campo fuera del local me lo permitieran. Saludos políglotas, bienvenidas de compromiso y cada mochuelo a su olivo. Perfecto.

Encarrilado el asunto secundario, Ghada y yo nos largamos con el espíritu ecológico y altruista corriendo por nuestras venas y el gazzate seco. El guardia de seguridad nos miró con cara de propina y tuvo suerte. Nos había fichado, con nombres y apellidos, pero que ese registro se perdiese al final de su turno era un gasto asumible.

Cruzamos hasta la punta opuesta de la ciudad en medio de un tráfico caótico y ruidoso, y nos acomodamos en la cafetería de un transitado centro comercial, el Damasquino Mall, en la calle Tanzeem Kafar-Sousahpara para comenzar a esquilar a la madre del cordero.

—Ghada, ¿recuerdas cuántos ordenadores había en aquella sala?

—Ni idea, me he entretenido repasando la lista de la compra mientras hablabas con el director y cogías esa revista pornográfica del siglo pasado. No tengo activado el radar todo el rato, Rafael.

—Ya.

Doce ordenadores y tres impresoras.

Capítulo XVII. Burbujas, siempre burbujas

La deslumbrante capacidad de las personas para abstraerse de la realidad, sea esta benévola o adversa, solo es equiparable a la de Coca Cola para proveerles de su famoso refresco carbonatado en cualquier rincón del planeta. Aunque Damasco, Siria, Oriente Medio, el mundo y la vía Láctea se estuvieran yendo al carajo, los embotelladores de la chispa de la vida seguían fabricando burbujas para endulzar el trayecto.

Un sorbo entre disparo y disparo, entre siesta y siesta, antes de entrar al cine o después de comprar un reloj suizo, para celebrar un cumpleaños o para recuperar fuerzas tras sobrevivir a un linchamiento, de madrugada para mantenerse despierto en el puesto de guardia o de día en el refugio antiaéreo, en el velatorio de un caído y en el escondite del francotirador que lo derribó, en la juerga y en la derrota. Un sorbo y aquí paz y después guerra.

Millares de sirios arribaban semanalmente a las costas de la isla italiana de Lampedusa o a las de Chipre a bordo de barcos y pateras atestados y ruinosos, otros tantos cruzaban las fronteras terrestres y hallaban un precario cobijo en los campos de refugiados de las vecinas Turquía, Jordania o Irak. Los más intrépidos seguían camino hasta las mismas puertas de la Europa continental, tratando de entrar por Melilla y Ceuta, luego de atravesar penosamente el norte de África, o por Grecia y Bulgaria en los periplos septentrionales. Aquellos pocos que gozaban de una posición desahogada, bien por su economía o por sus contactos en el exterior, optarían por un pasaje de avión y un destino acogedor para instalarse y añorar el país que abandonaron, y el resto, los que se quedaban dentro de un territorio dividido y fratricida, por obligación o por convicción, los que no eran llamados a filas ni reclutados en las distintas facciones enfrentadas, los que aún conservaban un trabajo y una familia y un techo, los que trapicheaban con secretos y los que se lucraban gracias al caos alegando legítima defensa, se reunían en centros comerciales como el que Ghada y yo frecuentamos y fingían que lo normal era esa normalidad, y lo de fuera, una

ficción tergiversada.

Porque a pesar de los pesares, esa gente continuaba soñando con un televisor extraplano más grande, con un vestido diseñado en París, con un perfume exclusivo confeccionado a base de agua y esencia de agua, con unas zapatillas deportivas firmadas por una estrella de la NBA o con una camiseta que llevase a la espalda el número impreso de un tipo millonario e insultantemente joven que se ganaba el pan dándole patadas a un balón de cuero y a quien el nombre de Damasco no le sonaría ni por casualidad.

El consumismo se había tragado el queso del comunismo, del integrista, del nacionalismo y tan solo faltaba verle fagocitarse a sí mismo. Para explicarle a un alienígena recién aterrizado en la mesa de al lado semejantes pautas de comportamiento entre el ruido de morteros y del hilo musical de las tiendas, en vez de sacar un mapa y señalarle dónde se encontraba y qué ocurría a su alrededor, lo mejor sería invitarle a un botellín de Coca Cola y ofrecerle un consejo: «Abstráete, colega».

—Supongo que viajar al norte para inspeccionar la presa de al-Thawra estará más que desaconsejado, ¿no? —Ghada había desplegado ese mapa que de nada le hubiera servido al extraterrestre. En función de su valoración del riesgo empezaríamos a dar tumbos por un sitio u otro.

—Depende de lo que aprecies tu cabeza. Y la mía. —Su optimismo desbordante indicaba, al menos, qué minas no pisar.

—La tuya la respeto, por ahora. Y la que me ha traído hasta aquí no merece demasiado crédito, pero la necesito para cerrar el caso y pagarte. Procuremos mantenerlas sobre los hombros hasta que no haya más remedio. —Ay, las dobles interpretaciones, siempre al quite.

—Bien, ¿por dónde quieres empezar? —Que Ghada me cediera la iniciativa era una cuestión meramente formal, ella sabía perfectamente lo qué haríamos y cómo.

—Por organizarnos. He pensado que nos dividamos: tú vigilarás en coche los camiones que entren o salgan de las instalaciones de la empresa hidroeléctrica en la ciudad. Paradas en gasolineras o hangares no previstas, conductores que descargan antes de realizar la entrega o que recogen a autoestopistas, piezas que se caen, atenta a cualquier detalle. Si pierdes uno de los vehículos o este se sale del radio de acción, media vuelta y te enganchas al siguiente. En el dossier aparecen listados los horarios y las direcciones; por desgracia, desconocemos el material que portan, puedes interceptarlos a las afueras o en el cuartel general,

como creas más conveniente, ¿de acuerdo? —Ghada guardó un prudente silencio, a la espera de que terminase mi exposición—. Yo me pegaré al ejecutivo sospechoso y le seguiré cuando se ausente de su despacho, imagino que irá a comer, se reunirá con clientes y proveedores, será habitual de algún burdel, veremos qué consigo por ahí. Posiblemente, alquile un coche a través de la ONG, o contrataré a un taxista que domine las calles y los atajos. ¿Sugerencias, precisiones, correcciones? —De tanto rajar, mi boca estaba seca, me metí un trago largo de Coca Cola y sin abstraerme un segundo cedí la palabra a Ghada.

—Solo una. El plan es impecable, pero lo llevaremos a cabo juntos, todo el rato. Y esta condición no es negociable, jefe.

—¿Tan pronto te has enamorado de mí, jefa? —Una pequeña licencia justificada por el contexto.

—Quiero cobrar, no identificar tu cadáver.

—Bueno, eso es amor también. ¿Órdenes de Mario?

—No hay órdenes, Rafael. Puro sentido común y experiencia, de verdad. Nos moveremos en mi coche, alternando o priorizando los objetivos como tú estimes mejor. Y sí, tardaremos bastante más en completar el barrido, es un hándicap, como el de trabajar en medio de una guerra, qué le vamos a hacer. Lo que no se puede cambiar hay que asumirlo e integrarlo. Lamento contrariarte en este punto.

—No lo lamente, tienes razón y te lo agradezco. ¿En marcha?

—Ajá. Por cierto, ¿quieres un arma?

—Esto no es una película americana, ya sabemos que es mejor tenerla y no necesitarla, que necesitarla y no tenerla, pero no, gracias, y tampoco quiero saber si la llevas tú. Por mucho que ya lo sepa.

—Tú mandas, jefe.

—Qué bien mientes, Ghada.

Por abarcar demasiado obtuvimos nada y menos. Administramos mal los modos y los tiempos, perseguimos pistas falsas, chistera que muy posiblemente nos desviaba de las liebres y de las palomas mensajeras, dilapidamos kilómetros, frenazos, cigarrillos, memoria gráfica de la cámara, comida rápida, agua, té frío, bastante frustración e impotencia. No era solamente que la obligación aceptada y no discutida de actuar en comandita ralentizase el proceso y nos restara oportunidades; es que ni con una legión de apoyo hubiéramos dado abasto. Se imponía una mejor y más precisa planificación, dosis infinitas de paciencia y,

por encima de todo, un golpe de fortuna. Sin este, hasta el conflicto palestino tenía visos de resolverse antes que nuestra misión. Y no exageraba.

Consciente de esas restricciones y demás puñetas operativas, y de su pequeña cuota de responsabilidad en ellas, Ghada relajó en cierta medida su impermeabilidad de serie y propuso que alimentásemos el ánimo y los estómagos en uno de sus restaurantes preferidos. En esta ocasión, las miguitas que esparcía eran literalmente eso, miguitas.

—Invito yo, Rafael.

—Me niego. Y no es negociable. Invita la City de Londres.

—Así da gusto fracasar en la primera intentona.

—Tentadora premisa, habrá que perseverar en ella. —Me refería a la premisa. Y a ella, a Ghada.

—Los árabes y nuestros silogismos enrevesados. —Ora árabe, ora judía. Menudo entrenamiento en mediaciones y armisticios debió recibir en el seno hogareño. No me extrañaba que con esos genes hubiera decidido creer solo en sí misma.

El Bab al-Hara conservaba un acogedor aspecto de mesón sin alardes ni modernidades en su diseño. Un lugar tranquilo para comer y charlar sin prisas ubicado al oeste de la mezquita de los Omeyas, en la ciudad vieja. En su menú, apetitosos platos a la parrilla aromatizados con el carbón de leña que aún quemaban para calentarla y por montones de especias mezcladas con milenaria sabiduría. O sea, al tuntún y sin tacañería.

Ghada me recomendó que probase el kibbeh, o kubba (conocido como içli köfte en turco, un condumio muy común en Siria, Palestina, Oriente Medio en general, el Cáucaso y en Armenia. Considerado tradicionalmente el emblema culinario del Líbano, en su forma más típica se compone a base de carne picada de cordero con bulgur y hierbas) y ella se decantó por la fatta (similar al fetté gazzewié, arroz blanco cocido en caldo de carne o de pollo y luego condimentada con especias suaves, fundamentalmente canela. Ese arroz se coloca sobre un pan fino, el markook, que a su vez es untado con mantequilla y rematado con carnes diversas). «Abundante y cojonudo todo», los dos coincidimos en ese juicio. Y la atención, informal y complaciente sin servilismo, estuvo a la altura, interrumpiendo la conversación lo imprescindible.

En la puesta en común sobre los desalentadores logros profesionales también convinimos: «Escasos y una mierda todo». Los camiones escogidos para seguir ni se habían desviado de su ruta ni sufrieron retrasos significativos en los puntos

intermedios de recogida y descarga. Dado que era material y humanamente imposible controlar la totalidad de la flota y el método de selección practicado, es decir, adosándonos azarosamente a uno, carecía de garantías a corto plazo; tendríamos que centrarnos únicamente en aquellos transportes sensibles o susceptibles de ser robados por el contenido que trasladaban. Para ello, solicitaría un listado lo más detallado posible a la matriz en Londres o a la filial madrileña para no despertar recelos en la empresa local ni dar facilidades para que hubiera una filtración a través de algún otro empleado implicado en la trama.

En lo concerniente al ejecutivo sospechoso, durante las horas empleadas en vigilarlo tampoco descubrimos movimientos fuera de lo usual: permaneció la mayor parte del tiempo en su despacho, en su agenda no había marcadas reuniones con proveedores ni clientes (a dicha agenda corporativa y «pública» tenían acceso sus jefes internacionales, que fueron los que me la proporcionaron vía correo electrónico) y, al final de la jornada, se dirigió a su casa en una zona exclusiva de la capital sin parar antes en lugar alguno.

En resumen, irrelevancias al por menor y al por mayor.

—Esperar, esperar y después esperar, ese es mi lema.

—Y el de todo Oriente Medio. Ya estás en sintonía con el entorno, Rafael.

—Si no te reclaman otros compromisos, ¿te acompaño a casa? Me apetece caminar, mis piernas están entumecidas de tanto coche. Y por protegerte, claro.
—Era sincero, o casi sincero, con ella.

—Mejor te acompaño yo al hotel. Para protegerte. —Previsible en su reacción, esta no hizo mella en mí. Enseguida se acostumbra uno a darse cabezazos contra un muro. Concluido el horario laboral, Ghada se obstinaba en volverse invisible. Suficiente excepción significaba aquella cena. Si la culpabilidad era la única y tortuosa senda para acercarme a ella, se la iría dosificando con sumo cuidado.

—No te preocupes, me arriesgaré a cruzar la calle, girar a la izquierda y recorrer quinientos metros a pie, esquivando ladrones, balas y proposiciones deshonestas. —Esa era la distancia que separaba el restaurante de mi alojamiento y su culpabilidad de mi apuesta.

—Eres un héroe, Rafael. Avisa si se complican las cosas. —Ruleta clausurada.

Por segunda noche consecutiva, nos despedimos con un aséptico apretón de manos y un hasta mañana a las 8 a. m. Ya solo, sano y a salvo, me tomé una copa en el pub del hotel sabiéndome mirado e ignorado con parecida indiscreción. Los

parroquianos que me rodeaban conformaban la misma figuración teatral que en el desayuno aunque en un escenario distinto. En este tercer acto del drama, en vez de mojar la tostada en el café metían la lengua en los licores sin temor a la cólera de Alá, que ya se habría acostado y estaría soñando con mártires y versículos.

¿Cuánto tardaría en toparme con alguno de ellos fuera de allí, apoyando el codo en otra barra, en una camilla electrificada o en una barra de hierro incandescente? Esa era la verdadera chispa de la vida. La abstracción de la realidad que me provocaría dulces quimeras.

Apuré el brebaje y subí a mi habitación. «¿BBC o Miss Playboy 1986?». Ganó la BBC. Por muy poco.

Cristiano Ronaldo había renovado su contrato con el Real Madrid por cinco años más y veinte millones de euros netos al año. Un helicóptero militar sobrevoló la azotea y no escuché el resto de noticias. Burbujas, siempre burbujas.

Capítulo XVIII. Cañas y barro

La segunda jornada de pesquisas no resultó tan estéril como la primera. La única pega es que casi se convierte en la última.

Apenas tres días entre el suelo y el cielo sirios y los acontecimientos previos que me guiaron hasta allí se me antojaban ya lejanos y dispersos. Sería el efecto de la bebida carbonatada o el influjo de Ghada, tan integrada como abstraída de la realidad que nos rodeaba, una rara avis revoloteando en un ecosistema puesto patas arriba en que la inercia operaba por inercia y los demás por palpitaciones, exaltaciones y desesperaciones.

Igual de peligroso resultaba mantenerse fiel a unos hábitos como variarlos para despistar a la Bicha. Recorrer a la misma hora la avenida acostumbrada facilitaba los secuestros, atentados o atracos a mano armada de potentados, topes, empresarios, diputados, militares de alto rango, opositores o transeúntes sin vela en ese entierro, en su entierro. Los malos, ¿quiénes eran realmente los malos en esa macedonia de cabrones?, los fichaban, apuntaban sus matrículas, memorizaban sus pasos, los lugares que visitaban esporádicamente y los que frecuentaban con regularidad, estudiaban las vías de escape, analizaban los márgenes de error, las consecuencias laterales y colaterales, focalizaban y actuaban. Los medios de comunicación, sectarios o imparciales, locales e internacionales, se encargaban luego de magnificar o amortiguar los ecos.

Pero improvisar un trayecto distinto, tomar un callejón aleatoriamente, decantarse por un atajo, retrasar las rutinas, sembrar señuelos falsos, quedarse en casa, disfrazarse para salir, confundirse entre la multitud, ampararse en la oscuridad, protegerse con un arsenal o contratar guardaespaldas tampoco aseguraba la pervivencia ni la integridad. Nadie estaba a salvo de una granada perdida, de un balón rebotado, de una cornisa desprendida por el impacto de un proyectil de fabricación casera o de fabricación rusa, de la metralla esparcida indiscriminadamente, de una avalancha humana que corre despavorida, de una pandilla de rateros felices de pescar en un río seco y revuelto, de un asesino a sueldo infiltrado en el personal de servicio. Nadie estaba a salvo de sí mismo.

Alá sería grande, pero la incertidumbre mucho más.

Mientras desayunaba tranquilamente en el hotel, aburrido y afortunadamente excluido del mercadeo desplegado en las mesas colindantes, me dio por imaginar qué sería de las personas que había conocido recientemente y de las que formaban mi círculo social en aquel contexto tan geográfico y existencialmente lejano y disperso de los suyos.

Cómo captaría Mara a los clientes para susurrarles sus inocentes proposiciones de guerra, cuánta tajada sacaría del dominio de lenguas y posturas, qué nuevas técnicas aprendería de sus cofrades orientales, quizá se tiñera como su amiga Helene para nacionalizarse sueca o suiza, apelando a su neutralidad para conciliar a los bandos enfrentadas en un trío o en una cama redonda.

¿Mantendría Marie su respetuosa opinión sobre los corresponsales viéndolos acordar una impactante fotografía o una entrevista en exclusiva a cambio de un puñado de dólares y unas preguntas amables?

Al consejero delegado setter irlandés se le arrugarían las camisas y los trajes y el rancio abolengo. Sus escoltas se apostarían en la tintorería y vigilarían con cara de pocos amigos todo el proceso de limpieza en seco y planchado, mostrando los pistolones bajo el sobaco para intimidar y marcar el territorio. A sus nietos les contarían que en sus años en activo vieron cosas para las que la gente normal no estaba preparada. Las hazañas y los mitos.

Su jefe londinense tildaría con una exquisita educación de indígenas a los que pagaban su mansión en Bahamas, acariciando condescendiente y paternalista el pelo de un niño sucio que le pide una chocolatina o un papá nuevo. El abogado faldero precisaría la etnia de dichos aborígenes y recogería en una cláusula contractual anexa las condiciones para cumplir el deseo del muchacho: sin avalistas no hay golosina.

El matarife palermitano nadaría en su propia salsa, cantando bingo y tarantelas, regalando un fajo de billetes a los mirones molestos, atusándose el bigotillo, cobrando deudas, importando conocimiento y experiencia, la marca Sicilia, abriendo una franquicia, gestionando los intereses de los capos, ajustando cuentas, enamorando con su acento y sus zapatos de punta y tacón alto. Añorando a la mamma que lo parió.

Ramiro sería juzgado sumarísimamente y fusilado al amanecer por sus terribles chistes. No obstante, se reservaría el mejor para el final y lo soltaría con el penúltimo hálito de vida porque ante todo se debe a su público. Raquel repartiría poco juego y menos cartas, Damasco era un barco a la deriva a punto de hundirse; para apostar a la ruleta rusa no hacía falta una bella crupier

brasileña explicando las reglas. Para que ganase la banca tampoco, eso formaba indirectamente parte de mi cometido.

Kaled, que era el más listo de este equipo con diferencia, jamás cruzaría la frontera. Sabía que la subsistencia de sus cuñados, hermanos, primos, compadres, esposa, fulanas, hijos e hijas dependía de que esa línea divisoria no se difuminase bajo sus pies.

Y Ghada ya estaba allí cuando llegué, a esta no la podía calibrar en ningún otro lugar dentro o fuera de Siria. Ella era la propia Siria, la frontera y el territorio, la resistente y la exiliada, la Mara que alquilaba sus servicios profesionales y blindaba sus emociones personales, la que se hacía entender en idiomas amigos, enemigos y en el silencio, la que negociaba sutilmente para no ceder, la mamma y la asesina, la apuesta segura y el riesgo asumido, la cantante muda, la aborígen sin patria, la exquisita y educada ejecutora, la dueña del tiempo y la que me esperaba puntualmente a las 8 a. m. en el exterior del hotel, con el coche en marcha, la vestimenta de batalla de un limpio impecable y el chiste capcioso en la punta de la lengua.

—Buenos días, Rafael, ¿has dormido bien? —Por el tono y la reiteración de la pregunta era evidente que le preocupaba mi descanso casi tanto como la temperatura media anual de Singapur.

—¿Me tomas por alguien feliz?

—Tienes razón, disculpa.

—Dame la razón y quédate con la verdad, decía mi abuela. Y buenos días, Ghada.

—¿Camiones o reuniones, qué toca hoy?

—Avioncitos, vamos a ojear cómo aterrizan y despegan. —O cómo los secuestran y derriban, recordé sin mencionarlo que unas semanas atrás los rebeldes —terroristas para el Gobierno— dispararon dos obuses de mortero que retrasaron tres vuelos y causaron un herido. Uno de los proyectiles cayó cerca de la pista y el otro alcanzó un almacén en el que estaba faenando el operario damnificado.

—Aquello es zona caliente como ya habrás leído o visto en televisión, un objetivo codiciado.

—Zona caliente, prometedor. Qué país tan estimulante el tuyo, imposible aburrirse en él.

Fingiríamos que éramos una parejita de recién casados en tránsito, dos tortolitos disfrutando de su luna de miel o de su tumba de piel. Al fin y al cabo,

las parejas fingen incluso que son parejas.

El ejecutivo sospechoso estaría oficialmente fuera del país durante veinticuatro horas, un viaje de carácter empresarial con destino a Dubai planificado hacía meses en el que le acompañaban su secretaria y un colaborador. Seguimos a la comitiva desde el edificio de la corporación en el distrito financiero de la ciudad hasta el Aeropuerto Internacional de Damasco, comprobamos que franqueaba el control policial y que entraba en la sala de embarque. Allí los perdimos de vista y los dejamos; sin tarjeta de vuelo, nuestro campo de acción terminaba donde empezaba el de ellos. Con el estado de alarma generalizado, no convenía forzar la situación inventando una excusa para atravesar la barrera de polis y aduaneros; hubiéramos llamado demasiado la atención y habríamos acabado en el cuarto oscuro, desnudos, apaleados y con media luna de miel incrustada en la cabeza y la otra media en la zona caliente. Como para fingir amor.

Si el susodicho ejecutivo era efectivamente el ideólogo en la sombra de las sustracciones selectivas de material y tecnología, así le señalaron mis antecesores, y a pesar de ello conservaba su cargo y atribuciones en la organización, sin merma de poder ni restricciones, habría que suponerle como mínimo cierta inteligencia delictiva y suficiente intuición como para separar nítidamente ambas actividades. Por mucha lealtad que le profesasen su secretaria y el colaborador adjunto, exponerse delante de estos tratando con intermediarios que aparecen y desaparecen misteriosamente en la sala de embarque o en el pasillo de la aeronave perjudicaría su imagen de hombre íntegro, dejaría flecos sueltos, testigos incómodos que podrían delatarle, chantajearle o traicionarle bajo coacción. Incluso por un módico precio o un microondas con grill.

Motivos similares me inducían a pensar que esos subalternos de poca monta y tan vulnerables no estaban metidos en el ajo. No lo descartaba por completo, pero sí relegaba esa hipótesis a falta de que los hechos me contradijesen. En ningún informe externo o interno se les incriminaba, carecían de antecedentes cuando se unieron a la plantilla y no constaba falta alguna con posterioridad. Obviamente, detrás un immaculado expediente puede ocultarse un malandro de órdago que borra sus huellas con maestría, pero también una persona honesta. Que su jefe les hubiera captado y los utilizase como tapadera o como muro de contención se acercaba más al error de principiante que a una fina estratagema. Aunque doctores tiene la iglesia del santísimo hurto.

De un modo u otro, el presunto y los presuntillos estaban fuera de nuestro

alcance, sobrevolando desiertos, y ni contábamos con las autorizaciones necesarias para fiscalizarlos allá arriba ni a ras de suelo en el emirato al que se dirigían. Media vuelta, carretera y manta.

—¿Camiones, Rafael?

—Camiones y carpas, Ghada.

—El pescador echa la caña; si no pesca hoy, pescará mañana, decía mi abuela.

—¿Tu abuela pescaba? —A pregunta necia...

—No, el pescador. —Réplica de sal gorda. Me la merecía por cotilla.

—Uff, ese es digno de Ramiro. —Aunque él se hubiera reído ostentosamente de su gracieta, Ghada al menos simuló seriedad.

—¿Quién es Ramiro?

—Un criminal del humor, colega y buen amigo.

—Otro pescador entonces.

—De humedales, sí.

Regresamos al punto de partida para centrarnos en escoltar a los vehículos de la flota que ese día transportaban carga sensible y codiciada. Los dos primeros que elegí de la lista que había recibido por correo electrónico desde las altas instancias anglosajonas no se desviaron de la ruta prefijada ni realizaron movimientos extraños para provocar que parte de la mercancía fletada cayera accidentalmente en áreas poco transitadas, donde el receptor, advertido y con la caña preparada, la reconocería y recogería sin dificultad.

Con ese método, evitaban incumplir los horarios establecidos y reducían significativamente la responsabilidad del conductor en la cadena. El fraude se disimulaba como pérdida y el rastro de esta se hacía prácticamente invisible, máxime si el regalito que se depositaba era pequeño e imperceptible desde un coche en marcha. Estaban los conductores de Damasco como para fijarse en un chip electrónico de un centímetro cuadrado envuelto en una chocolatina.

Sin embargo, con el tercer camión al que acechamos tuvimos más suerte. El chófer del mismo se detuvo en una gasolinera que no estaba indicada en el itinerario inicial; allí fue abordado amablemente por un empleado de uniforme que le invitó a situar el tráiler en un hangar algo apartado aunque perteneciente a la estación, justo detrás de los surtidores de gasóleo.

La coartada era perfecta: el supuesto cerebro del boicot se encontraba ausente en el extranjero, las entregas por tanto debían coincidir con sus desplazamientos, una forma de quitarse del medio en las fechas clave.

Asimismo, era normal que los monstruos de dieciséis ruedas repostasen combustibles en un apartado distinto al de los turismos para no entorpecer su tráfico. Y mientras se les llenaba el depósito, unos braceros a cubierto y protegidos por gruesos cortinajes de vinilo vaciaban el contenido convenientemente marcado sin que nadie se percatase de ello. Nadie excepto Ghada, yo, y por lo que ambos presentimos, alguien más, que a una distancia prudente también observaba la operación. O a nosotros.

Ante la duda y por obligatoria prevención, subimos caminando hasta una loma cercana desde la que continuamos observando el tejemaneje sin estar tan expuestos y con un ángulo perfecto para disparar las fotografías y los vídeos que se convertirían en pruebas inculporias de algo. Y ese algo ya era mucho: una matrícula, varios rostros, unas instalaciones con propietario y entidad jurídica a los que se les podría imputar por complicidad, un albarán que chequear, la firma de quien lo expedía y daba el permiso de salida y la del que lo validaba en destino sin reparar en las mermas cuantitativas y cualitativas que se habían producido por el camino. Hilos de los que tirar, carrete para nuestra investigación o para la de los abogados en el futuro si el asunto de judicializaba.

Lo que no previmos fue que de pescadores pasáramos a cebos circunstanciales y que a escasos doscientos metros de nuestra posición estallasen hasta cinco explosivos de considerable potencia, misiles tierra-tierra despachados por cortesía de los rebeldes y contestados casi inmediatamente por los destacamentos del ejército gubernamental desde todos los puntos de la ciudad. El aire de Damasco se enrareció con el sonido y la estela de estos artefactos y el espacio se tiñó primero de rojo y poco después de un gris mortecino. Los colores de la Parca, su bandera y su himno.

Con los oídos aún ensordecidos por las detonaciones, aturcidos por la onda expansiva y salpicados de polvo, tierra y demás fragmentos orgánicos tratamos de reponernos del susto palpando hasta el más recóndito músculo y trozo de piel en busca de sangre o fracturas. Si la estación de servicio hubiera explotado ese reconocimiento corporal, le habría tocado practicarle al forense. Pieza a pieza, como en un puzle.

—¿Estás bien, Rafael?

—Insisto, ¿me tomas por alguien feliz?

—Pues deberías estarlo, aunque no lo seas.

—Tienes razón, me siento tan feliz como un pez fuera del agua.

La cámara de fotos permanecía intacta y nosotros ilesos, con pequeños

rasguños y acojonados, pero ilesos según la definición del diccionario. El camión del hangar había desaparecido, y también el coche que, casualmente o no, se había colado en la fiesta justo antes de los fuegos artificiales. Aquello sí que es una cortina de humo.

Capítulo XIX. La unión hace la fuerza

Sobrevivimos a un ataque de misiles. En un escenario bélico. Ni más, ni menos. No era un logro personal o profesional como consecuencia del esfuerzo, el conocimiento o la disciplina; no merecíamos medalla alguna por haber salido indemnes, tampoco por las heridas leves que nos causó. No simbolizábamos un objetivo definido o fallido ni esquivamos con astucia los proyectiles, no desviábamos su trayectoria, ni servimos de escudos humanos para otros congéneres. Sencillamente, nos pilló allí, sin comerlo ni beberlo, por hallarnos en el lugar equivocado en el momento más inoportuno. Tal cual le pasaba a la mayoría de la población que compraba en un mercado, se cortaba el pelo en un salón de belleza, dormía en su catre, degustaba una infusión en una tetería, echaba un polvo furtivo en la trastienda de un locutorio, subía a un autobús, dejaba a los críos en el colegio, entraba en la oficina, daba un paseo por el parque o hablaba por teléfono. Así de equivocados eran todos los lugares y de inoportunos los momentos. El cachondo del universo agitaba las leyes físicas que lo rigen para producir burbujas y a nosotros nos reservaba el espectáculo de verlas explotar. Literalmente. Ni más, ni menos.

Aunque semejante batallita dentro del apartado de grandes fantasmadas en futuras conversaciones con Ramiro, Mario, Joaquín, Marie, Raquel y el presidente de mi comunidad de vecinos semejante no tenía precio. De hecho, yo no lo hubiera pagado. Ya dejé escrito en un capítulo anterior que el encanto de las fantasmadas reside en su falsedad, y esta, por cierta y vivida, no cumplía con ese requisito indispensable. Mejor contar que coincidí con Ben Laden cuando tropecé en la Atlántida con el Santo Grial. Sonaría más creíble.

Exactamente una semana después de haber estado en el punto de mira del tirillas siciliano aficionado al bingo, las tarantelas y los asesinatos a sangre fría, celebraba aquella efeméride salvándome milagrosamente de una lluvia indiscriminada de misiles. Si los miedos se superaban desafiándolos de frente, sin rehuirlos ni reprimirlos, los míos debían estar de luto, enfadados por el escaso respeto que les mostraba, asombrados del leviatán que habían generado, extrañados de que continuara exponiéndome a un final traumático tras otro en

vez de tirar la toalla, volver a casa y cambiar de profesión, de hábitos, de nombre, de locura.

Sin embargo, ni mi profesión, ni los hábitos propios de la misma, ni mi nombre, ni la locura de dedicarme a lo que vocacionalmente siempre quise hacer eran los causantes de los recientes acontecimientos. Lo de Palermo me sobrevino dando un paseo nocturno para invocar al sueño y espantar el tedio y la soledad de una habitación de hotel fuera del horario y las exigencias laborales, con el caso de Mara finiquitado y resuelto. En Damasco, sí estaba inmerso en los quehaceres de un detective, pero a una distancia más que considerable del foco, y no fueron las personas a quienes vigilábamos las que nos descubrieron y atacaron para deshacerse de nosotros, sino unos anónimos y desconocidos artilleros a decenas de kilómetros, verdugos que ignoraban nuestra existencia, a los que no les interesaba ni nuestra presencia ni la misión que desempeñábamos sobre la loma en la que casi nos entierran.

Somos, cada uno, carne de cañón. Constantemente, regando el jardín en una plácida urbanización del primer mundo ajeno al ictus que te fulminará al soltar la manguera, ingiriendo un producto alimenticio en mal estado entre dieta y dieta saludables, conduciendo precavidamente por la misma autopista que un kamikaze enfarlopado hasta las cejas, tirándonos en paracaídas por afición, saltando al mar desde un afilado acantilado, cruzando una avenida por el paso de cebra, naciendo en Mozambique, arbitrando un partido de fútbol, ligando por Internet, follando sin condón, atragantándose con las doce uvas de Nochevieja o investigando en Siria. No me iba a plegar a la fatalidad del destino porque no creía en este, no en tanto conservara el cerebro, los brazos y las piernas para construirlo y moldearlo a medida que se sucedieran los desastres y los premios. En el balance, maldito balance, idéntica consideración debían tener los unos como los otros, las acometidas de la muerte y las efímeras victorias de la supervivencia. Empate.

La Yejas imperturbable se desternillaba con una risa nerviosa, confusa y catártica por primera vez desde que la conociese y eso me reconfortó a pesar del lamentable estado en el que nos encontrábamos. «Habría que lanzarle más pepinazos para que saque a pasear esa alegría y me cubra».

Nos cubramos, mutuamente. Porque durante el bombardeo, nuestras respectivas anatomías se fundieron en un enredo tal que si no fuera por la gravedad del asunto, un espectador lo habría descrito como «ensayo para una comedia romántica con tintes heroicos». En nuestro solidario afán por

protegernos recíprocamente, yo intenté envolver con mi cuerpo el de Ghada, al tiempo que esta procuraba hacer lo mismo con el mío. Parecíamos dos reptiles apareándonos virulentamente o unos nativos interpretando una danza tribal y psicodélica, brazos, piernas, manos, pies y cabezas se entremezclaban sin que supiéramos a quién de los dos le pertenecían esas extremidades. El resultado de esa innovadora táctica defensiva fue que ambos terminamos embarrados de arriba abajo y afectados por la metralla y otras materias que se desprendieron con la onda expansiva. Solo al incorporarnos y desarticular el nudo carnal que habíamos tejido, algo pudorosos y algo pícaros, rozándonos inevitablemente y disculpándonos azorados cuando un rato antes componíamos una única masa informe, piel con piel, aliento con aliento, ingle con ingle, descubrimos la sangre que brotaba y discurría caprichosa entre los dedos, el pelo, la ropa, las orejas, mezclada como nosotros mismos, glóbulos rojos de ella pegando la hebra con mis leucocitos, unidos como en un pacto sagrado entre pares; y entonces reímos al unísono, rememorando esa interpretación imborrable en la que pudimos haber fallecido abrazados o como se titulara aquella postura inverosímil.

—Y que conste que no me he aprovechado de ti, Rafael.

—No sé por qué te has cohibido, Ghada. Una oportunidad así solamente se presenta cada cinco horas en Damasco.

—Los preliminares no me convencían, demasiado bruscos. Además, mi óvulo izquierdo está en los días fértiles; no me gusta ir a lo loco, soy una señora cabal.

—Empezáramos por ahí.

—Lo pensé, eso sí.

Lo cierto es que en esas tesituras no se piensa de forma cabal ni ordenada, ni si se es señora ni si se es señor; no se piensa directamente, se siente, se actúa por instinto, el corazón late a una velocidad desmesurada, la razón reflexiva y juiciosa se retira del tablero por carecer de margen para aplicar la lógica, para analizar los pros y contras y deducir conclusiones; el vértigo se impone, el terror te paraliza en primera instancia y acto seguido te empuja a escapar, a correr, a esconderte, a amparar al ser querido o al extraño al que ni saludarías en el vagón del metro.

Es la glándula que rige la inteligencia emocional la que toma el mando, recuperando y procesando en décimas de segundo acciones pasadas de corte similar, lecciones olvidadas, imágenes de una película, párrafos de un libro, retales de una conferencia, de una clase magistral, palabras sueltas, fantasmadas

escuchadas, destellos de ingenio, de destreza, de agudeza con los que no contabas, convirtiendo el aturdimiento en fuerza, la impotencia en arrojo, la pulsión de resistir en temeridad.

Te comportas como un zombi hambriento de vida, un autómatas andante que grita, gime, llora, calla, se tapa, reza, blasfema, ama, odia, excava un hoyo, aparta una piedra, escala, bracea, boquea, se mea, se caga, se dignifica o se retrata sin ser plenamente consciente de lo que está haciendo, no hasta que termina el lance y se sabe entero o cuasi entero y la cabeza bulle a menor temperatura y las sensaciones se tornan en recuerdos cercanos que catalogamos y etiquetamos, los bautizamos para entenderlos y explicarlos, para agradecer o reprochar a un dios o al azar la maldición-bendición recibida, para engañarnos y convencernos de que hemos retomado el control, que lo siguiente, lo que venga, lo que nos echen, dependerá enteramente de nuestra voluntad y sensatez, que jamás volveremos a sufrir un percance de ese calibre, pues estaremos en disposición de anticiparlo y abortarlo, nos juramos prestar más atención a los presagios del más acá y del más allá, a aquel olor, color, sabor, silencio, estruendo, temblor insólito que percibimos tangencialmente en la antesala del horror y del que no distinguimos su naturaleza de angelito hot_hot anunciador. A posteriori, todos somos unos videntes de la hostia y la memoria una mentirosa de cojones.

—Un par de días más, Rafael, y te habrás acostumbrado. El truco es tomárselo con humor, rumiar que hay cosas más jodidas, empleos más rutinarios, ciudades con agua potable y tranvía, pero sin alma ni carácter. ¿Acaso preferirías hacer fotocopias en una oficina de Vancouver de nueve a cinco? —Ghada tiró de sorna para sacudirse el pánico y disculparse a su manera por lo que sus paisanos nos habían preparado.

—Hay quienes se fotocopian el culo o las tetas y se lo pasan pipa. Tendría que probarlo para comparar. —Mi pánico también se prestaba a desdramatizar y se consolaba con el suyo.

—Habla con tu agente de viajes a ver qué ofertas maneja.

—Lo haré, cuando presente una reclamación por este imprevisto.

—Venís de turismo a los parques temáticos con demasiadas ideas preconcebidas. A veces el ratón Mickey se cabrea con el pato Donald y se arman estos cirios. Luego se dan un besito y tan contentos.

—De aquellos polvos estos lodos. —La frase hecha se ajustaba como un calcetín a la fábula de Ghada.

—Gracias, Rafael, ya sabes por qué.

—A ti, Ghada. Aun sin beso al final, ha estado bien.

Descendimos renqueantes del montículo apoyándonos el uno en el otro. El coche de Ghada, aparcado en las inmediaciones de la gasolinera, exhibía tres lunas rotas, innumerables pedacitos de cristales en su interior, abolladuras en el techo, en las puertas laterales y los faros colgando de los cables. Combinaba perfectamente con nuestro estilismo informal.

Aparté los añicos esparcidos con un trozo de cartón para no clavárnoslos y ayudé a Ghada a acomodarse en el asiento del copiloto, el tobillo derecho le dolía y se le había inflamado. Consulté la lista de clínicas privadas que mi seguro de accidentes incluía y ella escogió el más cercano y moderno. Arranqué al segundo intento y conduje despacio siguiendo sus indicaciones en dirección al AlFayhaa Hospital, en el área de Midan, un complejo multidisciplinar inaugurado en 2012 a bombo y platillo por el régimen y considerado de primera clase por el Ministerio de Salud.

—¿Descorcharán una botella de champán en nuestro honor?

—No lo dudes, por vía intravenosa.

Las enfermeras y doctores nos atendieron diligente y rápidamente una vez cumplimentados los formularios y resumido el parte de daños. Dentro de aquel recinto aséptico y lujoso reinaba una calma inusitada de puertas afuera, era un búnker aislado de las refriegas belicosas que lo sitiaban. Las dolencias que trataban no se derivaban del combate, las torturas o las escaramuzas, sino de los accidentes domésticos en los hogares de los ricos, diplomáticos y cooperantes altruistas como yo. En los centros públicos, los cadáveres se acumulaban en morgues improvisadas y los heridos eran apilados en pasillos y escaleras. Si quieres la paz, ármate de dinero.

Nuestras lesiones no se manifestaron profundas ni crónicas. Una férula flexible y un bastón para el esguince leve de Ghada, Betadine para los rasguños superficiales de ambos. Sin puntos de sutura, ni grapas ni pruebas diagnósticas en artefactos magnéticos resonantes. El molesto acúfeno alojado en las trompas de Eustaquio (un coñazo de pitido y zumbido en los oídos, segunda fase de la sordera temporal inducida por el estruendo) persistiría e iría desapareciendo gradualmente en los próximos días; nos recetaron reposo, paciencia, unas gotas óticas con antibiótico y efecto antiinflamatorio, analgésicos y no meternos en más líos. «¡Claro, a quién se le ocurriría pintarse una diana en el pecho y colocarse debajo de un misil por propia voluntad!». El condescendiente jefe

médico firmó el alta y nos obsequió con unos caramelos de naranja. Vía manual.

Abandonamos la consulta a pie, Ghada cojeaba ligeramente y meditaba dónde tirar la muleta que le habían prescrito. Mi intención era acercarla a casa en las ruinas de su utilitario japonés y desde allí coger un taxi hasta mi hotel. Así se lo propuse justo cuando tres maromos trajeados y con pistolas enfundadas en las sobaqueras nos interceptaron en el vestíbulo de la recepción y nos invitaron amablemente a subir en distintos coches. Separados.

—¿Y esto es cortesía también de mi seguro médico? Qué servicio tan esmerado e integral —le pregunté y comenté en árabe a mi acompañante.

—No tendrá queja del trato, tranquilo. Y la cena corre de nuestra cuenta.

Que fuese frugal y sin tarantelas, la cena. Con eso me conformaba.

Capítulo XX. El sofá de las pulgas

Con la cantidad ingente de libros sobre autoayuda, coaching empresarial, superación personal, adiestramiento canino, cocina rápida para bulímicos, sexualidad en el ocaso, chapurrear el coreano con trece ideogramas y medio, aeromodelismo de salón, o cómo ligar en tu propio funeral sin parecer desesperado que se publican al año, que yo sepa, a ningún autor se le ha ocurrido escribir un Manual básico del secuestrado, con ilustraciones, dibujitos, consejos útiles y sencillos, testimonios de las víctimas, los captores y los mediadores, ejemplos prácticos, direcciones y teléfonos de interés. Así nos va.

Luego, un día cualquiera en una región conflictiva cualquiera, te ves aprisionado y empanado como una rodaja de jamón de York por dos energúmenos armados y con ojeras en el asiento trasero de un vehículo, a expensas de un taciturno conductor que no necesita recibir órdenes para obedecerlas, y sientes que el sector editorial te ha abandonado.

Y en esa situación no vas a sacar el cuaderno y el lápiz para tomar notas y apuntar ideas; por muy laxos que sean tus secuestradores, no es el proceder más acertado. Tampoco hacerles fotografías de frente y de perfil, ni preguntarles su nombre, apellidos, ocupación y estado civil. Si consigues que te digan adónde te llevan y por qué ya es mucho, aunque no dé ni para el prólogo.

No queda más remedio, por tanto, que dudar en silencio y repasar mentalmente las pocas o nulas opciones a tu alcance: tirarte en marcha, fingir un ataque cardiaco para que se apiaden y te suelten en un hospital o en la cuneta de una carretera, padecer un ataque cardiaco de veras, liarte a hostias, inmovilizarlos con técnicas de artes marciales, con el poder de las ondas cerebrales, arrebatarles el control del coche, entregarlos en la comisaría más cercana, recuperar el teléfono móvil del bolsillo o de la mochila, apretar el botón SOS y esperar a que Joaquín envíe a la tropa de asalto, llamar a tu madre, explicarle en qué jaleo te has metido y confiar en que ella lo arregle todo; llorar, rezar, gritar, solicitar la presencia de un abogado, ofrecerles un soborno, silbar, contar ovejitas, fijarte en el recorrido, contar los semáforos y los giros hacia la izquierda y hacia la derecha, ubicarte en una ciudad que desconoces, cambiar el

testamento, respirar hondo, desestimar todo lo anterior y despedirte de los tuyos sin los tuyos.

—Caballeros, ha sido un placer su compañía y con mucho gusto repetiría este agradable paseo turístico por su maravillosa ciudad otro día que no esté tan cansado y magullado. Puedo apearme aquí mismo, no se molesten en acercarme hasta el hotel; cogeré un taxi. —Largué la perorata usando palabras en árabe, inglés y francés; algo pillarían.

—No tenga prisa, lo mejor está por venir. —El augurio me fue devuelto en inglés desde el costado izquierdo.

—Lo suponía. ¿Creen que voy adecuadamente vestido entonces? Si me dieran solo cinco minutos para anudarme una corbata y una camisa a juego. Ustedes van tan elegantes y no quisiera avergonzarles con mi atuendo de faena ensangrentado.

—Lo de la sangre podemos arreglarlo, es nuestra especialidad.

—Es igual, al fin y al cabo lo importante es la belleza interior, ¿no?

El del flanco derecho hincó su codo con saña entre mis costillas y continuó mirando a través de la ventanilla como si nada. Se había hartado de mis chorradas y en vez de utilizar alguno de los idiomas oficialmente aceptados en aquel reducido habitáculo prefirió advertirme con el lenguaje universal de los signos.

—Mi colega lleva una mala racha, problemas con la mujer y los hijos. No le toque mucho los cojones si estima los suyos.

Entendí perfectamente el mensaje y no añadí más comentarios. Pasarme de rosca o de listillo para provocar su nerviosismo y forzar un error en la cadena de custodia que me permitiera huir no estaba dando sus frutos. Sin espacio suficiente para desenvolverme, en flagrante inferioridad numérica, desarmado y sin la circunstancial complicidad de testigos, en el interior del coche mi suerte estaba echada y amputada, de ahí que los atosigase con esa verborrea repelente con la esperanza de que parasen el automóvil para sacudirme una paliza o pegarme el tiro de gracia en mitad de un descampado, debajo de un puente o donde surgiese. Ya me las apañaría solo, y fiambre, cuando se fueran.

Si lograba alterar uno solo de esos condicionantes negativos que acumulaba, quizá el capullo del universo me señalara un punto de fuga o una coqueta fosa común en la que reposar hasta la fecha de mi funeral, ese en el que ligaría sin exhalar desesperación.

Pero no picaron en el anzuelo ni soltaron prenda. Eran tres hijos de la gran

puta curtidos y sin fisuras. Sus lentejas dependían de que yo compareciese ante mi inmediato destino vivito y acojonado, y no estaban dispuestos a dejarse engatusar por el enésimo petimetre occidental u oriental al que escoltaban a la fuerza ni a malgastar su paga. Para ellos no se trataba de una disputa personal, actuaban al dictado, no se cuestionaban la legalidad de sus acciones ni la finalidad de las mismas. Cuando me traspasaran de manos, me liberasen o me ejecutasen, encenderían un pitillo, charlarían animadamente sobre sus familias y repetirían el protocolo con el siguiente en la lista, así hasta la hora de la cena, tras dar el relevo a los del turno de noche. Un engranaje que alimentaba y depuraba al mismo tiempo las cloacas del Estado. Por eso, los manuales al respecto nunca veían la luz. Agonizaban con el autor.

Mudo y quietecito, pues, como un pretendido buen alumno que asume su fallo y su castigo en presencia del director y sus esbirros a falta de un revólver que le diese ventaja, realicé el resto del recorrido sin padecer más codazos en las entrañas y sin intercambiar impresiones de mi estancia en la mágica Siria. Abandoné por improductiva la contabilidad de los semáforos y las esquinas dobladas, y me centré en meditar qué habría sido de Ghada, cuánto tendría ella que ver con este arresto oficioso, y por supuesto, qué demonios iban a hacer conmigo antes, durante y después de exprimirme como a una naranja, ordeñarme como a una vaca o despellejarme como a un pollo.

Poniéndose en lo peor, daba la misión por concluida y mi estancia en Damasco también. Que me despidiese de Oriente Medio embarcando en un avión por mí mismo o envasado en conserva en una caja de latón pendía de un hilo muy fino, el de mi voz. Esa sutil diferencia en el tipo de carga que mi cuerpo le supondría a la compañía aérea se dirimiría según lo que dijera y cómo lo hiciese, y sobre todo, en función de lo que me reservase cuando mi cháchara sí fuera requerida y bienvenida. Estar a punto de morir tan habitualmente empezaba a ser un coñazo de mucho cuidado.

Sin embargo, tenía algunos motivos para el optimismo: nos habían detenido en un lugar público, a la vista del personal hospitalario, me habían trasladado sin vendarme los ojos y sin apuntarme con el cañón de una pistola, no ocultaban sus rostros, no les preocupaba que me fijara en ellos ni en el paisaje que atravesamos. Incluso me escuchaban y correspondían con frases ingeniosas y golpes. A pesar de los malos modos, me estaban preservando fresco y lozano para mi receptor.

El conductor aparcó en un callejón ciego y angosto delimitado por las

fachadas laterales de tres edificios. Sujeto por los brazos, me introdujeron en uno de ellos por la puerta de servicio y subimos en el montacargas hasta el tercer piso. El descansillo estaba en penumbra y no se oía ruido de vecinos u oficinistas. Avanzamos unos cuatro metros y entramos en un piso vacío de muebles y elementos decorativos. El típico nidito clandestino disponible para torturas, raptos y encuentros sexuales entre agentes a la hora del bocadillo. Mara le habría sacado mucho más partido con unos cuantos trapos de colores y un colchón.

Mis guardianes me depositaron bruscamente sobre un sofá mugriento de la sala principal y se largaron sin estrujarme con un amistoso abrazo. Qué gentes, luego se quejarán de su mala fama. El encargado de interrogarme aguardaba sentado sobre una silla de enea estilo pobre, con las piernas cruzadas y un cigarrillo apagado colgando de la comisura de los labios.

—No era necesaria toda esta intriga para pedirme fuego; aquí tiene mi mechero. —Inauguré el combate homenajeando a Ramiro y a su sentido oportunista para el humor. Y le mostré el encendedor que llevaba en el bolsillo del pantalón. Nada debía temer de un hermano fumador.

—¿Le apetece un té o un café? —Los brebajes me los ofreció en francés.

—Jamás tomo café, ni siquiera en estas circunstancias. Estoy servido, gracias. —Y era cierto.

Aquel oficial (daba por seguro que era un miembro de los servicios secretos sirios aunque no me hubiera enseñado placa alguna, por eso era secreto) cambió su discurso a una jerga árabe ininteligible, intuí que para tenderme una trampa más que por examinar mi nivel. No comprendí el significado, así que respondí sin ton ni son en inglés con el rosario de rigor:

—Trabajo para una ONG internacional con sede en Damasco. Me han contratado temporalmente como apoyo en el departamento de contabilidad y captación de socios. También les ayudo en asuntos de logística y transportes, lo que me obliga a deambular por ahí, esquivar misiles, ser retenido por sus secuaces, en fin... Me gustaría llamar a la embajada o al consulado español, con su permiso.

—Aquí no hay línea telefónica, lo siento.

Ni la coartada ni la invocación de la patria impresionaron a mi interlocutor, un tipo enjuto y hosco con un inglés zarrapastroso, pero seguramente con un ruso magnífico. Me recordaba mucho al asesino delgado de Palermo. Sopesé devolverle los doscientos euros y pelillos a la mar.

—Nos consta que es usted un detective privado español, mister Guerrero, he leído su expediente: máster en servicios de inteligencia cursado en un instituto militar, profesor en la universidad, etc., etc., le ruego que no insulte a mi inteligencia y me diga qué se le ha perdido en esta castigada tierra.

—Quería dar un giro a mi vida y a mi profesión, procurar el bien al prójimo y eso. No se me ocurrió un sitio más recomendable que este para iniciarme en la causa del altruismo, ¿se anima a probarlo? —Tensé la cuerda para medir cuán elástica era, y por si además de ladrar, el sabueso del régimen arañaba o mordía.

—Es usted un maldito espía a sueldo de los gobiernos imperialistas. —Ole, sin más preámbulos.

—Le garantizo que solo soy un maldito, y lo estoy dejando. —Contuve la risa por el sermón propagandístico que me había escupido—. ¿Hay pruebas que me incriminen o es una corazonada?

—¿Qué relación tiene con la señora Ghada Yejas?

—¿Y usted? —Mi curiosidad era doble en ese sentido. Si ella me había empujado a las fauces del león sirio, convenía ir aligerando el fardo de lealtades. Bastante amenazado estaba mi culo como para considerar el suyo, por muy apetecible que fuese.

—Conteste a mis preguntas si quiere seguir contestando a mis preguntas en lo que queda de interrogatorio.

—Es mi intérprete y guía. La contraté por Internet, con la recomendación de la ONG a la que presto mis servicios. El director de la misma puede corroborar mi versión, y ella también, tanto si la retienen en la habitación de al lado como si está supervisando este interrogatorio desde el control de vídeo y audio.

—No se monte peliculitas americanas.

—Le dijo el cazo a la sartén. —El refrán me salió en castellano y no lo traduje.

—Mister Guerrero, su actitud no le está beneficiando, colabore como un buen samaritano o... —se interrumpió para prender su cigarrillo y su paciencia — aténgase a las consecuencias.

El percal se ponía feo y serio, convenía elegir bien qué carta jugar. Aspiraba a no desvelar los intrínquilis de la misión principal porque entreveía que las conexiones del ejecutivo sospechoso con las instituciones gubernamentales serían profundas y promiscuas. Destapar ese asunto traería más problemas que soluciones, la investigación se iría al traste, el investigado de rositas y yo me convertiría en un blanco fácil para sicarios con carné y sin carné. Decidí

entonces deshacerme de un as para preservar los otros tres, y admití en un acto de contrición y arrepentimiento que estaba acechando a un colaborador local de la ONG, por expreso deseo de esta, en un caso de hurto; nada relacionado con la política interna ni con el internacionalizado conflicto armado. Le insté encarecidamente al interrogador que me permitiera demostrárselo cogiendo el expediente de Samer H. que guardaba en la mochila.

Accedió y ojeó esa documentación con gesto displicente, reconociendo enseguida al empleado díscolo, un delincuente de poca monta que complementaba su nómina con el menudeo y el estraperlo al por menor. «¡Cojonudo, caso resuelto desde este sofá con pulgas!», celebré para mis adentros sin expresar emoción o agradecimiento alguno.

—Un par de días más y desapareceré de sus dominios, jefe. Lo justo para obtener evidencias que justifiquen lo que cobro.

—¿No lo hace gratis, mister Guerrero? Poco le dura su generosidad para con el prójimo.

—Lo donaré anónimamente antes de partir, se lo juro.

El oficial no se había tragado mi verídica e incompleta historia y no me extrañaría que estuviera al tanto del operativo con la hidroeléctrica, pero no era gilipollas, ese mismo máster que apuntaba en mi contra también me protegía. Si yo sufría un desafortunado accidente, barruntaría el susodicho, mis compinches militares y mediáticos no tardarían en descolgar los teléfonos y armar un escándalo que perjudicaría aún más la maltrecha imagen del presidente Al-Asad, procurándole nuevas sanciones económicas y condenas generalizadas. La disuasión, basada en hechos reales o no, era más eficaz que el botón SOS de Joaquín. Por esta vez.

—La hospitalidad siria siempre ha formado parte de nuestra identidad como pueblo acogedor y dialogante.

—Este cómodo sofá da fe de ello.

—Mister Guerrero, tiene cuarenta y ocho horas para abandonar el país. Si hasta entonces requiere de nuestra asistencia, estaremos muy cerca de usted. Día y noche.

«¿Qué país?», me pregunté.

Capítulo XXI. El baile de Ockham

Y continué planteándome enigmas después de que terminara el encuentro con los fontaneros del inframundo sirio aunque no antes de ducharme, frotarme con furia, desinfectarme nuevamente las heridas y deshacerme de la ropa con la que había fingido ser el novio de Ghada en el aeropuerto, perseguido camiones, trepado a un montículo, esquivado la muerte sobre este mientras aterrizaban misiles a un palmo de nosotros, visitado un hospital con pinta de spa cinco estrellas, sufrido un secuestro de guante blanco y codos nerviosos, y superado un interrogatorio con el hermano gemelo de un asesino palermitano.

Si las marcas que fabricaban mi atuendo quisieran explotar esa versatilidad de sus prendas grabando un publisreportaje, el guion del mismo ya estaba escrito, ensayado y documentado. Para el próximo caso que aceptase, si hubiera un próximo caso y si yo estuviera en condiciones de aceptarlo, les propondría a estas firmas que patrocinasen mis excursiones, cual hombre anuncio, cubierto de etiquetas y logotipos desde la frente a los pies, a lo Fernando Alonso, el piloto de fórmula 1 que habita debajo de su mono multicolor.

Tumbado sobre la cama de mi habitación del hotel, con un vaso de agua en una mano y un pitillo humeante en la otra, repasé las demasiadas incógnitas que flotaban alrededor de una básica ecuación de primer grado: detective extranjero sospechoso de espiar a un régimen dictatorial asediado, casi aislado internacionalmente y con una guerra civil en el patio interior = un cadáver más sin identificar en la cuenca del río seco y putrefacto.

¿Entonces? ¿Qué fórmula matemática o alquímica me había privado de ese resultado irrefutable? ¿Mis hipotéticos contactos con la fontanería subterránea de allende las fronteras? Muy endeble esa teoría incluso para un estudiante de letras.

El contexto de la escena no coincidía con el texto ni con las actuaciones que se habían desarrollado en ella. Si no pretendían eliminarme y se conformaban con un susto, no hacía falta tanta infraestructura (escolta por triplicado, charleta amena, piso franco, un té, un café, el sofá, el soplo sobre Samer el raterillo, el acompañamiento posterior). Y si lo que buscaban era información, del tipo que

fuese, por qué no rascaron con más ahínco, sin pararse en la superficie de la coartada de libro que les expuse. ¿Ya no se torturaba a los prisioneros, no se corroboraban sus versiones con descargas eléctricas, no se les amenazaba con liquidar a la familia, no se les despellejaba, asfixiaba ni cortaban sus dedos con unas tenazas? Joder, las novatadas en los colegios universitarios revestían mayor crueldad. Y como colofón, me daban un plazo de cuarenta y ocho horas para largarme, ¡cuarenta y ocho horas nada menos! Eso en Damasco equivalía a veinte años, ningún ciudadano tenía garantizada semejante esperanza vital; si llego a apremiar mínimamente, me conceden la nacionalidad y las llaves de oro de la ciudad. O el cargo de presidente electo.

Hasta las pulgas del astroso sofá fueron educadas. Una coacción con olor a lavanda no era coacción. No revisaron el contenido de la mochila ni requisaron la tarjeta de memoria de la cámara fotográfica, no me registraron por si iba armado ni me desnudaron ante la posibilidad de que llevara un micrófono oculto pegado al pecho o en los huevos. Aquellos cuatro individuos (e incluyo al del codazo, el único que mostró cierta hostilidad, justificada por sus problemas domésticos) formaban un escuadrón del miedo que se empeñó en darme risa y pena. Precisamente, esta tosca simulación de lo que a todas luces no eran fue la que me escamó y aterró. Su cursi advertencia estaba tutelada y teledirigida, tan escrita, ensayada y documentada como el guion del publibreportaje sobre mi vestuario de campaña. ¿Por quién, desde dónde, hasta cuándo? Quizá fuera más sensato no averiguarlo.

La inculpación y previsible depuración del ejecutivo local corrupto de la hidroeléctrica anglofrancesa traería sin duda consecuencias para esta y para su competencia, se ganarían o perderían puntos para renovar la licencia de explotación, subiría el precio de las acciones, comisiones y sobornos, un grupo empresarial saldría perjudicado en la misma proporción que su antagonista reforzado, había miles de millones de dólares en juego, cambiarían las reglas y las lealtades, las condiciones y las posiciones estratégicas en las altas instancias que de estas se derivaban. En un entramado tan enorme, enrevesado y fatalista como ese, parecía lógico que le ataran un cordel alrededor de las alas a la minúscula mosca cojonera que yo era. Por acotar su vuelo. O para estamparme contra un cristal cuando se cansaran del zumbido.

La explicación, a toro pasado, era sencilla de argumentar: lo sabían —casi— todo. Y o les importaba un comino, o mejor si cabe, estaban tácitamente de mi lado. No diré que protegiéndome y ayudándome desde la sombra, pero desde

luego no entorpeciendo el curso de la investigación. Que las órdenes partiesen desde el Ministerio del Interior sirio o desde la City londinense no era de mi incumbencia. Que al personal de trinchera con el que me había topado le interesase el éxito de mi misión por cuestiones espurias, políticas y económicas tampoco. Que hiciesen la vista gorda por obligación para favorecer a mi cliente o a su rival corporativo se escapaba de mis atribuciones. Que me permitiesen desempeñar mi trabajo, respirar, fumar y cobrar era una prebenda que debía administrar cautamente antes de que caducase. Implicaciones emocionales cero.

¿Cero? Obviamente no. El factor Ghada y sus presumibles ramificaciones personales, profesionales y sentimentales sí que me concernían, me reconcomían en realidad; y con cada etapa, con cada sorpresa que iba sorteando solo o en su compañía más todavía. ¿Cuál era el rol de ella en esta partida a treinta y cinco bandas? ¿Había dado el aviso mientras la atendían en el hospital para que nos interceptaran a la salida? ¿Era una tapadera diseñada en su propio beneficio para espantar mis recelos y granjearse el estatus de víctima independiente como yo? ¿Alguien era independiente?

Si Ghada ejercía de confidente por lealtad, ¿lealtad a quiénes?, ¿al Gobierno, a los rebeldes, a Israel, a Mario, a mí, a sí misma, a su marido preso en Guantánamo, a su hijo universitario en Oxford, a sus padres amenazados en una remota aldea, al dinero, a Londres, a Moscú, a ninguno, a nadie?

Si vendía al mejor postor los datos que con cuentagotas íbamos obteniendo, ¿con qué movimiento de ajedrez me daría jaque y posteriormente mate; lo gestionaría ella, delegaría en un discípulo, sería compasiva, admitiría una contraoferta? Por el contrario, si estaba a sueldo del conglomerado de los kilovatios o del Gobierno, y por ende, dirigía el cotarro de cabo a rabo, ¿qué coño pintaba yo en este vodevil?, ¿para qué representar la pantomima del detective y la agente de apoyo tras los camioneros y el empleado-señuelo que robaba por mandato en vez de por avaricia o despecho?

Y por último, si mis cábalas respecto de su posicionamiento e inclinaciones eran erróneas y ella remaba por libre, ¿cuánto valía yo para Mario y Ghada? Su comportamiento desde que me recogiera en la frontera con Jordania había sido irreprochable y la actitud protectora exponiendo su integridad en pro de la mía que mantuvo durante el bombardeo de la gasolinera encomiable, ¿qué sentido tenía ese mutismo obstinado, esa indefinición impostada, qué la empujaba a retratarse con claroscuros?

El «principio de parsimonia» (*lex parsimoniae*), llamado popularmente «la

navaja de Ockham», enuncia que «en igualdad de condiciones, la explicación más sencilla suele ser la correcta». Basándome en eso, Ghada no escondía nada detrás de Ghada y el resto de los actores no tenían ni puta idea de lo que se cocía y se limitaban a improvisar sobre la marcha. ¡Bendita inocencia, querido Ockham!

El mismo coche en que me habían conducido hasta el piso franco de estilo minimalista cutre me trasladó tres horas más tarde al hotel sin los dos esbirros flanqueándome en el asiento trasero. El turno vespertino proveía de mayor comodidad. Su conductor permaneció en silencio durante el trayecto y solo al estacionar para que me bajase del vehículo rompió ese apacible desapego hacia mi figura.

—¿Qué estaba haciendo en aquella loma con una cámara de fotos? —Su inglés era perfecto. Y su insidiosa pregunta confirmaba la percepción que tuvimos Ghada y yo de estar vigilados de cerca.

—Simplemente, trataba de impresionar con mi teleobjetivo a una preciosa mujer siria.

—Esa perra no es siria, sino judía, pero coincido en lo de preciosa. —Su apreciación sonó tan panfletaria como rijosa. Usaba un lenguaje machista y agresivo con el que le habían adoctrinado desde pequeño, sin ser consciente de que únicamente se insultaba a sí mismo. Omití reconvenirle porque seguramente Ghada lo hubiera ignorado o se habría mofado de su patética ignorancia, y porque yo no tenía fuerzas para partirle la cara en nombre del género femenino que generosamente le había parido y alimentado.

—¿Qué quieres? —Adiviné su propósito y se lo puse fácil para acabar rápido.

—Aún no he redactado mi informe y por unos doscientos euros podría omitir ese detalle a mis jefes.

Como si sus jefes no estuvieran al tanto del detalle de marras. Le solté doscientos cincuenta euros sin discutir, ni negociar, ni abrir la boca.

—Gracias, amigo. Los sueldos en este país son muy bajos y nadie sabe quiénes serán los próximos jefes a los que sirvamos dentro de seis meses. Si necesita cualquier cosa, ya sabe cuál es la tarifa. Tome, esta es mi tarjeta para asuntos no oficiales.

—Aquí nadie sabe nada, pero el cazo lo ponéis de puta madre.

—Nos confunde con los palestinos.

—Será eso. Gracias a ti, amigo.

Guardé la tarjeta en un bolsillo de la chaqueta por no provocar su enfado y me prometí no recurrir a ese perro aunque mi jornal dependiese de ello. Pobre esposa si la tenía, y pobres vástagos si se había reproducido. Me acordé de la hija de Mara y me alegré de que la catadura moral de sus progenitores, con todas las salvedades, estuviera a años luz de la de aquel veleta.

Afortunadamente, la ducha, el líquido con burbujas, el cigarrillo y la sesión metafísica a lo Hamlet que me pegué a renglón seguido rebajaron considerablemente los niveles de asco y cansancio en sangre. Ghada apareció a medianoche en la habitación del hotel, también aseada y compuesta. Cojeando levemente, de la pierna correcta, es decir, de la lesionada. Su esguince no se había esfumado ni mudado a la otra.

Me eché el albornoz por encima para recibirla y le propuse pedir comida por teléfono o bajar a la cafetería. Rehusó ambas sugerencias con un gesto de la cabeza.

—Lamento mucho el incidente, Ghada. De alguna forma me siento responsable, te he involucrado en esto y que nos secuestraran no estaba recogido en el contrato de colaboración; ¿te encuentras bien, te han maltratado?

—No te preocupes, Rafael. No es la primera vez ni será la última que me detengan, contaba con ello cuando acepté el puesto de traductora y guía de un cooperante español. Y no, no me han tocado un pelo. Se han conformado con mirarme lascivamente y contener sus bajos instintos. ¿Cómo estás tú?

—Me pica el culo, por culpa de unas pulgas. Por lo demás, sin queja alguna: no me han troceado ni me han confiscado el equipo. ¿Quién ha intercedido por nosotros, Ghada?

—¿Ha intercedido alguien? Qué suerte la nuestra, Rafael.

—Sí, qué suerte —entonté la ese de suerte y de sarcasmo con fuerza—. ¿Se han creído lo de la ONG? ¿Te han preguntado algo sobre lo otro?

—No y no. Me temo que su intención era estrictamente apartarme de ti mientras te asustaban y sondeaban, generar suspicacias entre nosotros, aprovecharse de tu vulnerabilidad en solitario. Ha sido un primer aviso, casi de terciopelo, esperaban nuestras mentiras, las que fueran. Sus tiros no apuntaban a ese blanco.

—¿Y cuál es la moraleja de esta entretenida odisea árabe?

—Que no crucemos la línea.

—¿Dónde está esa jodida línea, Ghada?

—En cada paso.

No insistí, Ghada había concretado lo que tenía que concretar y no soltaría una palabra de más al respecto. Su connivencia con los servicios secretos — sirios y extrasirios— venía de largo; si se amoldaba sumisamente al ritmo del baile que nos imprimían o era la maestra de ceremonias, no se desvelaría hasta que la música parase. Y la música, el ruido, nunca se detiene.

Decidimos de mutuo acuerdo postergar el seguimiento a los camiones y al ejecutivo hasta que este volviera de su viaje. Por calmar las aguas y descansar. Las fotografías que capté en la estación de servicio ya eran más que suficientes y suministrarían evidencias gráficas de las irregularidades detectadas.

Aprovecharía ese periodo de reposo o moratoria para ocuparme de cerrar lo de Samer en la sede de la ONG y demostrar a los agentes del Gobierno que mi bondad y solidaridad eran imperturbables. Ghada disfrutaría de un día sin mí.

—Rafael, ¿te consigo un arma?

—Te recuerdo que el espíritu de cooperante me impide empuñar una.

—Precioso espíritu ese. Cuídate.

—Lo intentaré. Nos vemos pasado mañana. —Una afirmación un tanto optimista cuando no osada.

—A las 8 a. m. Adiós.

Al salir Ghada de la habitación, encendí la televisión. La BBC contabilizaba en un millón a los refugiados sirios acampados en el vecino Líbano. Crimea se unía de facto y de iure a la Federación Rusa. Turquía prohibía usar Twitter. Adolfo Suárez, el primer presidente español de la democracia, había muerto. Mis secuestradores no me habían preparado la cena. Rafael Guerrero le debía un SMS a Joaquín...

Se lo envié, con un icono de misil al final del texto. Y anoté en la agenda electrónica del teléfono: Samer-arma-cruzar la línea.

Ghada y Ockham siempre marcando el compás.

Capítulo XXII. De compras

Balance existencial a fecha de hoy

Plantar un árbol: hecho (por Internet, claro). ✓

Tener un niño: pendiente o desconocido. ✓

Escribir un libro: ya iba por el tercero. ✓

Crisis de los 40: en su apogeo, desde los 20. ✓

Dar un nuevo sentido a mi vida: qué pereza, que lo haga ella sola. ✓

Sentar la cabeza: doloroso, cuando menos. ✓

Ayudar al prójimo desinteresadamente: casi, casi. Pero a eso iba. ✓

Reciclar esta nota de papel para salvar un árbol: hecho. ✓

Así concluía, grosso modo, la pesadilla que me entretuvo la noche en que volví de un secuestro exprés con interrogatorio de juguete incluido. Y de ese palo fue desde el inicio, o desde el inicio y durante el desarrollo que yo recordaba a la mañana siguiente cuando sonó el despertador y comprobé que ni había plantado un árbol virtual en la granja de Facebook ni existía tal nota de papel manuscrita sobre la mesilla o el suelo de la habitación del hotel. Con el resto de epígrafes oníricos sí me sentía identificado, los reconocía como propios aun despierto y sin tener yo el hábito adquirido de redactar ese tipo de balances de tanto en tanto. Nunca, para ser exactos.

Mientras en las horas activas la realidad me bombardeaba literalmente y ponía a prueba mi capacidad para adaptarme a las circunstancias y salir airoso con alguna que otra cicatriz, en las inactivas lo hacía el inconsciente con sutiles sermones sobre todo aquello en lo que se me estaba pasando el arroz.

La familia, su fundación y asentamiento, la descendencia y su crianza, el sosiego que la edad procura, el aburrimento de superar los conflictos internos y conformarte con escuchar los de los demás, la madurez de los cojones, el compromiso con tus semejantes, el perro vacunado puntualmente, la nevera llena, la letra de la hipoteca al día, el apartamento en la playa, el coche reluciente por fuera y por dentro, las reuniones en el colegio con los profesores y padres y psicólogos y tutores y orientadores, las funciones de fin de curso, el vídeo de las bodas de plata, de oro, de platino, de cinc y de madera de cerezo en el ataúd, las cenas con aquel matrimonio tan majo, el cáncer de próstata, el de mama, el de la suegra todos los domingos tras la paella, la ecología de pitimí, la incipiente alopecia disimulada con garbo y orgullo, la halitosis mañanera que mata la libido y pospone el polvo apasionado para después del divorcio, los chicles con nicotina y los parches en el hombro para soportar el mono durante la jornada laboral y luego en tu hogar para no viciar el ambiente, la dieta baja en calorías, la pollada del colesterol, el partido de los sábados con tu cuñado, la corbata de los reyes magos, la colonia del cumpleaños, el crucero en agosto, el funeral de tu jefe... ¡Santo Dios, qué espanto!...

Dónde estaban las tremebundas y distorsionadas imágenes de mis captores arrancándome las uñas, aplicándome descargas, negociando mi liberación a cambio de uranio enriquecido o gas sarín; qué clase de visiones me tocaba padecer tras haber sido víctima de experiencias medio traumáticas y desde luego nada comunes; quién me había birlado el derecho a sudar la gota fría recreando heroicas fugas de azotea en azotea, o estéticas y marciales peleas contra decenas de ninjas sirios que se desplomaban al primer hostiazo, pegando saltos mortales, saltos en paracaídas, saltos al vacío desde la presa de La Revolución a trescientos metros de altura, o en persecuciones a toda velocidad al volante de un Aston Martin trucado por las calles de Damasco, a los mandos de una embarcación anfibia, de una nave espacial, de un zepelín, o gozando de bellas mujeres que se sucedían desnudas y deseosas en mi cama sin solución de continuidad, Mara, Marie, Raquel, Ghada, la locutora de la BBC, Miss Playboy 1986, de una en una, todas a la vez, gimiendo hasta el amanecer, desayunando champán y fresas, frotándome la maltrecha espalda en la ducha, traicionándome dulcemente, escribiendo ardorosos apuntes de despedida que jamás reciclaría, anda y que se jodiesen los árboles del mundo.

Sin embargo, la vulgaridad de lo cotidiano se impuso a los miedos y anhelos inventados; lo irracional se tiñó de rutina, de asuntos prosaicos irresolutos,

aparcados, esquivados, tediosos. Los auténticos temores latentes no provenían del campo de batalla, ni de la vileza del supuesto enemigo, ni del peligro intrínseco de la misión, sino de una especie de madre omnisciente que me señalaba con el dedo acusatorio por haberme desviado del camino trazado y no estar a la altura de lo que se esperaba de un hombre de bien.

Dichosamente, esa imagen maternal no la encarnaba Ramiro a golpe de chistes ni cualquier otro allegado; estaba claro que se trataba de una sublimación de mi yo más gilipollas y moralista, ese que agazapado buscaba la oportunidad de espetarme un «ya te lo dije, Rafael» y apuntaba en su lista o balance existencial los hijos y los árboles nonatos para restregármela entre letargos. Allá él, más pronto que tarde se cansaría y dejaría mis sueños en guerra y mis pesadillas en paz.

—Y ahora, a ayudar al prójimo desinteresadamente. O casi, casi, pero a eso voy. —Hablabla con el tipo del espejo para marcar las distancias y recalcar que sus prioridades no eran las mías aunque coincidieran punto por punto. Afeitarse y engañarse, por ese orden.

El día perdido se prestaba pues a convertirse en el día voluntarioso o en el día oficinesco o en el día grande del pequeño Samer H. No se imaginaría este al salir de casa, o previamente en el cuarto de baño compartido con sus padres y hermanos, que recibiría tanta atención y semejante dedicación de un infiel llegado ex profeso desde el antiguo Al-Ándalus para repasarle las cuentas y las conexiones, retratarle con las manos en la masa y en la caja, levantarle de su puesto de trabajo, colocarlo delante de un juez, privarle de la indemnización por despido improcedente y empujarlo definitivamente al lado oscuro con el que hasta ahora solo tonteaba en sus ratos libres. Me iba a amar locamente cuando quedase al descubierto. Las contradicciones de ser bueno.

Negocié con un taxi pirata estacionado en las inmediaciones del hotel un precio alto aunque asumible por el trayecto entre el este y la sede de la ONG en la zona sur de la ciudad próxima al río. Los chóferes legales no se atrevían a trasladar extranjeros ni en horario diurno y aún menos en el nocturno salvo que los untases desproporcionadamente y te convirtieses al islam en cuerpo y alma. En caso contrario, se aventuraban a que les fuera requisado el vehículo en un control aleatorio de la policía o del ejército bajo la acusación de colaboracionismo, se lo ametrallasen una panda de exaltados o sencillamente se lo robaran con ellos y el cliente dentro. Y en España preocupados por el tipo de interés diferencial con el bono alemán a un año.

Instalado en la oficina de la organización, tomé posesión de la mesa que me habían asignado, ajusté la posición de la silla a mi fisionomía y removí con esmero los papeles que se amontonaban en carpetas y bandejas de plástico que los clasificaban por colores y fechas. Tramitados, aplazados, aprobados, admitidos, denegados, enviados, revisados, urgentes, derivados, en proceso, en estudio, concedido, renovado. Cuántos árboles asesinados en nombre de la ecosostenibilidad del país, del planeta, de la galaxia.

En fin, esa era la labor con la que debía lidiar de cara a mi público, así estaba recogido en el contrato. Cuanto más aporrease el teclado del ordenador, más consistente sería la verosimilitud de mi cobertura tanto para los propios empleados, mis compañeros, como para los agentes secretos que me estuvieran supervisando con más o menos inquina, escondidos en la bandeja amarilla, o en la carpeta morada, o en la columna del fondo, completamente mimetizados con la pintura blanca y los desconchones pardos.

No obstante, tal y como se habían producido los acontecimientos la jornada anterior, lo mejor es que fuera objeto de esa vigilancia y que corroborasen que mi coartada era tan cierta o más si cabe que la gran pantomima que unos y otros estábamos representando lejos de aquellas paredes, y que efectivamente, estaba allí, yo, sentado, con los ojos clavados en la pantalla, comprometido al máximo, para arreglar el planeta con brío y bondad. Cómo si no.

Aproveché la conexión a Internet para enviar algunos correos electrónicos intrascendentes siempre desde mi rol de cooperante que justificaran dicha actividad, actualicé los perfiles en las redes sociales creados ad hoc y le puse un escueto mensaje a un tal Ramiro Van Pierce, arquitecto y diseñador de interiores costarricense afincado en Rotterdam (ese era su alter ego camuflado en la red, la única vía segura para comunicarme con él sin despertar sospechas ni señalarle como colega de profesión): ¡¡Guau, guau!!, ladran luego cabalgamos. Cómete la sopa. Abrazo. Una onomatopeya vale más que mil chorradas.

Pasado el mediodía, hice una pausa en mis arduas tareas para almorzar en el comedor subvencionado de la planta inferior. Menú internacional y local para los distintos gustos y comensales que trabajan en el edificio, pasta, ensaladas, cordero, arroz, frutos secos, dulces, emparedados para los más apurados, agua, té y por supuesto, coca cola.

Me pegué indisimuladamente al grupo que rodeaba a Samer en la cola para elegir las viandas y me senté a su vera en el rincón que solían ocupar mis correligionarios habitualmente. Cohibidos la mayoría por mi inesperada

presencia, la conversación discurrió entrecortada, incómoda y plagada de tópicos y preguntas por mero compromiso. Cuando se enzarzaban en algún tema, yo me escudaba en mi supuesta timidez de novato para mantener la boca cerrada y elaborar el plan de ataque a los postres.

La información que me suministraran sus jefes no era tan útil como parecía, ni confirmaba ni desmentía la calaña del tipejo, lo que necesitaba eran pruebas gráficas o documentales y dudaba mucho de que fuera a encontrar facturas con el IVA repercutido o soportado por los servicios prestados a grupos terroristas y similares.

Y justo en ese vacío encajaba perfectamente la idea que Ghada me sugirió sin ser consciente de ello. De ponerla en práctica, Ockham y su principio me echarían un cable.

Con bastante paciencia y una buena dosis de fortuna, logré quedarme a solas con Samer unos minutos antes de regresar a nuestros escritorios. Preparé la caña, enganché el cebo y tiré el sedal. O entonces o nunca.

—Samer, disculpa que te moleste. Estoy recién aterrizado en Damasco y necesito algunas «cosas» que no se encuentran en las estanterías de los supermercados.

—Ajá, corren malos tiempos, todo escasea. —En su rostro se dibujó la desconfianza luchando contra la curiosidad.

—Verás, este amigo común te ha recomendado encarecidamente. —Le mostré la tarjeta del oficial sirio corrupto que me había conducido hasta el hotel y me había sacado doscientos cincuenta euros por su silencio. Si colaba esa carta de presentación, el resto iría rodado. De no ser así, la habría cagado.

Samer ojeó el trozo de cartulina blanco con las letras impresas en negro y me la devolvió enseguida. Sin parpadear ni realizar comentario alguno. Manejaba bien las pausas dramáticas el muy cabrón.

—Pago al contado, sin regateos. También tu comisión. —Su actitud pasiva me invitó a tirarme al barro y rebozarme en él.

—Recién aterrizado y ya se codea con lo más granado de nuestra sociedad. —La ironía era otro de sus fuertes. Muy completito el chaval.

—Estudié Relaciones Públicas en la Universidad de Bagdad, el don de gentes es lo mío.

—De acuerdo; si hay avalista hay crédito.

Sí había avalista y sí había dinero fresco, en divisas, el reclamo más goloso para un estraperlista. La proposición deshonestá surtió efecto y Samer me citó

para aquella misma velada en la entrada del zoco de Medhat Pasha o Calle Recta. Nos íbamos de compras, de shopping alternativo, o derechos a la boca del lobo si me habían tendido una trampa él o los del servicio secreto. Pero algún recuerdo del viaje tenía que llevar a mis familiares.

En el lugar fijado y a la hora convenida, Samer me guio por distintos locales clandestinos, trastiendas en las que se despachan alcohol, drogas, pornografía cutre, visados falsos, pasaportes rusos y bagatelas de ese estilo. Fotografié con cámara oculta todos esos intercambios y contactos, me aprovisioné de un surtido variado para no despertar recelos demasiado pronto y cuando lo consideré oportuno, en pleno zoco de al-Hamidiyya, arrojé la bomba a mi personal shopper.

—En realidad, lo que quisiera adquirir es un arma y una entrevista con el líder de tu célula yihadista. Estoy de vuestro lado. —Ghada y Ockham comenzaron a dar pasos de baile sobre mi cabeza.

La cara de Samer se transfiguró en décimas de segundo y, antes de que articulase palabra alguna, salió corriendo con más espanto que miedo. Pobre diablo. Me alegré por él, la mierda no le llegaba al cuello. Todavía.

Obtuve lo que buscaba, a pesar de que no pudiera demostrar gráficamente que Samer utilizaba el dinero de los donativos para trapichear en el mercado negro de menudencias, sí era evidente que estaba metido en ese circuito y que siendo su sueldo el que era, de alguna bolsa tendría que sacar el peculio. Quizá no lo despidieran ni le denunciaran en esta ocasión, y posiblemente él se abstuviera de mangonear los donativos y cuotas durante un periodo largo. Al final resultó que todos éramos más buenos que el pan.

Me desprendí de los suvenires antes de abandonar el mercadillo y llamé por teléfono al responsable de la ONG para anunciarle que ya no aparecería más por allí, podían devolverle la mesa al desplazado por mi culpa. El informe lo entregaría en Madrid a quienes me habían contratado y conservaría en mi poder el dispositivo móvil corporativo hasta mi salida del país por cuestiones de logística y teatralidad.

—Si alguien pregunta por mí, dígame, por favor, que estoy realizando trabajos de campo.

—Ya lo han hecho, mister Guerrero. Un individuo se ha pasado esta misma tarde por la oficina.

—¿Le ha dicho qué quería?

—Entrevistarse con usted. No dio más detalles ni dejó recado ni señas para

localizarle. Lo siento.

—¿Se identificó?

—Ya ha comprobado usted mismo en Medhat Pasha que las identificaciones falsas en este país son muy baratas.

—Gracias por todo, jefe.

—Cuídese, mister Guerrero.

En este país todo era muy barato, empezando por las lealtades. Si cualquiera sabía lo que otro cualquiera hacía, dónde, cómo y con quién..., mal negocio para los detectives privados. Intenté comunicarme con Ghada, pero su línea estaba desconectada. Igual había sentado la cabeza, plantado un árbol, parido un hijo, escrito un libro, hallado un sentido a su vida..., ¡en veinticuatro horas! Ojalá no, aún no.

Cené en un puesto callejero con el rumor de disparos y cazas surcando el cielo.

—Sé que me están apuntando, ¿pero desde dónde? —El espejo calló.

Balance existencial a fecha de hoy

Seguir vivo: hecho, pendiente, en proceso, en estudio, renovado, ya se verá... ✓

Capítulo XXIII. Del mío

—Buenos días, Ghada. Te llamé anoche, lo de la ONG está resuelto. Ahora dedicaré más tiempo a sentar la cabeza.

—Eres un loco, Rafael, qué cosas se te ocurren.

—Si yo te contara...

—¡Alto ahí!, me protege la Convención de Ginebra.

Por mucho que me esforzase elaborando frases ingeniosas, chascarrillos polisémicos y puntadas con hilo fino de seda, las réplicas de Ghada eran a menudo mejores y más divertidas, sin proponérselo encima. Ella no hablaba, esculpía las palabras en piedra. En lápidas, exactamente. La señora Cáustica encarnaba a la perfección los espíritus de Humphrey Bogart y Lauren Bacall, los dos al unísono, en cualquiera de los clásicos del cine negro que estos protagonizaron. Y a pelo, sin guion escrito ni ensayado, sin apuntador ni director que la hiciese repetir la toma hasta dar con la buena. En el Hollywood de los años cuarenta del siglo pasado, Ghada se habría preparado los sándwiches mixtos con las claquetas de madera y el alma de los productores.

Ni siquiera la inicial desventaja de expresarse conmigo en un idioma que no era el suyo materno causaba mella en su tajante y también ocurrente discurso. Con el vocabulario en castellano-venezolano que atesoraba y recordaba de sus años estudiantiles, le era más que suficiente porque partía de un concepto mental muy efectivo: raja menos de lo imprescindible y actúa acorde a la tarifa pactada. Un minimalismo verbal que le ahorraba meteduras de pata, malentendidos y mal encarados. Resumiendo, era una tipa muy inteligente y esa cualidad se le escapaba por cada poro de la piel aun cuando abriese poco la boca, lo justo para soltar dos sapos, tres culebras y un lazo a la media de mi cuello. Un lazo de regalo y un lazo de ahorcado.

—¿Cómo está tu esguince?

—En el mismo sitio, aunque menos inflamado.

—Si se muda al otro tobillo me avisas.

—Serás el primero en saberlo.

—¿Y el resto de ti, evoluciona favorablemente?

—Sí, doctorcito, no te preocupes tanto por mí. —Ahí estaba el lazo de regalo.

—Cuando usas el árabe o el hebreo, ¿eres igual de encantadora?

—Esas cosas no se le preguntan a una chica, Rafael.

—¿Alguien ha visto a una chica por aquí? —Alcé mínimamente la voz para impregnar de comedia la retórica suicida que le lanzaba cual bumerán.

—Yo tengo a una enfrente. —Y aquí el lazo de ahorcado sesgándome la arteria carótida izquierda.

—Fin del asalto, me rindo, KO técnico. A trabajar.

—Por fin, jefe.

Quién necesitaba soñar con hogares felices o audaces misiones cuando tenía contratada a una púgil dialéctica campeona invicta de Oriente Medio con el gancho y el uppercut más letales desde Muhammad Alí, alias Cassius Clay. La iba a echar mucho de menos cuando retornase a Madrid; quizá me apuntase a un gimnasio de boxeo para no perder cintura o le regalase unos guantes a Ramiro a ver si con los puños atizaba más fuerte que con los chistes de perros pinchadiscos. Preferible lo del gimnasio, sin duda.

—Joder, Ghada, ¿has elegido tú el color del coche nuevo? —Un turismo tres puertas de marca alemana y repintado a brochazos de verde pistacho chillón había sustituido al discreto utilitario japonés en el que nos movíamos hasta el bombardeo de misiles dos días antes.

—La otra opción era un carrito de los helados. Con megáfono sobre el techo y luces giratorias. ¿Quieres que lo cambiemos?

—En Jordania me ofrecieron un tanque, voy de mal en peor.

—Allí, el embargo comercial no les afecta, tienen más oferta en el parque automovilístico.

—Esperemos que no nos disparen por horteras. ¿Puedes conducir o te duele el pie?

—Sin problema.

Nos pusimos en marcha a las 08:10 a. m. rumbo a la sede de la empresa hidroeléctrica; la intención era plantarnos en las inmediaciones y aguardar a que el ejecutivo sospechoso saliese de gira en el coche oficial o en el suyo particular para seguirle. Presumiblemente y según su agenda, ya habría regresado del extranjero y se incorporaría a la rutina de despacho hacia las nueve. El tráfico no era excesivamente denso esa mañana, teníamos margen más que de sobra para llegar, echar un par de cigarrillos con la ventanilla bajada y escuchar la radio.

Así fue cómo me enteré de que habían liberado a dos periodistas catalanes tras largos meses de incertidumbre y arduas negociaciones con el grupúsculo radical que reivindicó su secuestro. Me alegré por ellos y por sus familiares. Nadie haría alusión al monto desembolsado porque teóricamente ningún Estado democrático acata las exigencias de los terroristas. El dinero para comprar armas lo cogen de los árboles o se lo piden a sus papás.

El boletín de noticias se emitía en francés y el locutor explicó con cierto orgullo patrio que el estado de salud de ambos reporteros era bueno a pesar de su aspecto demacrado y sus largas barbas. Tras una escala en Turquía, volarían hasta Barcelona acompañados por algunas autoridades y compañeros de profesión. Las secuelas psicológicas también irían en ese avión.

Diversos estudios de organizaciones internacionales destacaban que Siria era por tercer año consecutivo el principal enemigo de la libertad de expresión y el país del mundo más peligroso para ejercer la profesión periodística. La cifra de corresponsales extranjeros e informadores locales muertos y secuestrados había crecido exponencialmente y esa fatalidad impedía que la verdad de aquella guerra viese la luz.

La puta verdad, que ni existe ni detiene las balas, congregaba a más defensores que los millones de desplazados, los millones de ciudadanos que sobrevivían a duras penas en pueblos y ciudades asediadas, los miles de gaseados, los miles de ametrallados, los miles de hambrientos, los miles de torturados, los miles de huérfanos, viudos, viudas y mutilados.

El personal enviado por los medios de comunicación entraba voluntariamente en el infierno y la mayoría lo abandonaba de una pieza y sin padecer grandes percances. Cualquier víctima merecía el mismo luto y cualquier crimen el mismo castigo. Pero las vestiduras se rasgaban en un sentido mientras las potencias y organismos internacionales hacían el caldo gordo a todos los bandos en conflicto y su hipócrita parálisis crónica para impedir esta masacre se cubría de una moralina insoportable que oscilaba al compás del precio del petróleo. ¿La verdad? La verdad se esconde en el culo de un cerdo, como afirmaba Marlon Brando en *El último tango en París*. Muy adentro.

—¿Cómo resolviste lo de la ONG, Rafael?

—Le pregunté al muchacho si desviaba fondos de los donativos para financiar actividades ilícitas y me dijo que sí, que esa era la verdad, que para qué ocultarla.

—Ya. Generalmente la solución más sencilla es también la más factible.

Enhorabuena.

Ghada entrevió mi cabreo interno con el sesenta por ciento de la humanidad por la manera en que fumaba y maltrataba la colilla humeante contra el cenicero y no insistió ni echó leña al fuego opinando sobre la puesta en libertad de mis compatriotas ni sobre la perogrullada ficticia que le endosé a modo de respuesta. Tampoco le interesarían demasiado el asunto de Samer ni la incursión que hicimos este y yo a los zocos y a los mercadillos negros. Ni siquiera que un fantasma no identificado anduviera rastreándome a cara descubierta por las oficinas de la solidaridad daba por hecho que Ghada estaba al tanto de esos detalles, Ghada y la mitad de la población siria. Lo extraño era que la BBC no retransmitiese en directo mis andanzas, como un reality-show, un Gran Cuñado pero de verdad. La puta verdad.

—La idea para desenmascararlo por esa vía me la diste tú en la habitación del hotel, así que gracias. —En esto sí era sincero, e intrigante.

—¿Yo? Si ni siquiera charlamos de ese tema. Me sobrevaloras, Rafael. No te quites medallas.

—Solo reparto la metralla del éxito. *Lex parsimoniae*.

—Entiendo. De nada, pues.

El directivo fichado emergió por la rampa del garaje de la empresa a bordo del coche que esta ponía a su disposición, sin conductor ni colaboradores adjuntos. Iba solo y esa prometedora circunstancia nos animó después de dos horas quietos y aburridos mirando las ventanas de su escritorio.

Con mucha cautela, Ghada situó nuestro vehículo por detrás del objetivo y yo me centré en verificar si alguien más se unía a la caravana, arrimándose a las ruedas del fruto seco motorizado en el que nos desplazábamos. El panorama, a priori, estaba despejado. Lástima no poder cachear a mi compañera para absolverla de mis recelos. Sin otra intención.

La ronda de visitas de la que fuimos testigos no arrojó evidencias relevantes. Todas ellas entraban dentro de lo previsible: clientes, proveedores, comercializadoras e intermediarios registrados en los papeles del dossier, en principio, limpios y sin mácula. Si en esas reuniones a puerta cerrada el elemento trapicheaba con documentación o dispositivos tecnológicos, era materialmente imposible demostrarlo. Mi equipo fotográfico carecía de rayos X y el presupuesto del dispositivo montado en torno a esta investigación no alcanzaba para colocar micrófonos ocultos en las decenas de negocios satélite relacionados directa e indirectamente con la hidroeléctrica. A lo mejor en cinco

años, entre cincuenta personas y tirando de un pozo de oro sin fondo habría sido viable.

Personalmente, me inclinaba más por la hipótesis de que un testaferro delegado, convenientemente instalado fuera del país, recibiese consignas del ejecutivo para operar desde la distancia, exculpando así al cerebro y evitándole los engorrosos trámites de chalanear cuerpo a cuerpo bajo la atenta mirada de personajes invitados como yo o mis antecesores o de los servicios secretos o de los dromedarios de Kaled. Todo ello, sin descartar la opción de que los robos estuvieran orquestados por Londres, París, Moscú o el Ministerio de Cultura y Deportes. Overbooking de arañitas tejiendo esa inmensa tela para capturar a una mosquita muerta. ¿Qué mosquita? ¿Muerta? Se admitían apuestas.

Pero incluso el disoluto caos tiende de forma natural a ordenarse y comprenderse. Tras almorzar una succulenta bolsa de patatas fritas, nos desviamos de la ruta oficial y terminamos en un polígono industrial a las afueras de Damasco. El ejecutivo introdujo su coche en una nave sin rótulos ni cristaleras, una estructura prefabricada de una sola pieza que aislaba a sus ocupantes del exterior. Ghada estacionó en un cruce cercano.

—Coge la cámara, Rafael, y sígueme.

—¿Adónde? No hay montículos alrededor para que nos frían de nuevo.

—Hazlo, por favor. Y rápido.

Prácticamente me arrastró, a pesar de su leve cojera, hasta una puerta trasera de la nave en cuestión. Eligió una llave del manajo que guardaba en el bolsillo del pantalón y la abrió con suma prudencia. Nadie protegía ese acceso. Atravesamos varios pasillos en penumbra, escalamos una pila de palés con mercancía empaquetada y nos parapetamos sobre uno de ellos, tumbados y conteniendo la respiración. El ángulo era perfecto para retratar la ceremonia que se estaba celebrando a ras de suelo.

—Ese de ahí es un etíope judío que maneja la economía sumergida entre el cuerno de África y Oriente Medio. Compra y vende lo que sea, y es muy respetuoso con todas las culturas y religiones —me susurró Ghada al oído, con sus labios rozándome el cartílago.

—A Dios lo que es de Dios, y al César los depósitos opacos en Suiza.

—Dispara, Rafael, esto es una cuenta atrás.

Fotografié desde nuestra privilegiada atalaya los apretones de manos que le costarían el cargo a mi presa y el talonario a la multinacional que me financiaba el safari. Distinguí, entre el nutrido comité de bienvenida, al oficial

gubernamental que me interrogó en el piso franco escoltado por el conductor que me perdonó la vida por doscientos cincuenta euros, a algunos politiquillos locales y corresponsales extranjeros asiduos a los desayunos hoteleros, a agregados comerciales de embajadas teóricamente enfrentados por las posturas insobornables de sus naciones y creí reconocer incluso al abogado londinense especializado en matizaciones, este último me daba constantemente la espalada, como si estuviera alertado de nuestra velada aparición, aportando su granito de arena en el circo y en las gradas, con todas las cartas marcadas menos la de su estampa.

—Joder, el once titular al completo. —Todas las teorías que había barajado hasta entonces convergían en una única imagen clarividente. Todas menos una: Ghada.

—¿Suficiente, Rafael?

—Sí. Vámonos o nos pondrán una multa por no renovar el ticket de aparcamiento.

En ese gangbang de los poderes fácticos ya no pintábamos nada. Nos habíamos ganado el sueldo con creces y ardía en deseos de otro tipo.

—Un fuerte hurra por las llaves maestras, Ghada. ¿Qué otras cuevas de Alí-Babá tienes a tu alcance? —Nos alejábamos a toda velocidad de la zona cero y mi corazón latía en consonancia con el cuentakilómetros.

—En otra época fui la encargada de seguridad.

—¿De la seguridad de quién?

—Qué más da, Rafael.

—¿Me hubieras matado de haberme encontrado espiando sobre esos palés? En aquella época, me refiero.

—Depende. —Sonó más frío y contundente que un sí.

—¿De qué lado estás tú, Ghada?

—Del mío.

La misión había concluido. Debía abandonar Siria sin demora con las pruebas gráficas aún frescas y las alas de mosca cojonera intactas. O los hilos de marioneta sin cortar. Pagué a Ghada el estipendio convenido y le sumé un generoso plus más que justificado. Por los servicios prestados y por no liquidarme.

La despedida en el vestíbulo del hotel fue desapasionada y estrictamente profesional. Un apretón de manos y un intercambio de suertes venideras.

—Gracias por todo, Ghada. De verdad.

—Aún no he acabado contigo; mañana a las 8 a. m. donde siempre.
¿Estaba eso en el contrato? ¿En el suyo o en el mío?

Capítulo XXIV. Lactosa

Fue desvanecerse la cimbreante silueta de Ghada por la puerta giratoria de la entrada principal del hotel, y echárseme encima un hombre de estatura considerable, pelo enmarañado, barba descuidada, ropas sudadas y maneras de orangután en celo. En la especie humana sobraba un género, y ese era al que yo pertenecía.

—Acompáñeme, por favor, mister Guerrero. —Lo del «acompañeme, por favor» en inglés fue un mero sarcasmo, pues el tipo aferraba con determinación mi brazo derecho y a empujones me desplazó hasta una zona del vestíbulo apartada del mostrador de recepción y del grupo de personas que allí se concentraba.

—Hay cámaras de vigilancia por todo el edificio, van a pensar que tenemos un lío usted y yo. Así que, querido, puede soltarme, sé obedecer solito, tengo experiencia en secuestros. —No confiaba en que los miembros de seguridad del hotel me sacaran del apuro cuando se fijaran en el monitor, pero al menos dejaba constancia de que nuestro baile quedaría grabado.

—A veces esas cámaras no funcionan correctamente, mister Guerrero.

—A veces. Vaya por dios. ¿Qué desea de mí, un autógrafo? Si es así, le advierto de que me está cortando el riego sanguíneo y con la mano izquierda no soy tan ducho como con la diestra. —El cabrón apretaba con fuerza, me dolía más ese torniquete que la falta de alternativas para escabullirme.

—Mire a su alrededor un momento, por si está pensando en pedir auxilio, pelear conmigo o correr. Malas ideas todas. —Me dio la orden soltándome el brazo y dirigiendo mi contemplación con la suya, girando la cabeza de un lado a otro.

Siete de sus correligionarios, apostados en distintos puntos estratégicos, cubrían las salidas y cuidaban de que nadie nos interrumpiese. Uno de ellos me mostró sonriente el arma que portaba en su cintura, los otros simplemente me saludaron cortésmente como lo haría el sastre de la funeraria a un cadáver andante. Una cuadrilla de subalternos disfrutando de la faena desde la barrera y listos para saltar al albero, enmoquetado, si el maestro recibía una cornada del

morlaco de la ganadería Guerrero.

—Muy bien, ha traído usted a sus amiguitos. Admiro su poder de convocatoria, ¿cuántos seguidores tiene en Twitter?, ¿aceptaría a uno más? —Mi grado de provocación incrementaba proporcionalmente el de su cólera; si me iban a finiquitar, que lo hicieran rapidito y sin ensañarse. Un arrebató y adiós a mi microondas. A poco más aspiraba en ese instante.

—No está yendo por buen camino, detective.

—Ah, ya lo pilló, esto es una despedida de soltero y me han confundido con la stripper. Normal, mis curvas me delatan. ¿Qué tipo de numerito os apetece, el de las esposas en plan poli americano o el de me cago en tu puta madre, gilipollas? —A esta salida de tono en mi pueblo la llaman órdago. O farol.

La mención a su progenitora, tal y como imaginaba, no le hizo ni puta gracia y su respuesta me la remitió con el puño cerrado directo al estómago. El impacto fue brutal, caí de bruces contra el suelo con una punzada intensa localizada en el abdomen que recorrió todo mi cuerpo, provocándome convulsiones y un vómito amarillento con tropezones de mi alma. Aunque no lo pareciera, había ganado la primera partida. Su intención no era matarme, no en ese lugar y en aquella ocasión. Le había tocado los cojones delante de su público, de sus acólitos, y en vez de destriparme y mordisquear mi corazón como en aquel truculento vídeo colgado en Internet, solo me había correspondido con un hostión considerable. Ya podíamos parlamentar tranquilamente.

—Levántese, mister Guerrero, y escúcheme sin hacer el payaso, no me obligue a pegarle de nuevo. Hablo en nombre del pueblo libre de Siria... —Se refería a una de las facciones de los rebeldes o insurgentes, contrarios al régimen del presidente/tirano Al-Asad.

—Eso es mucho hablar y mucho pueblo, soy todo oídos y bilis. —Me incorporé con dificultad, pero me incorporé. Cada bocanada de aire me costaba un triunfo procesarla en mi interior. Con gusto hubiera prescindido de esa tarea tan ardua y me hubiera concentrado únicamente en la parrafada patrioter que me aguardaba.

—Una fuente solvente nos ha informado de que es usted detective privado y mantiene conexiones con los servicios secretos de su país.

—No es del todo correcto. Soy detective privado, sí, y tengo conocidos en diversos sitios, como cualquiera en mi profesión. Imagino que esa fuente solvente les habrá contando que su homólogo o antagonista gubernamental ya me interrogó al respecto y no encontró filiación alguna; voy por libre, como el

pueblo ese al que menciona.

—¿Y entonces qué hace un llanero solitario en Siria? ¿No hay trabajo suficiente en España? ¿O su casa está en Moscú? ¿Quizá en Teherán?

—Lo cierto es que en España hay poca actividad, la crisis es una jodienda interminable. La casa rusa suena a novela de John le Carré, le alabo el gusto literario, y lo de Irán a cachondeo, disculpe mi franqueza. Me sobrevalora, yo se lo agradezco, pero se ha equivocado de enemigo o de chivo expiatorio.

—¿Por qué entró al país desde Jordania?

—Un colega me invitó a pasar allí una agradable velada con manjares típicos de Oriente Medio y otras delicias de la tierra. —O Kaled se había ido de la lengua o sus infiltrados en los organismos oficiales eran más eficaces que los propios funcionarios adeptos.

—¿Quién le ha contratado aquí?

—La misma ONG a la que fue usted ayer a buscarme. Soy un cooperante en activo e investigo un caso menor de hurto entre su personal local. Todo en regla y con papeles firmados; no hay más, lo siento. —La cantinela había de ser calcada a la que recité sobre el sofá de las pulgas.

—¿Para qué quería una pistola un cooperante en activo? —Ay, Samer no era tan pobre diablo como le creí; torturado o no, había pegado el chivatazo por convicción política o para mantener su tenderete al por menor.

—Para probar o refutar mi teoría, el arma en sí carecía de importancia. Si quisiera ir armado, no compraría el juguete en un zoco atestado de familias y agentes encubiertos. Intuyo el terreno que piso, es mi obligación y mi salvaguarda, de ahí que me limite a usar el cerebro, aunque no siempre.

—Solicitó entrevistarse con un líder yihadista, aseguró que comulgaba con esa causa...

—Eso demuestra que los ayatolás iraníes no me financian la estancia, un punto a mi favor, ¿eh? Ambos sabemos que jamás conseguiría una audiencia de ese tipo, no con vida.

—Tiene a uno delante y sigue vivo, mister Guerrero.

—Yo no he visto a nadie ni he conversado con nadie. Nunca he estado tirado sobre esta alfombra ¿persa?, ni me he fijado en esa cicatriz de su cuello, ¿de acuerdo?

Me defendí atacando sutilmente, consciente del peligro que esa trepa conllevaba y de que el reloj de arena que pautaba mi supervivencia en Damasco se vaciaba a marchas forzadas y ninguno de mis escoltas circunstanciales, del

bando que fuera, se iba a molestar en darle la vuelta para concederme una prórroga. O flotaba bocarriba o flotaba bocabajo. El portavoz de los rebeldes lo dejó patente.

—No se olvide de chequear la fecha de caducidad de los yogures sirios, mister Guerrero.

—Soy alérgico a la lactosa y a las amenazas que no van acompañadas de un fajo de billetes. Para la próxima, pásese antes por su banco. —O por el bingo, como el delincuente palermitano de la tarantela. Obviamente, omití verbalizar este segundo matiz.

Nunca se me había ocurrido practicarme la prueba para detectar la intolerancia, o la devoción, a la lactosa. Mis yogures iban directamente de la nevera al cubo de la basura. El mismo camino que me estaban indicando con señales luminosas a mí.

El estandarte de la libertad me apuntó con el dedo índice, posándolo suavemente sobre mi sien izquierda como si de un cañón de revólver se tratase, mascullando un ruido semejante al de una bala detonada.

—Así será la próxima. Buen viaje, detective.

Y se largó acompañado de sus esbirros, saludando socarronamente a las cámaras de vigilancia con la palma de la mano asesina abierta. Vomité los restos de mis entrañas. Luego saqué el teléfono móvil y le mandé un SMS a Joaquín: No estoy vivo, estoy resucitado. Atento a posible botón SOS en 24 horas. Emigro. Renqueante tomé el ascensor y subí hasta mi habitación. El miedo y el estrés solapaban el malestar físico, mi prioridad básica consistía en llenar la bañera de agua caliente y sumirme en un sueño balsámico no para reponerme, sino para huir de este mundo. De cualquier mundo.

Caída la noche y la tensión por la temperatura del baño, comencé a preparar mi equipaje y medité seriamente esfumarme de madrugada sin dejar rastro ni nota de despedida alguna. Descarté sin embargo esa alternativa; una fuga alevosa y con nocturnidad encendería las alarmas; con tantos ojos encima de mis movimientos y sin apoyo doméstico no llegaría entero ni a la parada de taxis. Se imponía actuar con relativa calma, ser incluso previsible y respetar el itinerario trazado, que todos mis fans reparasen en que tomaba un avión con absoluta normalidad en el aeropuerto internacional, amparado por la multitud que me serviría de escudo, protegiéndome de mis variados aspirantes a verdugos. Los ilusos envejecen mejor que los temerarios.

En previsión de que mi equipo fotográfico fuese requisado en la aduana, ya

en Túnez años atrás perdí un par de dispositivos muy caros y sofisticados, envié a través de Internet, cifrándolas previamente, las imágenes obtenidas en la nave industrial a la empresa matriz en Londres, descodificando una red wifi distinta a la del hotel y usando por primera vez mi teléfono móvil personal. Si el iPhone estuviera intervenido y los archivos acabasen en el servidor de destino equivocado, reclamaría a Apple un descuento o los denunciaría por publicidad engañosa: «Muy señores míos, el iOS es vulnerable ante los virus y los capullos».

Con la remesa de fotografías pululando por el hiperespacio, mitad allí, mitad allá, tres golpes secos contra la puerta de la habitación me sobresaltaron, anunciándome el inminente estreno de mi velatorio. Réquiem por Rafael y la maleta hecha un cristo. Ay, las manías.

Me arrepentí de no haber aceptado aquella pistola que me ofreciera Ghada con reiteración, y de no haber abrazado a Ramiro en Barajas, de no haber perdonado antes a Raquel por lo sucedido en Brasil y de no haber exigido el microondas por adelantado, lamenté que...

—¿Disfrutando de la BBC una noche más, Rafael? —La voz femenina desde el otro lado de mis lamentos los cortó en seco. Entorné la puerta, suspiré, y cedí el paso a una Ghada vestida de mujer y no de soldado.

—Llegas antes de lo acordado para acabar conmigo. Adelante, por favor. El «por favor» y el «gracias» nos redime de todos nuestros pecados.

No malgastamos el tiempo con más agudezas ni eufemismos, recorrimos el trecho desde la entrada hasta la cama con los labios cosidos y las lenguas en faringe ajena. Choque de trenes en el andén número dos. Fui lo suficientemente sensato como para vislumbrar un ardid y lo visceralmente humano como para caer en él. Con todas sus consecuencias. No siempre se puede estar de guardia.

Nos lo montamos de pie, tumbados, sentados, de lado, por detrás, por delante, por arriba, más arriba, por abajo, a lo bestia y a lo tierno, mordiéndonos, pellizcándonos, arañándonos, girando sobre nuestro propio eje para comernos en sintonía, insultando, besando, lamiendo, escupiendo, sollozando, repitiendo, probando, jugando y derramándonos. Ghada era capaz de correrse en muchos idiomas y yo aguanté en la primera tanda hasta el hebreo. Matar y morir a espasmos, en eso consistía la puñetera alianza de civilizaciones y la jodida vida en definitiva.

Durante una de las pausas, con Ghada presuntamente adormilada, me cercioré de que el envío de las imágenes se había realizado correctamente.

Apagué el teléfono, recalé en el cuarto de baño y volví al lecho del gozo.

—Me alegro de que el material gráfico esté a salvo. Buen trabajo, jefe. —
¿Había algo que escapase a sus antenas?, ¿dónde coño las escondía?

—El mérito es de ambos, compañera. Y ahora que hemos profundizado en nuestra relación profesional, concédeme el capricho de chapotear en el fondo un ratito... ¿Sabías que ese hangar era el centro neurálgico del tinglado desde el principio o fue puro azar que coincidiese con tu antigua oficina? ¿Tuviste trato con el traficante etíope, con el ejecutivo sospechoso, con los agentes del Gobierno, con todos? ¿Estás a sueldo de la City como yo? ¿Dónde ubico a Mario en esta trama?

—Fóllame de nuevo, Rafael.

—Tienes razón, Ghada.

Realmente, me folló ella a mí, generosa y deliciosamente. Y no se justificó, ni por su frenesí sexual ni por su ambiguo papel en la misión. Lo salvaje no eliminaba lo coherente, lo que me volvía loco y me fustigaba. Cuando el cansancio nos derrotó y decidimos parar, yo encendí un cigarrillo y Ghada se incorporó para encender el televisor.

—En mi casa, no tengo parabólica; por eso he recurrido a ti, Rafael.

Qué fácil es enamorarse de tu perdición.

Capítulo XXV. Ghada y más

Mientras atendía al refrito de noticias de la cadena británica (tensión en el este de Ucrania; racismo en la NBA; la ultraderecha avanza posiciones en el espectro político del Reino Unido; el Real Madrid gana la «Décima»; muere el actor Bob Hoskins a los 71 años de edad...), Ghada, desnuda y sentada en la esquina de la cama, posó su mano sobre mi pierna tapada por la colcha y me expuso, a quemarropa, el verdadero motivo de su visita, sin ropa.

—Rafael, hemos puesto nerviosa a demasiada gente y lo que yo sé sobre el asunto principal lo sabrán todos en unas horas. El siguiente aviso no será un puñetazo en el estómago, créeme.

—¿En unas horas?, ¿no se han enterado ya, no lo sabían desde mucho antes de que yo llegara y participara en esta obrilla de teatro que tenéis en cartelera?

—No engordes la vena conspiranoica; ahora no, por favor.

—Vale, me ceñiré a los hechos. Lo que ambos hemos descubierto y retratado será vox populi en el siguiente telediario, ¿por culpa de quién?, ¿se lo has contado tú misma a los del Gobierno, a los rebeldes, a la revista Times, al ejecutivo trilero, a tu exjefe etíope, al rabino de tu sinagoga? ¿O la información se transmite por el éter como la metralla que nos enchufaron aquellos misiles? Ilumíname, Ghada. Solo por una vez, hazme ese favor.

—Me contrataste como apoyo local y para protegerte. Me comprometí contigo y se lo prometí a Mario. No he hecho otra cosa distinta a esa desde el principio; me he entregado —literalmente— a ti arriesgando mi vida y la de mis familiares, y cuando te hayas marchado a tu país democrático y pacífico, la que se quedará aquí, en esta hoguera sin sentido en la que nací, seré yo y no tú, soldadito de fin de semana.

Su regañina, sus reproches, su sermón y sus argumentos inapelables anularon los míos. Desconcertado, agradecido y aliviado, no fui capaz de contestarle punto por punto ni de negarle la mayor. Me fijé en que sus músculos se contraían y sus pezones se endurecían.

—Tienes frío, ven que te arropo.

—Bésame, imbécil.

—A sus órdenes, mi generala.

La besé y la abracé con una ternura inusitada en mí. Ella acopló su cabeza entre mi mandíbula y el hombro. Rodeándome el pecho con su brazo. Cerró los ojos y continuó cantándose las cuarenta.

—Tus suspicacias me hieren, Rafael, ya es suficiente.

—Nos hieren a los dos, Ghada, estamos hechos del mismo acero falso. Discúlpame, por todo. —La historia con Raquel y los misterios brasileños que nos separaron se repetía en Siria. Cuanto más tropiezas con la misma piedra, más cariño le coges a esta.

—Disculpado, lo tendré en cuenta cuando pisotee tu corazón con mis tacones de campaña.

—Siempre fantaseé con algo así, no te olvides de vestirte con lencería militar para ese ritual, me pone muy cachondo...

—Sí, de camuflaje y con lacitos rosas. La femme fatale de camuflaje, portada del PlaySoldier 2014.

—Nacida para matar y pecar.

Las provocaciones de índole sexual impregnadas de sentido del humor, y viceversa, desgraciadamente no desembocaron en el enésimo polvo damasquino por mucho que mi incipiente erección se empeñara en ello. Los revolcones se habían terminado, como las mutuas recriminaciones, y daban paso a un castrante y castrense plan de fuga. Me resultó complicado mostrar interés cuando sobre mi cadera notaba la humedad de Ghada. La castidad se me antojó un castigo incluso más cruel que la crónica de mi suerte y muerte anunciada con la que Ghada me instruyó.

—Si te marchas por la vía normal, te respetarán hasta que estés fuera del país, para no mancharse ni inculparse unos a otros...

—Entonces, la solución es empadronarme aquí, solicitar un préstamo al banco para comprar una casita con jardín, adoptar un perro y un gato, echarme novia formal o esposa y alistarme en el Ejército, ¿cuál me recomiendas, el de los uniformes o el informal? La ironía de este desvarío no estaba exenta de curiosidad, ¿formaría Ghada parte de ese nuevo hogar o me pegaría un tiro por interrumpirla con sandeces de tamaño calibre?

—... Ahora bien, en cuanto pises suelo extranjero en alguna de las escalas del vuelo, ajustarán cuentas en diferido. Todos tienen contactos y mensajeros ahí fuera. No creo que te maten, solo marcarte para que no vuelvas a entrometerte; claro, que el entusiasmo es difícil controlarlo cuando el título de gran héroe de la

patria está en lid... —No, no contraería nupcias conmigo.

—Pobre patria si su defensa depende únicamente del tarado que me rompa los huesos y los arroje al Mediterráneo. ¿No valoramos lo de establecerme en Siria? ¿Te asusta el compromiso?

—En definitiva, chalado, tienes que salir de incógnito, sin dejar rastro, o no saldrás, ¿me entiendes?

—Perfectamente. Lo entendí desde que entraste por esa puerta diez horas antes de nuestra última cita fijada, vestida elegantemente para despistar a los que se han acostumbrado a mirarte de hombre a hombre. Pero el paréntesis entre esa revelación y esta agradable conversación, me refiero a los jadeos y los jaleos, casi consigue que borre la sentencia. Comprenderás que me agarre a ese clavo ardiendo, siquiera de broma, para que no sientas cómo me tiemblan hasta las pestañas del miedo.

—Miedo deberían darte las barbaridades que me has dicho. ¿Y si llego a aceptar tu propuesta de matrimonio? ¿Eh?

—Estaba todo controlado, al milímetro. Además, ¿estás segura de que usé la palabra matrimonio? Suele producirme un sarpullido desde la primera sílaba.

—Cobarde de mierda, aprovecharte de una mujer vulnerable y sentimental.

—¿De cuál? —El final de la interrogación coincidió con el codazo que me atizó en el vientre, apenas recuperado del porrazo propinado por el libertador de pueblos sin afeitar.

—De la que va a subir su tarifa un trescientos por cien para salvarte el culo y las pestañas.

—¿Cuánto me va a costar eso?

—Otro beso y sumisión total hasta la frontera: un chiste más sobre mi feminidad y te abandono.

—Lo consultaré con mi contable.

Con el alba asomando tímidamente y nada más que mi mochila de mano cargada con los aparatos tecnológicos y la documentación imprescindible como equipaje, evacuamos la habitación del hotel y recorrimos el pasillo de esa misma planta en dirección contraria al ascensor y las escaleras para introducirnos en el cuarto de la limpieza. En ese tramo, no detectamos cámaras de vigilancia, salvo que las hubiera ocultas. La cerradura no opuso resistencia a las ganzúas de Ghada y en el interior del almacén hallamos los aperos que necesitábamos para completar la primera parte de la sofisticada huida.

Disfrazados de personal de mantenimiento son sendos monos azules,

empujando un carrito de ropa sucia y con las cabezas cubiertas por gorras con el logotipo del Barça, descendimos en el montacargas hasta el garaje subterráneo. Poco original, aunque efectivo. Desde el semisótano emergimos al lateral exterior del edificio.

—Me da pena desprenderme de mi maleta y de mi ropa, no se merecen ese regalo, el servicio de habitaciones deja bastante que desear.

—Hace un rato no opinabas lo mismo...

—Fuera del menú, todo está rico, muy rico.

—Si no vas a pagar tu estancia, no seas tan exigente, Rafael.

—Me la cargarán en la tarjeta de crédito y, si no, que manden la factura al Gobierno o a los rebeldes, ya que trabajo para ellos, que se hagan cargo de los gastos.

—En tu próxima visita, sé generoso con las propinas.

—Sí, al del tanatorio se las abonaré por adelantado.

Anduvimos un par de kilómetros de esa guisa, más discretos que a bordo del utilitario verde pistacho con matrícula fichada; luego, tomamos uno de los escasos autobuses interurbanos que todavía mantenía regularmente su línea, imprevistos bélicos mediante, que nos trasladó hasta el suburbio de Barzeh, al norte de la ciudad. Allí, Ghada demostró nuevamente su pericia cerrajera rompiendo de una patada la ventanilla de un coche abandonado, que, por su aspecto, otro ladrón había dejado aparcado tras fundirlo hacía cincuenta años. Tardamos unos veinte minutos en hacerle el puente con los cables eléctricos que colgaban del salpicadero, y unos veinte segundos más después de varios arranques fallidos en percatarnos de que bajo el capó no había ni motor ni carburador ni batería ni correa de ventilación. Gatos plácidamente durmiendo sí, tres o cuatro. Los animalillos nos bufaron cagándose en nuestros muertos y se largaron a la carrera despojados injustamente de su refugio. Glorioso bautismo en el mundo del hampa protagonizamos Ghada y yo recién amanecido.

—Adiós a mi sueño de retirarme del oficio, ganarme el pan honradamente y criar mascotas en un barrio residencial como este. Estoy desolado, Ghada.

—Apuntas muy alto, Rafael, paso a paso.

En aquella zona deprimida, una parada de taxis era tan inverosímil como una tienda de Armani. Así que, por unos cincuenta dólares, convencimos a un paisano para que nos condujera en su vehículo particular rumbo a ese siguiente paso que solamente Ghada tenía claro y localizado. Ella le explicó que unos vándalos habían destripado nuestro trasto y que el jefe de la cuadrilla de

operarios nos despediría si no nos presentábamos esa mañana a trabajar. El tipo, más listo que el hambre, simuló que se lo tragaba y se benefició del percal doblando su tarifa inicial. El libremercadillo y sus leyes.

El itinerario de la fuga se alargó unos treinta kilómetros, lo que duró la gasolina del depósito. El conductor paró a repostar en un pueblo fantasma de nombre Duma y allí desembarcamos agradeciéndole su inestimable colaboración.

—Encantado de ayudarles, ¿señor y señora...? —Se despidió el conductor a voz en grito.

—Señor y señora NoPregunte. Gracias por su generosidad, y por la del verdadero dueño del coche. —Le reiteró Ghada en un tono más confidencial.

—¿Cómo sabes que no es tuyo, a quién se lo ha birlado? —Me admiraba esa perspicacia de mi compañera.

—Buenos días, Rafael, ¿eres feliz? —Una manera preciosa de llamarme cándido o tonto del haba.

—Obscenamente feliz.

Próxima a la gasolinera, divisamos una marquesina destartada en la que un grupo de personas aguardaba sentado sobre sus petates y paquetes pobremente embalados. Refugiados potenciales en tránsito, supuse y acerté, con cierto poder adquisitivo, suficiente como para sufragar el billete y conservar veinte euros para afrontar el futuro allí donde concluyera su periplo. En el escalafón de los damnificados colaterales, se les consideraría clase media al borde de inaugurar la extrema pobreza.

—¿Desde cuándo tenías planificada la evasión por este camino?

—Desde hace un par de minutos. Soy una perfeccionista, nunca dejo nada al azar.

—¿Y dónde vamos?

—Lejos.

Por penúltima vez, nos cercioramos de que ningún perseguidor acechaba en las inmediaciones, nos desprendimos de los atuendos que cogiéramos prestados en el hotel, ensuciamos y ajamos adrede los ropajes de calle que traíamos debajo para no desentonar demasiado (Ghada lucía una camisa ancha mía, un pañuelo sobre el cabello y la falda larga de su coqueto atuendo echada a perder con los jirones que le asestó) y nos confundimos entre el resto de pasajeros que hacía cola para subir al autocar que discurriendo lentamente por una carretera secundaria paralela a la autopista M5 nos depositaría cerca de la frontera siria

con Turquía.

—Al final, mi secuestradora has resultado ser tú, Ghada.

—No hagas que me arrepienta, Rafael.

—¿Qué vas a pedir por mi rescate?

—Un microondas.

—¿Eso valgo para ti?

—Confío en que, al menos, eso valgas para tus clientes, amigos y familiares.

—¿Les enviarás una prueba de vida?

—Sí, tu lengua. O tu...

—¿Y si no acceden?

—Cabe esa posibilidad.

—¿Me matarás suavemente?

—No me tientes, Rafael, no me tientes.

Mi escepticismo innato, y hasta cierto punto justificado, no fue óbice para que me mostrase durante el largo viaje, gratificado e incluso cariñoso con mi protectora, o sepulturera. La parte del viaje, eso sí, en que permanecemos despiertos, pues el cansancio acumulado por la gimnasia sexual, el estrés, el temor y la duración del mismo nos predispuso a dormir y descansar en los incómodos asientos tanto como los baches y frenazos nos permitieron. Ghada aceptó esos mimos en público a regañadientes, por el componente de disimulo que comportaban y por querencia también. El amor en el país de la cólera. Otra impostura más de las muchas compartidas con ella.

Evitamos voluntariamente fijarnos en el paisaje que atravesábamos, parpadear ya era un privilegio ostentoso comparado con las penurias que sufría la población inocente de aquellas ciudades y villorrios septentrionales. Aleppo, uno de los bastiones rebeldes ora recuperado por el régimen, ora reintegrado a sus contrarios, representaba la versión más cruda de la sinrazón. Devastada, bombardeada, asediada, saqueada y gaseada, era el epítome de la barbarie sectaria, de la vergüenza y la impunidad. Un pandemonio erigido a la medida del bestialismo del predador humano. Y que me perdonen el resto de predadores por el símil.

Que volaran por los aires nuestras esperanzas y las del resto de peregrinos en un mojón u otro de la calzada era tan factible como arribar de una pieza. La gloria y el desastre equilibrados. En esa ruleta, en esa jornada, la penalización de los bombazos cayó en el sur.

—Qué empeño por devorarnos unos a otros, y no aprendemos, no

aprendemos.

—Vendrán épocas peores, Rafael.

—Nos las merecemos, Ghada.

—Tú y yo no. Aunque eso a la historia le da igual.

Abrazados y conteniendo las lágrimas, nos dijimos adiós en el paso fronterizo de A'zaz-Kilis. Cada tren por su vía. En mi historia, esta que escribo y rememoro, Ghada se merecía el título de un capítulo y bastante más, aunque solo ella y yo comprendamos a qué me refiero.

—¿Te las arreglarás bien sin mí? —Cualquiera de los dos hubiera podido plantear esta retórica cuestión.

—No. —Cualquiera de los dos habría respondido lo mismo.

—¿Me acompañarías al otro lado, cruzarías esa línea, si yo te insistiese por ejemplo así?

—Lo haré, pero a mi manera, Rafael.

Le debía algo más que mi vida. ¿Y una lección de lealtad? Era pronto aún para afirmarlo.

Capítulo XXVI. Al vapor

—No mires atrás, ¡no mires atrás, hostias!

Ese mantra tántrico o zen o de Villanueva de la Serena murmuraba machaconamente en la fila de la aduana turca no tanto para espantar a los fantasmas que a mi espalda abandonaba llorando mi ausencia, algunos solamente mi pervivencia, sino para reprimir el deseo de girarme ciento ochenta grados y reunirme con Ghada, con la idealización que de ella confeccioné en la semana corta en que colaboramos profesionalmente y sobre todo en las últimas veinticuatro horas, cuando la realidad superó con creces a las expectativas.

Me había enamorado como un gilipollas adolescente de un imposible, y ese condicionante, esa fatalidad, hacía que el sentimiento fuera más exagerado, más hondo, más falso también. Un espejismo en medio de un desierto, un desierto existente y asfixiante. A mí la pasión turca me asaltó en Siria, y allí se quedó. No necesité mil y una noches, tan solo una. Y después, delante del agente que selló mi pasaporte y revisó el e-visado que había gestionado por correo electrónico en Madrid antes de que esta aventura comenzase, recuperé de golpe la cordura y el hastío, me reconocí y me fustigué soterradamente.

—¿Algo que declarar, monsieur Guerrero?

—Por desgracia no me atreví a hacerlo en su momento. —No me refería a mis pocas pertenencias.

—¿Perdón?

—No, nada. Disculpe, pensaba en voz alta. Solo llevo esta mochila de mano con material fotográfico, una muda limpia y la documentación.

—¿Y su equipaje?

—Lo enviará directamente la ONG para la que he trabajado en Damasco; pesaba demasiado para cargar con él.

—¿Motivo de su visita a Turquía?

—Turismo. He venido a bañarme.

—¿Cuánto tiempo piensa permanecer?

—En cuanto me seque cogeré un vuelo.

—Pase... ¡Siguiente!

Franqueado el control policial, envié el SMS de rigor a Joaquín: En Turquía, sin pasión. Voy para allá, despacito. Ghada estaría tecleando un texto similar para Mario, o pasándoles mis coordenadas vía GPS a los cazadores. Encendí un cigarrillo que me supo a soledad y nostalgia. Humo tapando humo.

Entrar como ciudadano de la Unión Europea, con los papeles en regla y bien provisionado de recursos financieros me granjeó ciertos privilegios. No me requisaron los objetos de valor, ni cuestionaron el motivo de mi visita, ni tuve que pagar extras bajo cuerda a las mafias organizadas para conseguir un hueco en los campos de refugiados. Era libre, estaba vivo y podía moverme en cualquier dirección. El anhelo inalcanzable de los más de seiscientos mil expatriados sirios que hallaron un cobijo semicarcelario en los campamentos ubicados en las provincias sudorientales de su vecino del norte.

Las autoridades turcas habían levantado hasta catorce campamentos para esta multitud de parias, un centro de alojamiento temporal y otros seis recintos plagados de contenedores reciclados a los que sus moradores llamaron hogar, con sorna y con alivio. Era más de lo que su patria deshecha les ofrecía.

Se les suministraba comida, bebida, ropa, calzado y educación escolar para los menores. También abusos por cortesía de los soldados otomanos e incendios intencionados para saldar riñas, envidias y agravios. El acceso a esas instalaciones estaba protegido con vallas de seguridad y vigilado por militares. Sus habitantes debían mostrar una tarjeta de identificación y superar el detector de metales tanto para airearse fuera como para pudrirse dentro. Quizá por eso, las gentes de esas ciudadelas con barrios, plazas, calles y edificios prefabricados se escondiesen la mayor parte del tiempo en las tiendas de lona y las chabolas de chapa, guareciéndose del calor insoportable y de la ignominia de sentirse sospechosos, mantenidos y culpables por respirar.

El Gobierno turco desembolsaba mes a mes cinco millones de liras turcas (dos millones y medio de dólares) en el mantenimiento de cada campamento. En la construcción de uno solo de estos el gasto del tesoro público se elevó a unos veinticinco millones de dólares. ¿A cambio de qué prebendas internacionales? Lo que pasa en la OTAN se queda en la OTAN.

La acreditación identificativa daba derecho a su portador a diez dólares mensuales que recibía de los organismos locales, la cartilla de alimentos suponía otros cuarenta dólares a cargo del erario central. El monto total por barba de sufragar la desesperación y lavar la conciencia occidental ascendía a cincuenta billetes verdes. Los números son más soportables de manejar que las vergüenzas.

Una casa-contenedor está diseñada para que resida en ella una familia de cinco a siete miembros, dispone de dos habitaciones, cocina, ducha y retrete. El agua se templea con un termo y el calor solar se espanta con abanicos, ventiladores y minineveras. Ellos tampoco tienen microondas. Los más adinerados compran por su cuenta televisores o transistores, los domingos sin fútbol no son domingos. Los comedores colectivos habían desaparecido para abaratar los costes de infraestructuras y logística; cada uno se guisaba lo que pillaba, a fuego lento, como sus ilusiones.

Los alimentos, medicamentos, tejidos, etc., son provistos fundamentalmente por la Media Luna Roja; parte de esos productos se elaboran y venden en zocos improvisados, junto con algunos artículos básicos marcados con la etiqueta de ayuda humanitaria. Los más emprendedores y avisados consiguen permisos de salida y se marchan a las urbes o pueblos limítrofes para ganar un sueldo misérrimo trabajando en la construcción o la hostelería. Regresan a las ocho de la noche o tres días más tarde, satisfechos y baldados, acordándose de que no hace mucho eran profesores, médicos, ingenieros, informáticos, casi felices, casi.

Los reporteros internacionales se acercan para entrevistarlos y documentar gráficamente su tragedia. Los protagonistas se apartan pudorosos, temen que les reconozcan en la televisión o que aparezcan sus nombres en publicaciones y eso les ocasione represalias en carne propia o problemas a sus allegados que permanecen en Siria. Por la noche fuman asustados, humo tapando humo.

El trayecto hacia Ankara lo realicé en otro autobús, aunque de primera clase este, con servicio de cáterin, películas de DVD a la carta, váter a bordo, red wifi gratuita y asientos ergonómicos. Unas mejoras sustanciales en las condiciones que sin embargo no paliaron la fatiga ni el coñazo de viajar durante doce horas seguidas parando en Gaziantep, Baspınar, Nurdagi, Bahçe, Osmaniye... Adana, Yenice, Pozanti, Aksaray, Sereflikoçhisar, Karaali Merkez, Ahiboz, Golbasi y finalmente en la capital administrativa turca.

El resquemor de estar siendo vigilado, además, no desapareció en ningún momento. Esa interminable ruta atravesaba el Kurdistán, una zona conflictiva con un ejército independentista que hasta hacía bien poco atentaba contra el Estado turco con acciones terroristas y que posiblemente hubiese intervenido interesada y subrepticamente en el conflicto sirio para debilitar al Gobierno de Al-Asad y posicionarse favorablemente de cara a una venidera negociación en el reparto de influencias en el norte de ese país, donde también reside población kurda.

Prácticamente descartado, pero no totalmente, Ghada podría haberme traicionado en una penúltima vuelta de tuerca del entramado en el que ella se movía como pez en el agua, en tierra, en el aire y en la cama. Ya me lo advirtió: «En cuanto pises suelo extranjero, ajustarán cuentas sin el factor cancha como hándicap». Si se cumplía su profecía, la expresión «pisar con pies de plomo» sería un buen epitafio.

Procuré llamar la atención lo mínimo, apenas me levanté de mi butaca, dormité fingida y realmente entre curva y curva y jugueteé con mi teléfono móvil apagado cual turista que se pierde el paisaje por estar atento al Whatsapp.

Ni siquiera en el consulado español, una vez dejado constancia de mi paso por esa ciudad occidentalizada a golpe de instituciones oficiales y edificios acristalados me juzgué completamente a salvo. El rumor de una tarantela siria me perseguiría indefinidamente. O yo a ella.

Desde las oficinas de la legación diplomática llamé a Ramiro, entre sus muros; la cobertura era segura por los barridos que periódicamente efectuaban para descubrir micrófonos ocultos y eliminar interferencias externas. Le informé de que estaba entero y de que llegaría a Madrid previo paso por San Remo.

—¿Qué coño se te ha terciado allí, Rafa? Coño es su más amplio significado, ojito.

—Me presento al festival de canción folclórica de este año; nunca te lo había confesado, esa es mi verdadera vocación, il mio vero amore, como el de Silvio.

—Un coño, lo que yo decía. Auguri, caprone. Tráeme algo de eso.

—Lo que le sobre a Silvio tuyo es. Ciao.

Paseé por las calles de Ankara para recuperar la sensación de viajero casi despreocupado, visité algunos lugares de interés y los fotografié por el placer de retratar con mi objetivo un entorno que no contuviese a un energúmeno o a un asesino en el encuadre, «cuesta separar la mierda del trigo».

Según los folletos turísticos que me agencié, «la capital de Turquía, Ankara, es una mezcla de tradición y modernidad, un mosaico de colores y olores proyectado por las sedas, tapices, especias y gentes —¿gentes olorosas y de colores?, qué cachondo y sibilino el redactor/traductor de la guía— que perfuman y pueblan los barrios y los hermosos bazares. Al casco antiguo lo rodean innumerables monumentos históricos: restos bizantinos, romanos y otomanos. Las guerras del pasado son los suvenires del presente. Toma nota, Damasco.

La denominación de Ankara proviene, según la leyenda, de Ancira (ancla),

una de las palabras más antiguas de estos pueblos amantes del mar. Ankara es, por añadidura, la cuna del vino, aquí nacieron los viñedos. ¿Hay algún pueblo que no se proclame creador del vino o de la cerveza? ¿Laponia?

Cuando se declaró la República de Turquía, Ankara era una pequeña población de dieciséis mil almas (y cuerpos, me imagino). No obstante, fue elegida como capital de la reciente democracia, pues Estambul estaba ocupada entonces por los aliados (entre 1919 y 1922). Finalizada la Guerra de Independencia (13 de octubre de 1923), Ankara mantuvo ese estatus. Los comienzos de esta ciudad milenaria se remontan a la Edad de Bronce y la civilización hattí. Dos mil años antes de Cristo se asentaron los hititas, después los frigios, los lidios y los persas. En el siglo III d. C., los galos, raza celta, establecieron aquí su centro neurálgico. Más tarde, los romanos y los bizantinos (el Imperio oriental). En el año 1071 de nuestra era, el sultán selyúcida Alparslan la conquistó e instauró el islam como religión predominante.

Empapado teóricamente de tradición, olores, modernidad y colores, me decanté por acercarme a la mezquita Haci Bayram, un templo selyúcida que fue construido en el siglo XV, con cerámicas de Kütahya del siglo XVIII decorando su interior.

De allí fui al mausoleo de Kemal Atatürk, la tumba del héroe nacional que luchara por lograr la independencia de su tierra y convertirla en una república democrática y laica —bajo la férrea tutela del ejército que comandó—. Un majestuoso edificio construido con piedra caliza terminado en 1953, que se complementa con el Monumento al Futuro situado en el Parque Güven, y en el que se recoge el consejo de Atatürk a los suyos: «Permanece orgulloso, sé trabajador y cree en ti mismo». El precursor de Paulo Coelho con bigote.

Me quedó pendiente para otra ocasión patear la Ciudadela El Hisar, en el casco antiguo de la ciudad; el templo de Augusto, construido por Pylamenes en el año 10 d. C. y reconstruido por los romanos dos siglos más tarde (la inscripción en griego y en latín está considerada como el testamento político de dicho emperador); la Columna de Juliano, erigida en el año 362 d. C., con quince metros de altura y adornada con hojas de acanto; y los baños romanos de Çankiri, contemporáneos de los de Caracalla (siglo III a. C.).

Para compensar esas carencias y ser fiel a lo expuesto en la aduana, acudí a un hamman para someterme a un reparador masaje y cocerme al vapor en las aguas termales. Haciendo caso al prohombre, permanecí orgulloso, fui trabajador y creí en mí mismo. Incluso moderadamente feliz, como le gustaba a Ghada. ¿Lo

sería ella en aquel preciso instante?

Recompuesto y purificado, adquirí desde el cibercafé de ese local un pasaje de avión para ese mismo día y sentado a la mesa del restaurante contiguo probé el famoso manti, un tipo de bola de masa guisada, típica de la cocina turca y de Asia Central, emparentada con el baozi y el mandu del lejano Oriente. El manti consiste en un batiburrillo de carne especiada envuelta en pasta, habitualmente cordero o ternera picada, que se hierva o se cuece al vapor, como yo. Se sirve con yogur y ajo y se adereza con pimentón en polvo y mantequilla derretida. Se puede añadir también zumaque o menta para potenciar su sabor.

El manti fue llevado hasta Anatolia por los turcos que emigraron desde Asia Central. Los jinetes otomanos y mongoles que se desplazaban a lomos de sus caballos portaban manti helado o seco para poder prepararlo rápidamente al fuego durante sus acampadas. Fast food vintage.

En taxi y no sobre un corcel, partí hacia el aeropuerto internacional de Esenboğa. No facturé mi equipaje porque no había equipaje que facturar, la maleta descansaría abierta y revuelta en alguna comisaría damasquina o flotando en el cauce de aquel río seco y pútrido.

En la sala de embarque, compré prensa española atrasada y suspiré porque la espera fuese aburrida, muy aburrida, para equilibrar los acontecimientos. No hubo tal suerte, pues inmerso aún en la primera página interrumpió mi lectura un diplomático anglosajón con perfume de agente del MI6 que estaba al tanto de mis andanzas sirias y que sin preámbulos trató de reclutarme para la causa.

—¿Ya me explicará qué causa, 006?

—La de la paz mundial, principalmente, y la de los kilovatios, tangencialmente. Compartamos conocimientos, compañero.

—O sea, que también trabaja para la empresa que me paga.

—Trabajo para la riqueza común. —Un ingenioso juego con el concepto de Commonwealth, los restos del Imperio británico, ahora un emporio multinacional mancomunado y comercial.

El aviso de la megafonía anunciando mi vuelo acortó la cháchara y el riesgo de ser ahorcado en los retretes públicos. Me lo quité de encima con prudente displicencia no sin antes regalarle la tarjeta del conductor-agente sirio de los doscientos cincuenta euros.

—Contacte con este, es el puto amo del cotarro.

—Have a safe trip, mister Guerrero.

—I hope so, don't you?

Ya en el aire, ajusté cuentas: «Sí, de lealtad. Gracias, Ghada». Adiós, Ghada.

Capítulo XXVII. *Il vero amore*

Aterricé en Italia, sí, pero no en San Remo como le solté a Ramiro y a quien pudiera estar escuchando esa conversación, sino en Roma, la otra y otrora capital del Imperio occidental que sucumbió a los bárbaros más de mil años antes que su hermano bizantino. Veríamos si a mí me ocurriría lo mismo. Era el segundo suelo extranjero que pisaba tras mi salida de Siria por la puerta trasera, y por tanto, la segunda oportunidad para que los enviados especiales del Gobierno de Al-Asad o de los rebeldes o de la asociación de hosteleros de Damasco me cortaran los dedos. O la yugular.

Salvando las distancias, los talentos, la gravedad y la repercusión mediática, me había convertido en un humilde competidor a pequeña escala del anglo indio Salman Rushdie y del napolitano Roberto Saviano, autores amenazados por una fatwa promulgada por los airados ayatolás iraníes (fetua en castellano, decisión de los muftíes o especialistas en la ley islámica que puede tener fuerza y validez legal) y por la mafia calabresa respectivamente tras publicar sendos libros con ficciones y revelaciones bastante incómodas para los retratados en estos. A lo mejor, la adscripción involuntaria y pasiva a este selecto club impulsaba mi incipiente carrera como escritor y lograba vender un 2 % más. Miguitas para mis herederos.

Pero en tanto me llegase la consagración o la ejecución, en el orden que fuese, mientras me mantuviera en pie por mis propios medios y el sueldo de detective privado me permitiera pagar la tarifa del móvil y del dichoso roaming, necesitaría un abrazo de Raquel para quitarme el olor a guerra, a miedo, y a Ghada. Lo que había vivido, física y emocionalmente, en las dos últimas semanas, me había hecho replantearme algunas cosas. En realidad una sola.

—Ciao, boa noite, Raquel.

—¿Rafa? Qué alegría, y qué sorpresa, ¿dónde estás?

—Cerca.

—¿Me giro para verte?

—No tan cerca, por desgracia.

—¡Oh, lástima! ¿Todo bien, trabajando?

—Todo en su sitio, por ahora. De paso en Roma, loco por abrazarte, ¿has cenado ya?

—Me pillas en el descanso del turno de noche, hoy acabaré tarde, y molida. Tengo los tobillos hinchados, como balones de fútbol. —Igual que Ghada uno de los suyos, recordé, y las extremidades de ambas se mezclaron en mi cabeza.

—¿Te escapas mañana para el almuerzo?

—Sin problema, es mi día libre. ¿Hasta cuándo te quedas?

—Volveré a Madrid a última hora, aún no he cerrado el billete. Por si los planes varían.

—¿Los tuyos o los míos?

—Los nuestros.

—Fanfarrón, con faroles a otra que no sea crupier.

—Unos cardan la lana y otros cargan la fama.

—¿Vienes a la orilla del mar o me acerco yo a Roma?

—Como prefieras, he reservado habitación en la Residenza Torre Colonna, con bañera de hidromasaje. No quisiera con esto inclinar la balanza, pero...

—Decidido entonces. Allí al mediodía, ¿sí?

—Con las burbujas en su punto. Beijos, Raquel.

—Beijos, Rafa. Piensa en mí todo el rato.

—Y en tus tobillos.

Tomé un taxi en el aeropuerto y me dirigí al número 18 de la Via Delle Tre Cannelle. El conductor llevaba la radio apagada, bravo!, porque no me apetecía escuchar tarantelas, baladas, bravuconadas ni los resultados del calcio. Si el Juventus se había proclamado campeón de la liga italiana que lo celebrasen en Turín, en silencio, en las catacumbas, no en mi compartimento.

El hotel era un torreón medieval situado cerca de la Piazza de Venecia, del Monumento a Víctor Manuel II y de la Columna de Trajano. Desde la terraza de la azotea, que también disponía de jacuzzi, las vistas de la ciudad eterna eran acojonantes. Un escenario imponente para impresionar a un ligue o para que me arrojasen a él envuelto en una toalla con el anagrama del establecimiento bordado. Un accidente aseado.

Después de registrarme y pegarme una ducha convencional, vacié la mochila de mano sobre la cama para hacer recuento de las existencias. El equipo fotográfico y la documentación delicada la guardé en la caja fuerte, el teléfono móvil que me proporcionó la ONG (el que Ghada me dio se había quedado cubriendo la retaguardia al lado de mi maleta), previa aniquilación de la tarjeta

SIM, cayó a la papelera, compartiendo espacio con la ropa que recorrí el norte de Siria y el sur de Turquía. En Ankara, luego de cocerme en las pozas del hamman, utilicé la muda de reserva, así que me tocaba renovar el vestuario en la capital romana. O lucir con gracia por sus aceras el albornoz blanco que había colgado en una percha del armario. A cara o cruz, según el frío que hiciese.

La cena servida en el avión tuvo la virtud de saciarme y ahorrarme una ronda nocturna en busca de pizza recalentada o kebab de plástico. Cuanto más alejado permaneciese de las sombras y las luces de neón, mejor. Encendí la televisión y seleccioné el canal internacional de la BBC; el ejército sirio recuperaba el control de Homs y los opositores, unos dos mil, eran desalojados en autobuses de color verde pistacho; tres años había durado el asedio, ahora la bandera oficial del país ondeaba en el centro de la población, clavada sobre las cenizas de los que ni podían aplaudir ni podían llorar el relevo de dueños. Simultáneamente, los rebeldes pulverizaban un hotel en Aleppo causando decenas de muertos y heridos, el presidente Bachar al-Asad aparecía con su esposa en un hogar para huérfanos de guerra en un acto de su precampaña electoral prometiendo paz y prosperidad y democracia; Obama recitaba chistes contra sí mismo en la gala anual de corresponsales, Myles Cyrus arrasaba en su concierto en Londres, un loco terrorista resucitado y líder del grupo armado islámico radical Boko Haram secuestraba a doscientas niñas nigerianas para venderlas como esclavas por ocho euros cada una, y el Banco Central Europeo se reconocía preocupado por la deflación aunque fijaba el precio del dinero que prestaba a las entidades financieras en el 0,25. El universo se atusaba su bigotillo y jugaba al bingo con todos nosotros.

Instintivamente, fijé la mirada en las imágenes de Siria tratando de identificar a Ghada entre los supervivientes de esas desgracias, una estupidez infantiloides pues desconocía dónde se encontraba y qué estaría pergeñando en ese preciso momento. Ojalá en su casa, sana, ilesa, con su familia si la conservaba, añorándome un poco, observando en el televisor del salón o en la pantalla del ordenador el canal internacional de TVE por si emitían la reseña de mi fallecimiento en extrañas circunstancias. Otra suposición más ridícula si cabe, de mis restos esparcidos aquí y allá nadie hablaría.

Sintonicé la RAI y una rubia teñida con las tetas a la altura de la garganta me deseó dulces sueños.

—¿Eres feliz, Raphael?

—Qué sé yo, rubia.

Desperté temprano, con los primeros rayos del sol incidiendo contra la ventana orientada al este de mi habitación, un amanecer más, un bonus que se me concedía merecida o inmerecidamente en aquel torreón con la fachada teñida de blanco nuclear por el efecto de la luz natural. Lo festejé afeitándome a conciencia y cepillándome los dientes con frenesí. Aprovechando el madrugón, bajé a desayunar al comedor, sin contrabandistas ni periodistas ni funcionarios-tómbola alrededor, acompañado únicamente por la señora de la limpieza que se afanaba con el aspirador y el servicial camarero que me atendió y recomendó una tienda de moda masculina próxima al establecimiento en la que agenciarme una camisa y otros enseres para mi cita con Raquel.

Al salir de ese local con las bolsas y la tarjeta de crédito temblando, me senté en una cafetería tranquila para redactar una nota digital en inglés usando un procesador de textos en el teléfono móvil. De manera muy concisa, exponía a los carabinieri sicilianos el incidente a las puertas del bingo de Palermo sin especificar mi papel en el mismo y añadiendo una descripción fisionómica del asesino lo más aproximada posible. Fecha del suceso, hora y... mucha fortuna con la investigación.

Anduve más de una hora por la zona hasta que me topé con un locutorio sin cámaras de seguridad, recuperé el documento en uno de sus ordenadores mandándome a mí mismo un correo electrónico y desde la interfaz del webmail di la orden de imprimirlo (un laberinto virtual engorroso pero aséptico; de haber usado la conexión Bluetooth el registro de transferencias con los otros dispositivos me delataría).

Amablemente, le pedí al encargado que metiese la hoja en un sobre sin que pasase por mis manos. Alegando que yo no dominaba el italiano escrito, el hombre me hizo el favor de rotular de su puño y letra las señas que le dicté; la carta iba dirigida a la Fiscalía de Palermo, así que no sospechó que le estuviese metiendo en un lío, y a las malas (si fuera un confidente de la policía o esta lo hubiera fichado por algo, si sus huellas dactilares le incriminasen como amanuense y un perito caligráfico lo confirmara, si el cartero no plantaba las suyas encima, si febrero tuviera treinta días, la Tierra doce lunas y Marte agua con gas bajo su superficie...) siempre podría declarar que ayudó a un guiri inglés apuntándole una dirección, delito no tipificado en código penal alguno. O igual en Irán sí.

—Avrà bisogno di francobolli, signore?

—Excuse me, I don't understand.

—¿Stamps? —Se refería a los sellos para franquear la carta.

—Sure! Please. —Este espontáneo compinche era una mina de oro, incluso los pegó él y me explicó dónde encontrar un buzón y una oficina de correos.

—Thank you so much, sir.

—Prego.

Calle abajo, a una manzana escasa, con el sobre cogido por una esquina y un pañuelo de papel entre mis dedos y esa superficie, me crucé con un repartidor de prensa gratuita que me ofreció maquinalmente un ejemplar. Al contemplar mi negativa, insistió añadiendo la coletilla «es para usted», en castellano. Por no hacerle el feo y porque comprendí que era el mensajero de alguien, lo acepté.

En la portada aparecía la foto del criminal delgaducho siciliano. A todo color y con tipografía de verbena, el titular advertía de que había sido detenido y encarcelado, acusado de encabezar una red de blanqueo de dinero a través de distintos bingos repartidos por el país transalpino. Rompí en mil pedazos la nota, «otro anónimo se me ha adelantado; una espada de Damocles menos», y los tiré a la basura.

Al volverme el repartidor había desaparecido, cómo no. Agradecí mentalmente a mi ángel de la guarda en Granada la intervención teledirigida y me reconcilié con esos periódicos que efectivamente no tenían precio. Que unos legionarios con gorra y chaleco me protegieran en Roma tampoco. Lástima haber renunciado a aquellos doscientos euros de propina por mi mudez, seguro que era dinero limpio, ya blanqueado.

A las doce en punto abracé a Raquel. Ella me correspondió palpándome el culo.

—Esta vez sí que has adelgazado, Rafa.

—He estado practicando deporte extremo la última semana.

—¿Dónde?

—En el extremo.

La invité a comer en la afamada azotea de la Residenza, con el Foro romano de fondo. Hicimos la digestión en el jacuzzi y el amor sobre la cama. Sin arrebatos peliculeros ni demostraciones acrobáticas. Despacio, suave, rico, sin prisas, sin la exultante pasión de la última vez aunque me pesase reconocerlo. O se folla o se piensa. Nunca mezclarlo.

En la pila burbujeante le propuse retomar nuestra relación de forma más seria y comprometida, respetando los hábitos, distancias y desplazamientos de cada uno, y sobre todo, perdonando lo que hubiera que perdonar por ambas partes.

Raquel no rechazó esa opción de plano; sin embargo, me conocía de sobra, también a ella misma, y fue clara en su respuesta.

—Lo vamos probando, Rafa. Ni tú ni yo estamos hechos para fidelidades inquebrantables ni para criar hijos en una casita con un árbol en el jardín. Nos gustamos por lo que somos; si eliminamos eso, a lo mejor nos haríamos más daño que bien.

—Te he echado mucho de menos, Raquel.

—¿En brazos de quién?

—¿A qué viene eso?

—Anda, bésame fuerte, detective.

Raquel había olido a Ghada, se curaba en salud y blindaba su libertad para actuar de la misma manera cuando le apeteciese. Era lo razonable y no me enfadé ni lo discutí, solo la besé fuerte.

De su regazo salté al asiento 24C del vuelo Roma-Madrid. Nadie me esperaba en el aeropuerto Adolfo Suárez-Barajas y eso, lejos de desasosegarme, me reconfortó. «Al fin la hospitalaria normalidad».

¿Me matarían en casa? ¿Habrían caducado los yogures?

Capítulo XXVIII. Ultimátum

La señora de la limpieza que acudía una vez por semana a mi domicilio para que este no perdiese tal catalogación me había dejado un pósit verde pistacho pegado en la nevera con un escueto recordatorio: Hace falta friegasuelos y bolsas de la aspiradora. Si la caligrafía no me fuera familiar, hubiera pensado que se trataba de un mensaje cifrado de mis liquidadores de incógnito para que les comprase el material empleado en la eliminación de huellas y pruebas incriminatorias. Eran previsores y algo tacaños, resultaba injusto que la víctima se hiciera cargo de esos gastos para que ellos ganasen en productividad y competitividad, proponiendo precios a la baja a sus empleadores. Los sindicatos del crimen deberían intervenir para evitar estas malas prácticas gremiales. Una reglas mínimas, fair play.

Lejía perfumada para limpiar la sangre y otros fluidos derramados durante el proceso, aspiración para las pequeñas partículas desprendidas en la agónica lucha por resistirme al fatal desenlace, me refiero a matas de pelo arrancadas, uñas descarnadas, colillas apagadas en la piel, detallitos de este estilo que diferencian al profesional del chapuzas advenedizo que lo deja todo hecho un cristo. Los de la inmobiliaria que me alquilaban el piso estarían encantados de informar al próximo inquilino de que el asesinato de su predecesor se cometió respetando escrupulosamente las normas de higiene y salubridad que marcan las directrices europeas, y que, por tanto, la vivienda era habitable, apta para vivir y entrar llave en mano. Fantasmas y psicofonías aparte: «Traedme tabaco, cabrones», aullaría mi anima en pena vagando entre las paredes, «con filtro, por favor».

O quizá la frase rotulada simplemente aludiese al método que usarían, el modus operandi: mi cabeza a modo de mocho o fregona, «hace falta friegasuelos», dejando como la patena los baldosines de la cocina, y las «bolsas de la aspiradora» cual mortajas en miniatura para mis restos troceados. «El pie izquierdo en esta, y va al recipiente de orgánicos. Los huevos en esa otra más pequeña y la tiráis en el de plásticos y envases, ¿entendido, muchachos? Pues hale, a la faena, que tenemos mucho tate hoy».

Pero la letra pertenecía a Merche, la asistente, y hasta donde alcanzaba mi intuición y mi confianza, ella no quería matarme a pesar de que estuviera harta de mi desorden hogareño y de que me hubiese negado a aumentarle el sueldo exactamente un mes después de haberlo renegociado al alza. Y esos sí que se suponían motivos más que suficientes para justificar un asesinato en primer grado, segunda planta, puerta tercera. Incluso exculpatorios.

Al releer su nota, se me ocurrió que además de dar juego para aquellas elucubraciones morbosas, también serviría como título para un relato literario de tintes costumbristas, con toques de realismo sucio en la línea del implacable autor noruego Kjell Askildsen y sus historias plagadas de personajes decrépitos, escenarios cochambrosos y actitudes tan humanas como éticamente ruines e hipócritas. Aunque por la extensión del encabezamiento más se asemejaba al sello de Murakami: que el lema en negrita ocupe más que el texto del capítulo.

Yendo por ahí igual nos sacábamos el extra salarial mi musa y yo, con los derechos y los beneficios repartidos y la inspiración a flor de escoba. Probaría ese palo si el género detectivesco no me abría las puertas del premio Nobel o, en su defecto, las del ascensor de una editorial que no regalase sartenes, chancletas o fulares de nylon con cada ejemplar.

Antes de acostarme en mi cama, en mi habitación, en mi soledad, en mi retomada vida sin Ghada ni Raquel ni misiles ni agentes dobles lanzándome el anzuelo ni BBC, picoteé un surtido variado de latas en conserva y algún producto fresco al borde de la extinción. Confirmé a Joaquín vía SMS que me encontraba en Madrid y que procedía a desactivar el dispositivo de alerta en el teléfono móvil. Si las pesadillas me asaltaban de madrugada, presionaría el botón del mechero para encender un cigarrillo y no el botón SOS O contaría dromedarios con la mirada perdida en el techo.

Misteriosamente, mi cansancio tenía plan alternativo: dormir del tirón, soñando con angelitos hot_hot que arrastraban aspiradoras por las trincheras de una ciudad sitiada, milicianos con el fusil al hombro gastándose la paga en salas de bingo iluminadas con neones de colores que simulaban las banderas de sus patrias, cañones de Coca Cola que disparaban burbujas y yogures, Kaled pronunciando un discurso en el edificio de Naciones Unidas en Nueva York a lomos de una ¿jirafa? propiedad de su cuñado, el sofá de las pulgas expuesto en una galería de arte turca, en fin, un sindiós considerable que habría hecho salivar a Luis Buñuel y David Lynch. Mi imaginación estaba en racha y yo dilapidando ese talento creativo entre ronquido y ronquido. Muy mal, escritorzuelo, muy

mal. Debía cambiar mis hábitos de alimentación ya.

A primera hora del día siguiente, tras desayunar las deliciosas sobras de la cena y desoír la recomendación anterior, cumplí con el recado de Merche en el supermercado, aprovisioné generosamente la nevera como si verdaderamente creyese que iba a cocinar o hacer un uso cabal de los víveres —pobrecitos míos, qué vanas esperanzas—, apostillé el pósito con un OK, M., productos repuestos. Coge el sobre que hay en la encimera, son tus royalties, y me fui a la oficina en metro, sin escolta ni guía ni traductora. Me sentí cojo.

Recuperar el premuroso devenir del primer mundo por túneles y andenes subterráneos me produjo una rara impresión. Los empujones, las malas caras, el olor a desodorante y sudor colectivos, las escaleras mecánicas averiadas, los estudiantes somnolientos y aislados bajo auriculares tamaño cazuela, las prisas en los transbordos, los ejecutivos de postín con la nariz clavada en la pantalla táctil de las tabletas, los borrachines del primer turno y los que se arrastraban de empalmada, los extranjeros aferrados a sus bolsos leyendo el mapa urbano al revés, los rechonchos guardias de seguridad mascando chicle con pose de vaqueros, los jubilados sin rumbo fijo alargando de estación en estación su aburrimiento y su vacío, los cantantes de rancheras y boleros, los inmigrantes asustados, las señoronas de pelo cardado embutidas en pieles de épocas mejores, los trabajadores por cuenta propia cargados de herramientas y facturas impagadas, la fotógrafa oficial de vagones, rostros y zapatillas para Instagram, el intelectual militante que sostenía las obras completas de Proust o de Dostoievski en ediciones de papel como acto de rebeldía analógica, la muchacha de ojos melancólicos esquivando los guiños del ligón de gimnasio marcando músculos y tatuajes chinos, el policía de paisano con pinta de policía... todas esas rutinas adquiridas, esos arquetipos autóctonos e importados, esas imposturas y honestidades, al filtrarlas por el tamiz de lo que había experimentado recientemente en Siria se me representaron tan acogedoras como huera. Apetecibles y obscenas en la comparación. ¿De qué nos quejábamos tanto aquí? ¿Era un derecho conquistado o un lujo arbitrario? Aun con la maldita crisis económica a costas y sus nefastas consecuencias para las capas de población más vulnerables y desprotegidas, las ruedas del molino continuaban girando, renqueantes y desacompasadas, sí, pero girando al fin y al cabo; el río no estaba seco del todo, las alarmas antiaéreas no condicionaban nuestros horarios y del cielo no llovían proyectiles. El ejercicio público y privado de la eterna insatisfacción, con motivos o sin ellos, era el mayor logro de la libertad y el

progreso. Si a otra meta no aspirábamos como especie, que al menos se extendiese por cada rincón del planeta en botellas de 33 centilitros.

Enfrascado por imperativo administrativo en las tareas oficinescas que se habían acumulado durante mi ausencia, me enteré de que Ramiro andaba por Segovia indagando en un caso de falsos herederos y suplantación de identidades, según me dijo cuando llamó. No le vería por allí hasta que lo resolviera, en dos o tres jornadas más de trabajo.

—Posponemos el abrazo de bienvenida, Rafa.

—Abraza al Acueducto, joder, que pareces un teletubby.

—Qué a gusto se habrá quedado la guerra sin ti, espartano.

—Eso es cierto, ahora descansa en paz.

—Si te agobia el choque postraumático, me avisas.

—¡Hecho! Un dolor se quita con otro dolor más fuerte. Adiós.

Urgido por el consejero delegado setter irlandés de la filial hidroeléctrica española, que se presentó al mediodía en mi despacho sin perritos falderos (obviamente estaba al tanto de mi regreso), cerré definitivamente el asunto sirio, negándome a exponer mis conclusiones en Londres esa misma tarde. Bastantes kilómetros había recorrido mientras que mis clientes controlaban desde sus cómodas poltronas cada casilla del tablero por la que avanzaba o retrocedía. Nada tenía que añadir y nada que preguntar. Tomar un vuelo de ida y vuelta para comentar con el señor de las luces y sombras la meteorología en Oriente Medio me tentaba todavía menos que rodear con los brazos a mi sentimental colega.

Le entregué el material audiovisual original así como un borrador del informe que había redactado en los minutos previos a su visita con los pormenores de la misión, omitiendo peripecias personales y sorpresas esclarecedoras. Con una última línea ambigua pero perfectamente inteligible para los destinatarios: «... como ustedes ya conocerán perfectamente, desde el principio».

—Estamos muy contentos con sus servicios, señor Guerrero.

—Y yo con su dinero.

—Contaremos con usted en el futuro.

—Ya saben cómo encontrarme, vaya a donde vaya.

—Un placer, gracias por todo, detective.

—A ustedes. —En plural, para no olvidarme de ninguno.

Y nos dimos la patita en la despedida canina. El aristocrático setter y el vulgar sabueso. Sobre mi mesa había depositado el cheque pendiente con la cifra

pactada, tras fotocopiarlo, introduje el duplicado en la carpeta correspondiente que archivé en el estante clasificado alfabéticamente por la U, de Ultimátum. Fin. O casi fin.

Después de comer, me acerqué paseando a la sede madrileña de la ONG para devolverles la acreditación, agradecerles la cobertura y proporcionarles la documentación gráfica que acreditaba a su empleado local, Samer, como un rufián de baja estofa que trapicheaba en los submundos damasquinos para sobrevivir.

Le expliqué al responsable que no pude corroborar in situ que malversase los fondos de los donativos ni que mantuviera conexiones con grupos terroristas, facciones radicales de carácter religioso, políticos corruptos del régimen o rebeldes megalómanos.

—Es un pez muy pequeño, a lo sumo se aproximará a las ballenas y a los tiburones para pillar cacho, con más miedo que audacia.

—Eso no le exime del delito.

—Por supuesto, ni el delito le exime del hambre.

—¿Qué sugieres que hagamos con él, Rafael?

—Eso no me toca decidirlo a mí.

Se nos olvida con mucha facilidad lo que somos cuando juzgamos a los otros. Cualquiera que hubiera tenido la puta mala suerte de nacer en Siria y padecer un conflicto bélico larvado, cruel y telemanipulado muy probablemente desviaría recursos de los proyectos ecosostenibles al estómago de los suyos, técnicamente, la inversión no salía del país. Peor sería evadirlos a Suiza o a la City en un jet particular. En Europa ya hay muchos paraísos y jardincitos.

Como sostenía Ghada, aquel infame tinglado no era una cuestión de bandos, ni tan siquiera de lealtades. «Esto consiste en que la BBC no destaque tu nombre en la lista de desaparecidos o en la de cadáveres identificados».

Transcurridos un par de días, envié por correo postal y en efectivo el importe íntegro de mi sueldo como cooperante a la misma organización que me había contratado. Remitente: Anónimo. Referencia: carnaza para los escualos. «Buen provecho, Samer».

Ese fin de semana me fui de boda. El final feliz por excelencia. Se casaba por lo civil Marie, la corresponsal francesa, superado con creces y en tiempo récord el periodo de noviazgo con Álvaro, el publicista. Ella me había pedido expresamente que fuera uno de los testigos. Intenté escaquearme de esas funciones, pero amenazó con asignarme el papel de dama de honor y no tuve

más remedio que acceder.

La ceremonia se celebró en el Ayuntamiento de Torrelaguna, un precioso pueblo al norte de la comunidad madrileña, patria chica del contrayente. Oficiada por el alcalde y amigo de la pareja, duró un suspiro y medio. Se dieron el «sí, quiero», se besaron los morros, un tonto del culo gritó algo incomprensible, los invitados reímos por compasión y nos marchamos en armonía a comer en un asador.

Entre los postres y los chupitos, el cónsul francés se sentó a mi lado para expresar en su idioma «el reconocimiento a mi impecable labor en esa misión tan delicada». Sin inmutarme, acostumbrado a los triples sentidos, le correspondí en árabe.

—Allahu Akbar. —Alá es grande.

Para concluir el evento, los asistentes rodeamos a la novia y la jaleamos en el lanzamiento del ramo. Azarosamente cayó justo delante de mí. Mi pasividad y desgana al recogerlo del suelo me granjeó un sonoro abucheo. Marie en cambio sonreía indisimuladamente.

¿Ultimátum o muerte? Dudé por un instante. Aunque estaba claro qué elegiría. ¿No?

Capítulo XXIX. Epílogo. Humo tapando humo

Ramiro obtuvo su deseado y fraternal abrazo no por la felicidad del reencuentro ni para celebrar el éxito de nuestras respectivas gestiones de alto riesgo en Segovia y Siria, sino por agasajarme con una morcilla de arroz, unos torreznos y un casero ponche segoviano, el dulce más dulce del hemisferio norte. Apuntó directo a las tripas y por ahí me sabía ganado para la causa.

—Lo he cargado a la cuenta de gastos, en el epígrafe de sobornos.

—No esperaba menos de ti.

—¿Cómo estás, te has divertido allí?

—No he parado de reírme y de bailar, aquello es una fiesta del carajo. Como las Fallas de Valencia, petardos, castillos de fuegos artificiales, ninots ardiendo, la gente corriendo como loca de un lado a otro para no perderse las actuaciones de los grupos invitados...

—Eres un granuja, Rafa, nunca me llevas a esos saraos.

—Te prometo que a la tercera guerra mundial iremos juntos.

—Como no cumplas tu palabra, te mato.

—Lo mismo se te adelantan.

Durante la cena en que derivó la charla iniciada en el café de media mañana, le resumí ya más en serio las peripecias por Oriente Medio sin exagerar un ápice ni faltar a la verdad, encadenando los hechos unos detrás de otros por orden cronológico, omitiendo nombres propios para no comprometer la seguridad de ambos, también la sentencia de muerte o de castigo que pendía sobre mí para no acojonarlo y por supuesto el desliz con Ghada fuera del horario laboral. Una agente judeo-siria educada en Venezuela con un oscuro pasado era suficiente reclamo para adornar la historia. Se trataba de hacer pasar por fantasmada una vivencia verídica y para ello disponía de ingredientes más que de sobra. Ramiro escuchó atentamente y fingió que me creía. Objetivo alcanzado.

—Se te da bien inventar historias, Rafa, deberías ser novelista.

—En eso estoy, Ramiro.

—¿Cómo se titulará el libro?

—Dudo entre Un microondas y Hace falta friegasuelos y bolsas de la aspiradora.

—El segundo es más contundente, se venderá solo.

—Voy a pedirle a Salman Rushdie y a Roberto Saviano que lo prologuen.

—Procura hacerme justicia cuando me cites.

—Serás el protagonista en la sombra, no te preocupes.

Un mes después de mi anterior visita, volví a Granada y repetí el ritual culinario en compañía de Mario, el omnipresente experto en conflictos internacionales y auténtico factótum de mi aventura. En esta ocasión, la factura y la propina las sufragó de su bolsillo. Si yo había cobrado, él también.

No hablamos de Siria ni de nuestra común amiga hasta bien entrada la tarde, sentados en el porche de su casa, con vistas a la Alhambra y Sierra Nevada. El marco idóneo para entregarle un pequeño paquete envuelto en papel de periódico sin señas ni lema alguno que había portado en mi mochila desde que me separase de Ghada en la frontera turca. Mario no hizo ademán de abrirlo en ese momento, lo depositó sobre la mesa y continuó contemplando el impresionante paisaje, ilustrándome acerca de los topónimos que los árabes pusieron a los distintos picos de la cordillera montañosa.

—¿No me vas a decir qué te he traído?

—Se supone que eres tú el que me regala el souvenir a mí, ¿no?

—Me daba pena romper el lazo tan bonito para cotillear dentro.

—Digamos que ha sido y es tu salvoconducto. Un chaleco salvavidas en miniatura.

—Me habéis utilizado vilmente.

—Y tú a nosotros. Encima has cobrado.

—Y casi palmado.

—Y follado, no te quejes. No llores, Boabdil.

—Quiero mi microondas ahora mismo.

—No te jode, ¿y qué más?

—Si todos conocíais lo que pasaba allí, cómo, cuándo y quiénes estaban implicados, ¿para qué cojones me mandasteis al culo del dromedario?

—Eras una maniobra de distracción perfecta, un actor secundario de lujo y necesario. Cuanto más se fijaran en ti, con mayor libertad actuaría un hipotético equipo titular.

—¿Haciendo qué, Mario?

—Arreglando el mundo, Rafa, ¿qué otra cosa si no?

—Cabrones.

—Gracias.

Al parecer, había trabajado en aquella misión para todos y para ninguno. Un héroe y un pelele. Mi sino.

—¿Eso estaba en el contrato?

—No soy abogado, Rafa, lo siento.

La conversación se alargó un par de horas más, nos liamos con el fútbol, los recortes del Gobierno, la ley que el Ministerio del Interior había propuesto al Parlamento para que los detectives privados no pudiéramos investigar a los políticos cuando nos lo encargaban otros políticos, Sicilia, los buenos tiempos, los malos tiempos...

—Menos mal que la realidad es más antigua que nosotros, Rafa.

—En algunos lugares incluso más que el mundo.

La oscuridad de la noche cubrió el decorado de fondo y un apasionante caso de infidelidad conyugal me aguardaba temprano al día siguiente. Estreché la mano de Mario mientras abría la puerta del coche. Él aprovechó el apretón para colocarme una nota manuscrita en la palma.

—No es anónima, tranquilo, sabrás quién te la envía.

—Tú que eres un experto, ¿Alá es grande?

—No más que la Coca Cola. Buen viaje.

Guardé el legajo arrugado en mi chaqueta, prefería reservar la lectura para cuando me hallase solo. Conduje por la autopista A-4 al límite de la velocidad permitido, rememorando el horizonte de Jordania y Siria, observando de reojo si algún vehículo se pegaba al mío con fatales intenciones, fumando un cigarrillo detrás de otro. «¡Más humo, es la guerra!».

A mitad de camino me detuve a repostar gasolina y tomarme un refresco en la cafetería de la estación de servicio. Apoyado en la barra saqué la nota:

Gracias, Rafael. Ahora todas las deudas están saldadas. Podrás vivir apaciblemente el resto de tu vida aunque no creo que esa idea te atraiga demasiado.

Y por cierto, suerte con Raquel. Insiste, ella sí es de esas.

El beso.

Ghada

La jodida contabilidad.

—Lo he cargado a la cuenta de gastos, en el epígrafe de sobornos.

—No esperaba menos de ti.

—¿Cómo estás, te has divertido allí?

—No he parado de reírme y de bailar, aquello es una fiesta del carajo. Como las Fallas de Valencia, petardos, castillos de fuegos artificiales, ninots ardiendo, la gente corriendo como loca de un lado a otro para no perderse las actuaciones de los grupos invitados...

—Eres un granuja, Rafa, nunca me llevas a esos saraos.

—Te prometo que a la tercera guerra mundial iremos juntos.

—Como no cumplas tu palabra, te mato.

—Lo mismo se te adelantan.

Durante la cena en que derivó la charla iniciada en el café de media mañana, le resumí ya más en serio las peripecias por Oriente Medio sin exagerar un ápice ni faltar a la verdad, encadenando los hechos unos detrás de otros por orden cronológico, omitiendo nombres propios para no comprometer la seguridad de ambos, también la sentencia de muerte o de castigo que pendía sobre mí para no acojonarlo y por supuesto el desliz con Ghada fuera del horario laboral. Una agente judeo-siria educada en Venezuela con un oscuro pasado era suficiente reclamo para adornar la historia. Se trataba de hacer pasar por fantasmada una vivencia verídica y para ello disponía de ingredientes más que de sobra. Ramiro escuchó atentamente y fingió que me creía. Objetivo alcanzado.

—Se te da bien inventar historias, Rafa, deberías ser novelista.

—En eso estoy, Ramiro.

—¿Cómo se titulará el libro?

—Dudo entre Un microondas y Hace falta friegasuelos y bolsas de la aspiradora.

—El segundo es más contundente, se venderá solo.

—Voy a pedirle a Salman Rushdie y a Roberto Saviano que lo prologuen.

—Procura hacerme justicia cuando me cites.

—Serás el protagonista en la sombra, no te preocupes.

Un mes después de mi anterior visita, volví a Granada y repetí el ritual culinario en compañía de Mario, el omnipresente experto en conflictos internacionales y auténtico factótum de mi aventura. En esta ocasión, la factura y la propina las sufragó de su bolsillo. Si yo había cobrado, él también.

No hablamos de Siria ni de nuestra común amiga hasta bien entrada la tarde, sentados en el porche de su casa, con vistas a la Alhambra y Sierra Nevada. El marco idóneo para entregarle un pequeño paquete envuelto en papel de periódico

sin señas ni lema alguno que había portado en mi mochila desde que me separase de Ghada en la frontera turca. Mario no hizo ademán de abrirlo en ese momento, lo depositó sobre la mesa y continuó contemplando el impresionante paisaje, ilustrándome acerca de los topónimos que los árabes pusieron a los distintos picos de la cordillera montañosa.

—¿No me vas a decir qué te he traído?

—Se supone que eres tú el que me regala el souvenir a mí, ¿no?

—Me daba pena romper el lazo tan bonito para cotillear dentro.

—Digamos que ha sido y es tu salvoconducto. Un chaleco salvavidas en miniatura.

—Me habéis utilizado vilmente.

—Y tú a nosotros. Encima has cobrado.

—Y casi palmado.

—Y follado, no te quejes. No llores, Boabdil.

—Quiero mi microondas ahora mismo.

—No te jode, ¿y qué más?

—Si todos conocíais lo que pasaba allí, cómo, cuándo y quiénes estaban implicados, ¿para qué cojones me mandasteis al culo del dromedario?

—Eras una maniobra de distracción perfecta, un actor secundario de lujo y necesario. Cuanto más se fijaran en ti, con mayor libertad actuaría un hipotético equipo titular.

—¿Haciendo qué, Mario?

—Arreglando el mundo, Rafa, ¿qué otra cosa si no?

—Cabrones.

—Gracias.

Al parecer, había trabajado en aquella misión para todos y para ninguno. Un héroe y un pelele. Mi sino.

—¿Eso estaba en el contrato?

—No soy abogado, Rafa, lo siento.

La conversación se alargó un par de horas más, nos liamos con el fútbol, los recortes del Gobierno, la ley que el Ministerio del Interior había propuesto al Parlamento para que los detectives privados no pudiéramos investigar a los políticos cuando nos lo encargaban otros políticos, Sicilia, los buenos tiempos, los malos tiempos...

—Menos mal que la realidad es más antigua que nosotros, Rafa.

—En algunos lugares incluso más que el mundo.

La oscuridad de la noche cubrió el decorado de fondo y un apasionante caso de infidelidad conyugal me aguardaba temprano al día siguiente. Estreché la mano de Mario mientras abría la puerta del coche. Él aprovechó el apretón para colocarme una nota manuscrita en la palma.

—No es anónima, tranquilo, sabrás quién te la envía.

—Tú que eres un experto, ¿Alá es grande?

—No más que la Coca Cola. Buen viaje.

Guardé el legajo arrugado en mi chaqueta, prefería reservar la lectura para cuando me hallase solo. Conduje por la autopista A-4 al límite de la velocidad permitido, rememorando el horizonte de Jordania y Siria, observando de reojo si algún vehículo se pegaba al mío con fatales intenciones, fumando un cigarrillo detrás de otro. «¡Más humo, es la guerra!».

A mitad de camino me detuve a repostar gasolina y tomarme un refresco en la cafetería de la estación de servicio. Apoyado en la barra saqué la nota:

Gracias, Rafael. Ahora todas las deudas están saldadas. Podrás vivir apaciblemente el resto de tu vida aunque no creo que esa idea te atraiga demasiado.

Y por cierto, suerte con Raquel. Insiste, ella sí es de esas.

El beso.

Ghada

La jodida contabilidad. De nuevo al volante, me dio por canturrear la Tarantella Dell 'Etna. No muy alto. «La vida no es como debería ser ni como nos gustaría, es como es».

La señal de tráfico que rebasé lo demostraba:

Madrid, a 250 kilómetros.

Damasco, a 3855 kilómetros.

¡Bingo!

¡ **FIN** ¡